

JENARO PRIETO

Con Sordina

2.^a EDICIÓN

N A S C I M E N T O

J e n a r o P r i e t o

Con Sordina



EDITORIAL NASCIMENTO

Santiago

1930

Chile

Impreso en los Talleres de
la Editorial Nascimento.
= Ahumada 125 =
Santiago de Chile-1950.

LA VACA

La entrada de los redactores, especialmente los Domingos, es un espectáculo conmovedor. Más que la obligación, la fuerza de la costumbre los arrastra, a las cinco de la tarde, hacia la imprenta. No traen semblante alegre como la gente que a esas mismas horas ha salido a la Alameda a estirar las piernas o a tomar un poco de aire bajo los árboles recién pintados de verde por la primavera. No han visto el sol ni los árboles, ni siquiera la opulenta piel de tigre que los últimos rayos del crepúsculo han tenido el cuidado de extender a lo largo del paseo.

Junto con salir de la casa, les asaltó la obsesión del nuevo artículo, del que sin falta habrá de salir mañana y se han venido rumiando el tema del día con la vaga esperanza de extraerle

alguna sustancia. Tal vez ese rumar es el que comunica a sus rostros el aire bovino con que atraviesan los umbrales de la imprenta. Su entrada es un espectáculo bucólico. Tiene algo de llegada de las vacas al establo. No es preciso arrearlos. Como los pobres animales, están acostumbrados a que se les ordeñe día a día, ellos mismos meten la cabeza en el estancho.

Hay una profunda tristeza en esa vaca vieja que antes daba un decálitro de editoriales y que ahora, después de mil esfuerzos, logrará dar media columna. Porque en esta extraña lechería periodística, la producción no se pide por litros, sino por columnas.

El público, por su parte, está acostumbrado a este absurdo alimento espiritual que ingiere cada mañana junto con el desayuno. El diario y el café con leche son dos inseparables compañeros que llegan a la misma hora y reciben, como saludo, el mismo bostezo y el mismo gesto de cansancio con que cada hombre se dispone a dar principio a su tarea. Se les toma a ambos maquinalmente, sin acordarse para nada del periodista que escribió el artículo, ni de la vaca que proporcionó la leche. Los dos animales llevan una vida tan semejante que no es raro que corran la misma suerte. Sólo que el primero se da cuenta más exacta de su situación, y, en

consecuencia, es mucho más desdichado que su compañera de infortunio. La vaca no mide las consecuencias que podrá tener para ella su sequía. En cambio, el otro sabe que el día que su producción flaquee, no le quedará otro recurso que presentar su renuncia y retirarse del establo. También él es una vaca; pero una vaca con cierta dignidad, que comprende sus deberes y ama el prestigio de la lechería. Tiene una esperanza vaga en la jubilación. Se han visto casos de colegas tan lecheros que han resistido treinta años a la ordeña sin que el público se haya quejado de la leche; pero son muchos, infinitos, los casos en que ha habido reclamos.

La vaca trata de disculparse, claro está: —«Antes había pasto verde—dice. —¡Qué gracia dar leche así, cuando nos hundíamos hasta la barriga en el alfilerillo! Pero ahora, con una insignificante ración de paja, medida, limitada y vuelta a medir para que no se pase ni una brizna más de las establecidas, ¿quién es capaz de llenar media columna?».

Disculpas, simples disculpas de la vaca. Hay que dar leche, sea como sea. El Director del diario espera con el litro extendido, y el público está mal acostumbrado y no puede prescindir del artículo que forma parte de su desayuno. ¡Pobre vaca!

IMPRESIONES DE UN RECIEN NACIDO

¿Mi primer recuerdo? ¿Por qué no?

Las primeras impresiones son las que más duran y la entrada a la vida no es un hecho tan insignificante como para olvidarlo al otro día.

Sí la gente no relata sus emociones de recién nacido, no es porque las haya olvidado, como dice. Esa es una simple disculpa para no referirse a una época desmedrada de la vida. Al hacerlo, proceden de igual modo que el «nouveau riche», que dice no recordarse de los modestos empleos que desempeñó en su juventud o que el indultado que por nada de este mundo hace alusión al tiempo en que estuvo preso.

Yo seré más franco que ellos.

Mi primer recuerdo data de una noche de

Agosto de... —en obsequio a mis contemporáneos aún solteros, me abstendré de dar el año—en que impuse a mi padre la primera molestia de mi vida—a mi madre venía molestándola desde tiempo atrás—obligando al pobre caballero a levantarse a espeta perros para despertar y molestar a su vez a una serie de personas: médico, cuidadora, etc., que no tenían nada que ver en el asunto.

Cierto es que yo también sufrí molestias. El aire, así de buenas a primeras, está muy lejos de ser agradable... Es frío, y penetra por los oídos, las narices y los ojos como si uno anduviera en aeroplano. Para colmo el médico, con el pretexto de que el chico está un poco asfixiado comienza a jugar con uno a la pelota, lo que no puede ser más deprimente para la personalidad del recién llegado. Al fin y al cabo se es la visita y debía de tratarse con mayores consideraciones.

Grité con indignación y me resultó un chillido ridículo, mezcla de balido de cabro nuevo o de maullido de gato, absolutamente fuera de tono con la gravedad y el carácter sentimental que revestían los acontecimientos.

En el baño me sentí mucho mejor... Creía estar en mi elemento y no pude disimular mi desagrado cuando con un golpe de autoridad, muy

explicable en quien dispone de la fuerza sin temor alguno a la fiscalización, la cuidadora me sacó y me puso sobre una mesa en una absurda actitud de pollo fiambre, afortunadamente sin el detalle ornamental del perejil. Me pareció estúpido ese cambio de medio ambiente. Si en el agua me sentía mejor, ¿por qué me sacaban al aire? ¿Qué motivos tenía esa mujer para considerarme un animal terrestre y no acuático?

¿Un animal? Sí, un animal; porque ya en aquel momento, con la ligera experiencia que tenía de la vida, comenzaba a considerarme un animal... ¡Mire usted, que abandonar su tranquilidad y sus comodidades por venir a un mundo lleno de molestias!

Además era evidente que mi voluntad no pesaba en modo alguno en las resoluciones que se tomaban con respecto a mi persona. Las garantías individuales estaban suspendidas para mí. Era una situación anormal, es decir, completamente intolerable. Yo esperaba que mi padre interviniera, siquiera para decirme que se trataba de algo transitorio y que aquello pasaría; pero mi padre estaba en la otra pieza encantado de recibir las felicitaciones del doctor, de su suegra y de toda la familia.

Según parece, se consideraba una gran suerte que yo fuera un hombre... ¡Cómo si sirviera

de algo ser un hombre cuando no se puede siquiera exteriorizar sus opiniones en contra de la cuidadora que lo mira con sonrisa bonachona, en cueros sobre una mesa, y afirma en tono doctoral: «¡Es muy sanito y está muy contento!».

¡Muy contento! Es bien curiosa la lógica de ciertas personas para apreciar la felicidad de los demás. Ellas opinan, resuelven, se dan tono, y los demás... ¡que se chupen el dedo!

Fué lo que hice yo. Encontré el dedo agradable pero bastante insubstancial. Lo mismo me ha pasado después con muchos libros.

Entre tanto me habían metido una camisa y comenzaban a envolverme como un trompo en una larga venda de franela. Una vuelta, dos vueltas, está bien; pero, ¡veinte! Se ve el ánimo preconcebido de molestar. Para mayor irrisión, la cuidadora con su cara rechoncha como una luna llena, comenzó a empolverarme la sección que creía menos digna del «maquillaje».

Por fortuna, al día siguiente vi que ella hacía lo mismo con su cara y comprendí que se trataba de una equivocación.

La confusión, apesar de ser explicable, no dejaba de molestarme, sin embargo. Temblaba al pensar que una vez producida la primera equivocación, procediera—según lo hacía ella

—a dejar en descubierto la parte acicalada, vistiéndolo pudorosamente el resto.

Me tranquilicé cuando, dando por perdido su trabajo de embellecimiento, comenzó a colocarme los pañales; pero mi alegría duró poco. Con un inmenso cuadrado de franela, la cuidadora me envolvió las piernas.

¡No me quedaba ni el derecho de pataleo!

Grité, me enfurecí. Por último me acordé de los pañales blancos como hojas de periódico aún no mancilladas por la tinta, y pensé que todavía me restaba la libertad de impresión. Fué mi primer ensayo periodístico.

No sé si el público lo encontraría bien; pero puedo asegurar que después de mi protesta sentí como si me hubieran aliviado de un gran peso... Hasta empezó a invadirme cierta somnolencia... Es verdad que desde hacía rato, de los brazos de la cuidadora había pasado a los del ama de cría y ésta me había impreso un vaivén capaz de adormecer a cualquiera que no hubiera tenido el estómago tan vacío como yo lo sentía entonces. Experimentaba la emoción de hallarme suspendido en la barquilla de un globo aerostático. Era un sueño delicioso. El globo descendía poco a poco hasta oprimirme suavemente, y una dulce sensación de placidez y saciedad se iba apoderando de mi cuerpo. Ya no

sentía hambre, y no me importaba ni poco ni mucho lo que sucedía a mi alrededor. Es cierto que en ese instante mis ideas eran tan confusas que no habría sido capaz de distinguir una mujer de un restaurant. Ambos conceptos se me confundían de un modo lamentable.

Ahora, naturalmente, no me sucede lo mismo; pero no sé si he ganado o perdido con el cambio.

Apesar de la falta de libertad y de los abusos que solían cometer conmigo,—besuqueos, cosquillitas en la barba, etc.—la vida aquella tenía sus encantos. ¡Cómo voy a olvidarme de esos tiempos!

¿DEL PRINCIPE DE GALES?

CARTA PERDIDA

Mi querido papá:

Aprovecho el cierre de la cordillera para darle algunas noticias de la nación en que me encuentro.

Chile es un país lluvioso que produce decretos-leyes y salitre. Sólo el segundo encuentra mercado fuera del país.

La población se divide en dos categorías: los que trabajan y los que jubilan.

Los primeros corresponden a la antigua clase de los siervos, sufren toda especie de contribuciones y tienen por misión alimentar a los demás.

Los ministros se diferencian de los otros ciudadanos en que pueden jubilarse entre ellos mismos.

La inmigración es escasa y se compone de técnicos extranjeros.

Los técnicos tienen por objeto contrarrestar la acción de los decretos-leyes, y arreglar los defectos que éstos causan en la administración.

Cada servicio de importancia consta, pues, de dos entidades contrapuestas, que luchan entre sí como Ormuz y Ariman en la mitología de Zoroastro. El principio de la desorganización es el ministro y el de la organización es el técnico extranjero. El ministro y el experto combaten entre sí, y a la larga triunfa siempre el inexperto, es decir, vence el ministro.

Esta victoria se explica fácilmente, dadas las armas de los contendores. El experto combate con informes y el inexperto con decretos-leyes.

Y como es mucho más rápido y más fácil lanzar un decreto-ley que preparar un informe, y los primeros son siempre mortíferos, el técnico termina acribillado...

El país es esencialmente belicoso y cada cual lucha con alguien: El gobierno con los contribuyentes, los asalariados con los capitalistas, la autoridad local contra los árboles, y los servidores públicos tanto civiles como militares, contra el presupuesto.

Las revoluciones, en cambio, son pacíficas y se efectúan con regularidad.

La tuberculosis, la viruela y otras plagas son endémicas; pero los plebiscitos se presentan en forma esporádica.

Actualmente se ha realizado uno en el sur y hay anunciado otro en el norte.

Los plebiscitos tienen la ventaja de que se costean los unos a los otros. El que va más atrasado proporciona fondos al que va adelante.

Cuando el Presidente resuelve ser emperador, decreta reformas constitucionales que tienden—según dice uno de sus propios artículos—a «proporcionar a cada habitante un mínimo de bienestar».

Este objeto se consigue por completo: el bienestar asegurado no puede ser menor.

Por otra parte, el minimum es la debilidad del Presidente, ya que, hasta las reformas constitucionales, se aprueban por simple minoría.

La última ha contado sólo con los votos del 42% de los electores.

Basta que haya menos de la mitad de los inscritos que deseen cambiar la Carta Fundamental para que las reformas se den por aprobadas.

El voto del Presidente, por sí solo, es suficiente para derogarla.

La Iglesia está separada del Estado; mas la fe no se ha extinguido en el país. Los civiles creen en Dios y los militares en el manifiesto del 11 de Septiembre, aunque lo cumplen algo menos que los civiles el decálogo.

La culpa de todo lo que sucede en el país, se dice que es de los políticos. Realmente debía ser gente muy tacaña porque desde que se retiraron del gobierno, la ley de gastos ha subido al doble. Los quinientos millones en que se ha incrementado el presupuesto, no se sabe exactamente qué se han hecho, porque ya, por fortuna, no hay políticos preguntones e indiscretos que averigüen esas cosas.

Se sabe que ese dinero ha sido sacado a los contribuyentes, y eso basta.

El gobierno tiene la teoría de que las contribuciones hacen la felicidad, sino del pueblo, al menos de los gobiernos que los rigen.

¿Qué más le cuento, mi querido papá?

He andado cuadras y cuadras por un paseo muy bonito, con unos árboles sumamente extraños que constan de un solo palo y que, según parece, sirven a los indígenas para hacer faroles, forrándolos en papel plateado y agregándoles un foco.

Cuando crezcan todos estos faroles vegetales y produzcan en Otoño su correspondiente foco,

el paseo presentará un espectáculo feérico, por no decir feísimo.

Tuve el gusto de colocar en esa misma avenida, la primera piedra para el monumento a Canning. Costó mucho hallar un sitio en que no hubiera otra enterrada. Yo no sé si los indígenas se valen de este pretexto para adoquinar el pavimento, valiéndose del trabajo gratuito de sus huéspedes, o si tienen una idea tan exagerada de la feracidad del suelo y la eficacia del salitre, que creen que basta plantar un trozo de granito para que crezca un monumento.

A propósito de obras escultóricas, le diré que las estatuas cambian constantemente de colocación, y me admira que las familias de los próceres que se interesan por la estabilidad de sus antepasados, no consigan del Gobierno que los sujeten con cadena. A alguien le hice esta observación; le pareció muy atinada, y me dijo que con el tiempo habría próceres «de amarra».

Yo encargué mucho al Ministro que velara por la suerte de Lord Cochrane, y quedó de ponerle un vigilante para que no se fuera de su sitio.

Pero esta carta ya va larga, y tengo que ir a jugar polo... ¡Adiós papá!

(Hay una firma ilegible y un membrete con una coronita).

27 de Septiembre de 1925.

UN VISITANTE CURIOSO

Entró a mi escritorio, de repente, como una corriente de aire.

Era alto, flaco y su cara tenía ese color verdoso de las aceitunas que han pasado demasiado tiempo en salmuera. Usaba una melena color cáñamo y entre sus uñas, de riguroso pésame, sostenía un enorme chambergo:

—Disculpe—me dijo enseñándome las manos—que estos subguantes, donde florecen las rosadas cúpulas de los sabañones invernales, hayan tenido la audacia de posarse en el ombligo sonoro de su carátula...

—¿Mi carátula?

—Sí, señor; su carátula domiciliaria—vulgo puerta de calle—que cierra con un prólogo de dos hojas el rascacielo de su felicidad doméstica.

Los escritores no tenemos la dicha, como usted bien lo sabe, de reposar los cojines adiposos en esos amplios quesos Morris, agusanados de resortes, donde ahuman su opulencia los desconzadores de sobresaltos a sesenta días fecha.

Debemos contentarnos con la era en cuatro patas del piso de paja o el cubo en carne de selva del cajón de azúcar. ¡Así es el flúido vital! Ellos succionan la nicotina ponzoñosa en la opulenta víbora de Habana y nosotros narcotizamos nuestras preocupaciones en la lombriz, criolla y mal oliente de un modesto cigarrillo.

—¿Usted está sin empleo?—me atreví a decirle.

—La somnolencia remunerada repugna al motor sanguíneo de mi pecho y a las convicciones de mi subsombrero—me respondió indicándose el cráneo.

Hasta hace cuatro mareas, estornudaba insulseces en el pañuelo diario de la opinión pública; pero he abandonado el periodismo. Al pasar bajo una de esas telarañas constructoras que embalan en la jaba de los andamiajes, la concreción de un préstamo de edificación, me cayó un diccionario terroso y calcinado...

—¿Un ladrillo?

—Un ladrillo, como dicen las momias del lenguaje. Me cayó aquí, medio a medio de la peri-

lla encefálica, caja de fósforos mojada, donde se raspa la cerilla de las elucubraciones. Desde entonces soy poeta de vanguardia; pero el ganado que pasta la negra avena bibliográfica, no me comprende. Mi balance masca el «chewing-gum» inacabable de los déficits. En mi casa, un «vacuum-cleaner» de pecho, victroliza la sinfonía del ayuno. Mi serpentina gástrica aulla el ensueño prófugo de un beefsteack con huevos. Envidio a los artesanos, obscuro mecanismo que sonríe con las doce teclas de su engranaje de marfil; envidio a los aurigas, pescadores de caña, que atrapan el dolor en la cordillera sudorosa de sus jamelgos.

No sé qué hacer, ¿qué me aconseja?

—Hombre—le dije—con ese estilo que se gasta; me parece que usted puede irse a «Las Últimas».

—¡Si ya estoy en las últimas!—me respondió.
—¿Qué más quiere que ensaye?

Su voz tenía ese acento desgarrador de los serruchos de los jazz. En realidad era un serrucho que no hallaba qué hacerse con los dientes; pero no quise ahondar en el asunto, temeroso de ponerme «vanguardista».

UNA NOCHE DE MINISTRO

Fué una pesadilla horrorosa. Soñé que estaba casi tan chico como el Canciller(1) y que una vieja escuálida, como el presupuesto, me paseaba de un lado a otro de la pieza tratando de engañarme con un sonajero más gárrulo y vacío que un manifiesto al país.

Oprimido, como una momia en miniatura, entre las mantillas, yo pedía, ¡papa, papa! con las «pupilas abiertas al amanecer».

La señora República me golpeaba el espinazo con sus manos sarmentosas:

—¡Cállate, chiquillo! Ya te van a entregar la mamadera!

Y seguía agitando el cascabel. En mis oídos

(1) D. Conrado Ríos Gallardo.

de chiquillo hambriento, el tintineo fingía palabras grandilocuentes: «El país está peor que el año 23. Los hombres nuevos no han correspondido a las expectativas nacionales. El Cuerpo de Bomberos, sublevado por las pláticas incendiarias de las sociedades de seguros, ha pretendido apoderarse del Gobierno. Una compañía lírica organizada por Gumucio, con el concurso comunista de seis tenores salitreros y diez coristas de la oligarquía bancaria, fraguan en estos momentos un complot—cuyos hilos tenemos en la mano—para hacer naufragar nuestras instituciones en la piscina del Estadio Policial. Es preciso aplicar el termocauterio arriba, abajo y en el medio y proceder a la organización de un gabinete de «hombres niños» con la boca abierta a la madrugada y a la tarde, para dar satisfacción a las justas y reiteradas aspiraciones del país».

* * *

Sin saber cómo me encontré gateando en el patio principal de la Moneda.

En el último peldaño de la escalera de piedra estaban acurrucados Conrado Ríos y Pablo Ramírez.

Conrado en la «pose» del Pensador de Rodin,

y Pablo en traje de baño en actitud de arrojarse a una piscina.

—¡Soy hombre al agua! —me dijo—. La crisis ministerial se ha producido, y su Excelencia, en uso de sus facultades constitucionales, ha acordado la organización de un Gabinete de «hombres niños». Tu vas a ser uno de nuestros sucesores. El otro es don Guillermo Pérez de Arce...

—El nuevo Gabinete no va a ser nacionalista—gimió Conrado Ríos—. ¡Ni un empleado de «La Nación»! ¡Y nosotros que habíamos trabajado tanto! Este va a ser de «El Diario» y de «El Mercurio». Un gabinete mercurial-ilustrado no va a satisfacer las ansias económicas de la nación. Por otra parte, mi política de anexión del Paraguay y Nicaragua—esto último para molestar a los Estados Unidos—no ha alcanzado a dar los frutos esperados...

—No creas—me dijo Pablo—; lo que hay en realidad es que el «indio»—así llama mi amigo al pueblo—quería que arreglara el país en cuatro días, y esto no puede realizarse. Mi plan de imponer contribuciones a las salitreras que no trabajan, era una idea genial en un país en que las que trabajan son las menos. La contribución a las pérdidas era algo que se imponía. Todo el mundo pierde plata y, en consecuencia, el im-

puesto habría podido dar mucho. Con una contribución a la indigencia y una multa a los que no tengan con qué pagar esa contribución, las finanzas habrían quedado equilibradas. Desgraciadamente el «indio» no tuvo paciencia para esperar más, y el Presidente, en uso de sus facultades constitucionales, resolvió cambiarnos... Pero... yo te llevaré a tu ministerio...

* * *

Me encontré sentado en una sillita de ruedas frente al bufete del Ministerio de Agricultura.

—¿De Agricultura?—dije con espanto.

—Sí; a tí te tocó ese, como a mí me tocó el de Hacienda.

—¿Pero no sé una palabra!

—Tanto mejor. Así harás una política más nueva...

—¿Qué voy hacer?

—Sigue mi sistema. Haz declaraciones enérgicas, y pregunta después de qué se trata. Lo primero es resolver y lo segundo aprender.

—¿Y si hago preguntas demasiado absurdas?

—¡Ahí está la novedad! Demostrar la ignorancia en las respuestas lo puede hacer cualquiera; pero la gracia es demostrar la ignorancia en las

preguntas... Mira éstas que hice ayer: «¿Con-
serva el salitre chileno el monopolio del nitrato
natural?». «¿Hay exceso de producción sobre
el consumo mundial?» «¿Hay déficit de produc-
ción o de consumo?». Pero no quiero «latearte»;
toma el formulario y procede en consecuencia.

Y al salir me agregó:

—En previsión de lo que pueda acontecer,
consigue con tu colega de Relaciones que te
nombre algunos cónsules para que empiecen a
aplaudirte.

* * *

Me arrellené en la sillita de ruedas, tomé la
pluma y escribí.

DECLARACIONES

«El Gobierno declara:

«1.º Que en ningún caso el Gobierno aceptará
que la producción de trigo, arroz y demás sub-
productos de la leche sea inferior a la de los años
anteriores.

«2.º Que por ningún motivo tolerará que los
precios de las diversas lanas indicadas en el
artículo anterior, dejen de subir este año en un
cincuenta por ciento.

«3.º Que los agricultores deberán sembrar de preferencia los terrenos de rulo, cauces de río, cerros, etc., que son los que no producen, puesto que los productivos no hay para qué sembrarlos.

«4.º Que se gravará con un impuesto especial a los agricultores que hayan perdido sus cosechas o no hayan tenido lluvia en épocas oportunas».

Pablo me felicitó:

—¡Eso es de hombre!—me dijo—. ¡Ahora a las preguntas!

Escribí:

«El Gobierno invita a los agricultores a la producción y para conocer exactamente sus puntos de vista, formula las siguientes preguntas:

«1.º ¿Es efectivo que se produce trigo en el país?

«2.º ¿Cuántos litros de leche descremada se requieren para obtener una fanega de cebada?

«3.º ¿Por qué no se ordeña a los bueyes para intensificar la producción de cereales?»

Y así por el estilo.

Al salir del Ministerio los tres cónsules nombrados por mi colega de Relaciones Exteriores, me apludían a rabiar.

—¡Esas sí que son preguntas! ¡Se ve que el

señor Ministro sigue una política con rumbo fijo! ¡Viva el salvador del país! ¡Viva el Ministro niño! ¡Viva!

Los aplausos me despertaron.
¡Qué terrible pesadilla!

Febrero de 1927.

LA CONFIDENCIA DEL OSO

Fué hace tiempo, en una plazoleta del barrio ultra-Mapocho.

Aquel oso bailaba tan mal, había en sus movimientos tal desgarmo y tristeza que me decidí a interrogarlo.

Esperé para ello que el gitano—un hermoso ejemplar de hombre, duro y curtido como el látigo que llevaba en las manos—, se apartara un poco de la pobre bestia porque noté que su presencia le cohibía casi tanto como el bozal y la cadena que colgaba de su hocico.

Apesar de la indiscreción de la pregunta, el animal no se indignó. Alzó los ojos pardos, en que apenas brillaba, como un reflejo lejano, el verde húmedo y tierno de la selva perdida, y me miró un momento:

—¿Cree usted que no sé que bailo mal? Yo soy un oso bohemio, un oso con espíritu artístico y comprendo que mi danza es grotesca, grotesca y triste como Chaplin; pero yo no tengo la culpa. En el bosque, en plena libertad, si viera usted cómo saltaba! Los osos más respetables, los tejones, y los mismos topos, a pesar de su miopía, iban a verme y aseguraban que lo hacía bien. Y usted sabe el sentido crítico que tienen algunos animales. Cuanto peor les resultan sus piruetas, tanto más exigentes son con las de los demás. Sin embargo, conmigo eran indulgentes y algunas veces hasta me aplaudían; pero vino el hombre y se empeñó en que yo había de bailar a medias, es decir, sólo en dos pies y de acuerdo con una música de circo. Desde el primer momento comprendí que aquello iba a ser grotesco. Para colmo me amarró estas correas al hocico y me puso esta cadena. ¿Cree usted que un oso bohemio, un oso que se respete, puede bailar así?

No soy vengativo, créamelo usted. A veces trato de olvidarme de los aditamentos que me han puesto y ensayo uno de esos pasos primitivos y libres con que distraía a los topos en el bosque. El hombre, a pesar de su aspecto adusto, tiene buen fondo y no me maltrata; pero yo al bajar los ojos veo la cadena... y —usted acaso

me comprenda—me da una pena que no me deja continuar...

Tal vez no sea esto lo normal. Es muy posible.

Un oso viejo, con quien me encontré hace poco en otro campamento de gitanos, me aseguró que yo debía estar enfermo: Pronunció algunas palabras rebuscadas: hipocondría, neurastenia... ¡qué sé yo!

—Usted, colega, no se debe dejar llevar de esas ideas—me agregó—. Yo soy más viejo y tengo experiencia de la vida. Mientras el hombre no lo trate mal y lo tenga bien comido, no tiene para qué preocuparse. Lo primero es el pellejo y lo segundo el estómago. Lo demás son sentimentalismos. Yo he bailado toda mi vida con cadena y con bozal y me siento como pez en el agua. El bozal me sirve para que nadie me diga boquiabierto, y el ruidcito de los eslabones me ayuda a llevar el compás. Sabiendo que en la tarde han de quitarme esos adornos para que pueda comer bien y engordar y mantener brillante el pelo—no como usted que está medio pelado—yo me doy por satisfecho. Colega, déjese de historias; preocúpese del estómago y sobre todo, de conservar bien el pellejo y eche a un lado esas neurastenias...

Todos estos buenos consejos y algunos otros

más, me dió el oso viejo; pero, ¡qué diablo! Yo soy un oso bohemio y no puedo acostumbrarme.

Muchas veces siento deseos de hablarle al hombre francamente y decirle:

—Señor, quíteme estas cosas; sáqueme este bozal y esta cadena. ¡Le doy palabra de honor que no lo muerdo! Puede que en el baile se me escape algún gruñido; pero un gruñido amistoso, nada más. Y bailaré mucho mejor que ahora. ¡De eso le respondo!

Mas no sé en qué estado de ánimo estará el hombre y no me atrevo a decírselo. ¿Se explica ahora usted, por qué danzo tan mal? No es falta de voluntad, ni carencia de espíritu crítico, usted sabe bien el motivo y... ¿no me encuentra razón?

Como la pregunta del oso era comprometente, di media vuelta y me marché.

Mayo de 1929.

AL MARGEN DEL CINE PARLANTE

El cine ha aprendido a hablar. Todavía sus personajes intangibles no son muy dueños de su voz. En su afán de llegar pronto a hombres de carne y hueso, hablan en un tono un poco enfático, como los individuos que de la noche a la mañana se encuentran de diputados. La voz les queda grande y en su acento hay modulaciones cavernosas que suenan a hueco. Al oírlos se experimenta la sensación de que hablan por cuenta ajena, repiten frases que oyeron a otros y exageran el tono para impresionar al público. Parecen no darse cuenta de que son meras sombras que, tan pronto pasan, como se borran para siempre. No hay que extrañarse; en la vida social y en la política, hemos visto tantas veces el fenómeno, que esas declaraciones

contundentes y enfáticas de los que actúan por primera vez, no pueden constituir una sorpresa. La victrola no se ve; pero se adivina. Hay algo de mecánico y de inconsciente en los arranques oratorios de los protagonistas. Si los baúles y las maletas vacías tuvieran el don de la palabra, se expresarían en forma semejante. Quizás en todo ello no hay sino falta de práctica y de dominio escénico: Ya llegará el tiempo en que las siluetas cinematográficas hablen igual a los mortales. Y, si ellos no se acostumbran a expresarse en otra forma, nosotros nos acostumbraremos a escucharlos.

* * *

Como triunfo material, como exponente del progreso mecánico, el cine parlante constituye un éxito. Aun se hecha de menos el color, la perspectiva, el aire, para que la ilusión de realidad sea perfecta; pero el cine ha avanzado tan ligero y con paso tan seguro en estos últimos años, que seguramente todo eso se obtendrá. El cine llegará a ser la copia fiel del teatro... ¿y después?

Este es el punto que no se ve claro y que hace mirar con cierto escepticismo los avances del procedimiento desde el punto de vista netamente artístico.

El cine mudo tenía todos los caracteres de un nuevo arte. Basado exclusivamente en la mímica, se diferenciaba en absoluto de todos los géneros escénicos hasta ahora conocidos y abría la visión hacia horizontes insospechados. Era en los dominios del teatro, lo que el automóvil en el campo de la locomoción.

El cine parlante, en cambio, parece aspirar como última conquista a la reproducción del drama, la comedia, la ópera, en una palabra del arte teatral contemporáneo de los birlochos, las calesas y los coches.

No todos los descubrimientos significan un paso hacia adelante. ¿Qué se diría de un inventor que, a fuerza de perfeccionar un automóvil, llegara a hacerlo exactamente igual a un coche con caballos? ¿Y no estará sucediendo una cosa semejante con el perfeccionamiento de la escena muda?

* * *

Hay otro punto que anotar y es el que se refiere al lenguaje difundido por las películas sonoras. Ese idioma no es, por cierto, el castellano. Las grandes firmas productoras son norteamericanas, y cada protagonista del cine es un incansable profesor de inglés que hace dos cursos

diarios, de seis y media a ocho y de nueve y media a doce. Lo suficiente para que el alumno más porro, que casi siempre es también el más aficionado a ver películas, acabe por hablar como un sajón al cabo de algunas semanas.

Los puristas, los gramáticos, los defensores del idioma patrio, pueden rasgar sus vestiduras. El lenguaje, que es la última trinchera de la nacionalidad, está amagado seriamente por ese ejército de sombras que desfila noche a noche con aire inofensivo en la pantalla. Sólo falta que esas figuras, una vez que aprendamos el inglés, nos recuerden que son nuestros banqueros, nos den la cifra de la deuda externa, nos feliciten por los últimos empréstitos y nos aconsejen la puntualidad en los pagos. La penetración pacífica nos habrá llegado, no sólo al cuello, sino hasta la lengua.

Se dirá que es mejor saber inglés para poder entenderse con el acreedor. Es claro que, para éste es lo mejor; pero para los deudores no es una ventaja. ¡Mil veces preferible no entenderles!...

Y lo peor es que, con el justísimo entusiasmo que despierta el cine hablado, no va a quedar un nativo que deje de comprender que se le cobra.

AGRICULTURA LIRICA

Los hipocondríacos, los neurasténicos, los contribuyentes, los quebrados, los comerciantes, los que han sufrido la desaparición de un deudo próximo, y en general todos los ciudadanos que, por una u otra causa, han perdido la alegría de vivir, deberían leer a lo menos una vez por semana el plan de reforma educacional.

Lo tengo sobre mi mesa y, cada vez que el mal humor me asalta, leo algunos párrafos.

Es un documento reconfortante. Una alegría sana fluye de sus páginas. Es difícil leerlo sin sonreírse. Y hay que considerar que el plan apenas comienza a aplicarse. El día que dé sus frutos, una corriente irresistible de alegría correrá por las vértebras de la cordillera.

La tierra será la primera en alegrarse, porque

uno de los puntos capitales de la reforma educacional es el que se refiere a la enseñanza agrícola .

Hasta aquí la Escuela Práctica de Agricultura había tenido por objeto preparar hombres de campo: Unos tristes mayordomos, muy aptos, sin duda, para las faenas, pero sin un ápice de sentimiento artístico.

Se emocionaban ante un toro de raza Durham, pero eran incapaces de apreciar una armonía de Bach. Entre el balido de un piño de terneros y una sinfonía de Beethoven, preferían, resueltamente, los terneros.

Ahora las cosas han cambiado. A las clases de lechería, fruticultura, apicultura, etc., se ha agregado una clase de canto: Ocho horas a la semana.

El propio subdirector de la Escuela, que es ingeniero agrónomo, tendrá a su cargo esa clase y las de contabilidad.

Las lecciones de canto serán, pues, de una precisión matemática.

Un mayordomo con mediana aplicación, podrá llegar a ser un buen barítono y, una vez llegado, al campo, organizar un magnífico coro de lecheras.

Además, ¿por qué entre tantos candidatos no ha de resultar una eminencia artística? Se-

ría bien emocionante oír a un tenor de nota, gritando: «¡Ah yegua... Ah yegua!», en una trilla.

Naturalmente el canto no puede tener un efecto inmediato en el rendimiento agrícola. El trigo es indiferente a las notas musicales, y falta a las vacas la debida preparación para apreciar las facultades líricas de los capataces. Algo semejante sucede en los dominios de la apicultura. Las abejas, con ser más sensibles a la música que las vacas, apenas logran comprender una especie de jazz band de tarros con que suele llamarse a los enjambres. Y no hablemos de la fruticultura. Es inútil que frente a un peral, el labriego haga toda clase fiorituras, cantando con voz angelical: «qué linda en la rama, la fruta se ve» u otras composiciones ágrestes parecidas. Es lo mismo que pedir peras al olmo; el árbol no se da por aludido.

Pero, si en cuanto al aumento de la producción, las ocho horas de clase de canto resultan poco eficientes, hay que reconocer que, desde el punto de vista de la alegría campestre, constituyen una innovación digna de aplauso.

La vida del campo es monótona. Faltan entretenimientos, distracciones, música, y de esta carencia de amenidad, proviene en gran parte el éxodo de los campesinos hacia los centros poblados.

La agricultura lírica vendrá a salvar, en cierto modo, la situación, compensando la falta de teatros, con el espectáculo altamente artístico de los mayordomos cantoros.

Hasta la literatura criolla experimentará una transformación. Mariano Latorre dejará de mano el cantar de las avecillas, para hablarnos de los dulces trinos de los capataces, los arpegios del administrador y los gorgoros apasionados del sota.

¡Adiós cantos de gallo y ridículos conciertos de diucas! El campo lírico, el campo reorganizado conforme a las lecciones del profesor de canto y contabilidad de la Escuela Práctica de Agricultura ofrecerá cada mañana un espectáculo imponente. Al alzarse el telón rosa de la aurora, surgirá el «solo» del llavero, llamando a los actores a la faena cotidiana; un coro de segadores responderá a lo lejos y la campiña entera se poblará de notas. En lo alto de una colina el mayordomo distribuirá los peones:

—Oye Leiva: tú que tenís voz de bajo, ándate al plano y éjale los cabros a Machuca que es contralto.

Y en los diarios, de vez en cuando aparecerán avisos como los siguientes:

«Tiples para lechería necesito».

«Joven tenor, especialidad en «Tosca», se ofrece para administrar fundo de rulo».

«Cuarteto de bueyes compro», etc.

Aunque los campos, con el nuevo sistema de reforma educacional no produzcan tanto como ahora, siempre se habrá ganado algo: Hacer de ellos un centro de espectáculos amenos y educativos.

Y si el rendimiento agrícola es demasiado escaso se podrá complementar la reforma educacional, estableciendo en el Conservatorio algunas clases de horticultura y ganadería. ¿Qué inconveniente habría en sembrar algo en los prosenios de los teatros?

Los árboles y la yerba suplirían con ventaja el decorado, y Chile entero, desde Tacna a Punta Arenas, podría dedicarse a la Agricultura lírica.

Abril de 1928.

UN TITULO DE ABOGADO

Detrás de mi escritorio, tengo un diploma de abogado.

Después de un corto período de labor profesional en que me desilusioné de la justicia humana, como después me he ido desilusionando de casi todas las cosas de este mundo, traje el flamante diploma y lo oculté cuidadosamente en un rincón.

Allí, en los primeros días de Septiembre de 1924, cuando empezaban los decretos-leyes, lo descubrió un compañero de redacción, también abogado, y, tomando el título con su magnífico marco de roble americano, me lo colgó, «para escarnio», en la pared. Pero el diploma no soportó esa humillación: Las firmas respetables de don Gabriel Palma Guzmán, don Enrique Fós-

ter, don Galvarino Gallardo y don Luis Vial Ugarte pesaban sin duda demasiado para el delgado cáñamo que las sostenía en alto, y una noche de Enero en que yo hacía amargas consideraciones sobre la suerte del país, el diploma cayó al suelo con estruendo y vino a ocupar el sitio que hoy conserva, detrás de mi escritorio.

No he pretendido sacarlo, ¿para qué? Cuando siento deseos de comentar alguna de las innumerables reformas legislativas que las Cámaras aprueban con una velocidad digna de Frégoli, estiro las piernas y mis pies toman contacto con la jurisprudencia.

Todo el saber de los doctos firmantes del diploma, ha quedado reducido a cenizas y sepultado, como ellos, bajo las innumerables leyes nuevas que, como otras tantas paladas, han ido dejando caer encima los dinámicos sepultureros de los viejos códigos. Si los firmantes se levantaran de sus tumbas, no podrían fallar ninguna causa. Las leyes que se sabían al dedillo, no existen ya, o están modificadas. Pero, al afirmar los pies en el diploma, siento una sensación vivificante como si la Constitución del 33, y el Código redactado por don Andrés Bello y los años de mis estudios juveniles me entibiaran la sangre con ese impulso combativo que la edad

y la prudencia—léase cobardía—nos van quitando poco a poco.

Y el diploma es, para mí, una especie de folgo cívico.

Con las plantas bien apoyadas en mi título de doctor en Derecho, recibí ayer la visita de un grupo de estudiantes que tuvieron la paciencia de cursar seis años de humanidades con el malévolo propósito de recibirse de abogados. La limitación de la matrícula universitaria ha venido a echar por tierra sus aspiraciones, y ante el temor de estudiar algo más práctico y llegar con el tiempo a empleados públicos, me han pedido que los secunde en su campaña.

La misión, aunque simpática, es difícil.

Sin duda alguna, el Gobierno ha tenido razones poderosas para tratar de limitar el número de los que se dedican a las carreras liberales.

En el país abundan los profesionales casi tanto como los funcionarios administrativos; pero con una diferencia: El número de estos últimos no puede alarmar a nadie, porque su vida corre de cuenta del Estado; en cambio, los primeros, se hacen competencia unos a otros y como los juicios no alcanzan para todos, corren el riesgo de morir de hambre.

La intervención de la autoridad, llamada a velar por la vida de sus súbditos, no puede ser

más razonable; pero hay un punto de orden estadístico: Hasta aquí la autoridad ha calculado el número de los abogados por el de los pleitos; mas, ¿por qué no calcularlos también por el de las leyes?

En el último período la legislación ha aumentado en forma tan considerable que no guarda relación con la cifra de los jurisconsultos. Porque hay que considerar que es más fácil dictar leyes que aprendérselas, y si antes un abogado alcanzaba apenas a dominar la legislación existente, ahora ni entre cuatro dan abasto.

No hay que tomar tampoco en cuenta a los actuales miembros del foro, porque sus conocimientos han quedado de tal modo anticuados, que no saben de la misa la media. Cuando tienen que defender algún asunto, corren a la librería de don Guillermo Miranda, en busca de luces jurídicas.

—Dígame don Guillermo, ¿ha salido el folleto con la ley N.º 50220 que, según me han dicho, deroga la ley N.º 47924?

—Sí, señor, aquí lo tengo; pero le advierto que no le va a servir...

—¡Caramba! ¿Hay otra nueva?

—Cinco más...

—Deme la última...

—¡Ah! es que la última todavía no me la traen de la imprenta. Usted no va a alegar hoy mismo, ¿verdad? Entonces mejor que espere hasta mañana; así tendrá la reforma más reciente: una verdadera primicia jurídica. Es una ley dictada sólo el Viernes; no la conoce ningún ministro de la Corte y modifica todas las demás...

Realmente, don Guillermo Miranda es la única autoridad que está al día en materia de Derecho. Cuando en los Tribunales un abogado dice con tono doctoral:

—«Esa disposición está derogada. Me lo dijo don Guillermo».—Todos inclinan la cabeza. Y es que ahora no se estudian códigos, sino folletos.

Los primeros no sirven para nada y, ante la multitud de los segundos, los abogados viejos dejan caer los brazos con desaliento. ¿Por qué entonces no dejar que una nueva generación robusta y fuerte meta el hacha en esta selva inexplorada de folletos? ¿Qué los nuevos abogados van a ser muchos? Ciertamente; pero más son las nuevas leyes, y no es cosa de abandonarlos en pequeños lotes, en el bosque, sin senderos, que se hace cada día más intrincado y más obscuro.

Y si después alguno de esos jóvenes quiere ganarse la vida en otra forma, siempre el título

le servirá para algo, aun cuando más no sea para afirmar los pies en él, como en un folgo. Siempre es útil conservar cierto contacto con las leyes.

Julio de 1929.

LAS DELICIAS DE LA CARCEL

Repelándome de no ser asesino, ni ladrón, ni siquiera cuatrero, me acosté antenoche, obsesionado con la noticia: El diario anunciaba en grandes caracteres la construcción de una Penitenciaría Modelo, de valor de 16 millones de pesos, con 2,500 celdas, 150 hectáreas de terreno, imponentes pabellones, rientes casas en forma de chalet, gimnasio, piscina, biblioteca, salas de conferencia, departamentos especiales para enfermos nerviosos, calefacción central, ascensores y una cantidad de cosas que jamás logrará alcanzar un periodista.

Quería dormirme pronto y descansar de las mil molestias del día, imaginándome que había sido sorprendido en flagrante delito y era conducido por dos carabineros a ese paraíso de

delicias; pero hacía un frío de los diablos, y como para desdicha mía, estaba en mi dormitorio y no en la celda, la baja temperatura me impedía conciliar el sueño. Quise leer; mas, como mi biblioteca es bien escasa, no encierra grandes novedades y, por largo rato, esperé con la vista fija en la puerta.

¡Con qué pena veía los blancos y delgados tableros, sin un cerrojo ni una reja que abriera algún horizonte a mis aspiraciones carcelarias!

Menos mal que, tal vez contagiada por el medio ambiente, mi puerta tampoco tiene chapa y comenzó a entreabrirse poco a poco como impulsada por el viento.

Un soplo de aire tibio inundó la habitación y en el umbral apareció un caballero gordo y bonachón, en bata de dormir.

Comprendí inmediatamente que me hallaba en presencia del alcaide y quise incorporarme.

—No se moleste—me dijo.—Usted es nervioso y no debe agitarse. ¿Tiene los pies fríos? Corro a traerle una botella con agua caliente...

—Pero, señor, ¡cómo es posible!...

—No me contradiga. Lea, entre tanto, esta obrita de Romain Rolland... La he mandado encuadernar especialmente para usted; es un pequeño recuerdo.

Con los ojos salidos de las órbitas, miré la

hermosa pasta de cuero ruso, y luego la dedicatoria: «A mi querido asesino, con la admiración y el afecto, etc., etc.».

—Señor—exclamé sorprendido; ¡por qué me trata de asesino! Yo no he muerto a nadie...

El alcaide extendió las manos regordetas y temblorosas.

—Por favor, tenga más calma. No vayan a oírle. Mire usted la situación que me crearía. En la calle hay tres mil personas, delincuentes de verdad, llenos de mérito, que esperan sólo una vacante para ser admitidos. Si usted asegura que no es asesino, a pesar de los empeños que se han hecho valer en su favor, me voy a ver en la triste obligación de ponerlo en libertad. Y usted es un hombre nervioso, necesita comodidades, necesita atenciones especiales y... carece de medios de fortuna. Sea razonable. ¿En dónde encontraría las comodidades que aquí se le proporcionan?

Realmente yo estoy bastante neurasténico y no hallaba qué decirle. El alcaide continuó:

—Bien comprendo que usted encuentra desagradable que se le califique de asesino. Usted está acostumbrado a imaginarse al criminal como un ser despreciable, mal vestido, sin cultura, huyendo de la justicia o metido en un in-

mundo calabozo; pero esos son prejuicios. La guerra europea...

—Sí, señor, ya sé la frase: «ha modificado mucho estos conceptos...».

—Exacto, mi amigo. Exacto. Antes la dificultad estaba en traer los reos a la cárcel; ahora está en echarlos. El que, con toda esta comodidad, no quiere entrar a la Penitenciaría es un idiota o un degenerado. Hay que trabajar, es cierto; pero, en cambio, tiene usted buen alimento, piscina, cancha de tennis y calefacción central. Es una oficina pública, mejor provista de entretenimientos y con la ventaja de que no corre el peligro de las reorganizaciones.

El único temor que usted puede abrigar es el de un indulto; pero, llevando una conducta algo desordenada, no tiene el menor cuidado. Yo no lo solicitaré en favor suyo; le respondo. El otro día concedieron el indulto a uno y he quedado con los nervios destrozados. ¡Qué escena, amigo mío; ¡qué tragedia!

El pobre hombre se había acostumbrado al ascensor y a la calefacción y lloraba de pensar que todo eso iba a faltarle en su bohardilla. Cuando llegó el momento de quitarle el smoking y ponerle su antigua ropa de mezclilla, sus ayes conmovieron la prisión y yo mismo no pude contener las lágrimas. Pero—¿qué estoy ha-

ciendo?—por hablarle me había olvidado de traerle la botella de agua caliente... Voy corriendo...!

Nunca lo hubiera hecho. El maldito alcaide, en su precipitación, atropelló la puerta y... desperté sobresaltado. Estaba en mi pobre habitación: Ni ascensor, ni biblioteca, ni estufa... Realmente, el ser más o menos honrado, tiene sus inconvenientes; pero, ya tengo formada mi resolución: En cuanto se abra la Penitenciaría...

PURISMO

Aunque parezca mentira, yo tengo una verdadera admiración por los puristas. Esos hombres que se dedican a velar por la correcta aplicación de las palabras, mientras todos los demás nos dedicamos a estropearlas, realizan una obra titánica. La desigualdad de la lucha, la certeza de que habrán de ser arrollados por el número, los nimba con una aureola de heroísmo. Y como, casi siempre, a la aureola unen las palmas académicas, parecen verdaderos mártires.

En realidad lo son. Nadie sufre como ellos cuando un individuo que prefiere hablar mal a trueque de que le entiendan, dice «sandwich» en vez de «emparedado» o «carnicero» en lugar de «matarife».

Pero, yo estimo que es mil veces preferible

quedarse sin probar bocado a usar un anglicismo o un vocablo inapropiado, y, al efecto, trato de instruirme.

Ayer, por ejemplo, me leí los primeros capítulos del libro «Un barrido literario» de que es autor el R. P. Morales y llegué a las siguientes conclusiones:

No se debe decir «*affaire*», «*ataché*», «*beafsteak*», «*chauffer*», «*football*», «*boy-scouts*», «*complot*», etc. Cuando se quiera hacer uso de uno de estos términos deberá reemplazárseles por sus equivalentes castellanos.

He aquí algunos de ellos.

Affaire, cosa, negocio, asunto.

Ataché, agregado, adjunto, acompañado.

Ardelión: bullebulle, zarandillo, entrometido, oficioso, metemuertos, metesillas, chiquilicuatro, métome en todo, etc.

Boy-scouts: niños campeadores.

Buffet: repuesto.

Bluff: balandronada, fanfarronada, faramalla, farándula, etc., sin olvidar que bluff en sentido propio equivale a «golpe de viento».

• Tampoco hay que olvidar que «*five o'clock*» significa «las cinco» y equivale literalmente a «las cinco del reloj té»; que no hay que decir *getta*, sino mala sombra; que *a la garçon* significa «a lo mozo»; que no se debe hablar de

complot, aunque no haya testigos, sino decir mejor «confabulación», «conchabanza» u otra palabra parecida; que *chauffeur* quiere decir «calentador» o a lo sumo «fogonero», «mecánico», «cochero», «motorista» o «piloto»; que en lugar de *comme il faut* hay que usar las expresiones, «como Dios manda», «de buen tono», «elegante», «a las mil maravillas», «como un quifatte», «de rechupete», «a medida del deseo», etc.; que la palabra *football* equivale a «juego de pelotón», «a balompié» o a «piebalón»; que a falta de *chaise longue*, en castellano, debe decirse lisa y llanamente «silla larga» y en lugar de *ex-aequo* a «la iguala».

Sin duda alguna la obra del purista es sumamente provechosa.

Resulta ridículo este lenguaje lleno de giros extranjeros que usamos con la mayor naturalidad.

Supongamos, por ejemplo, que un cronista cuenta que varias señoras «*comme il faut*», peinadas «a la garcón», han sido invitadas a un «*five o'clock*». Mientras los niños juegan al «*football*» con algunos «*boy-scouts*» ellas conversan, hablan del último «*complot*», comentan el «*affaire*» de algunos «*ardeliones*» o se divierten con el «*bluff*» hecha por una de ellas en el «*bridge*», sin acordarse para nada del «*chauffeur*»,

ni de la «getta» ni de ninguno de esos barbarismos comentados por el R. P. Morales.

La relación del «five o'clock» resulta una barbaridad. En cambio ¡qué admirable apareciendo a cada palabra su equivalencia castellana!

«La escena se desarrolla en un «cinco del reloj té». Casi todas las invitadas llevaban melena «a lo mozo».

En tanto que los chicos, en el patio, se entretenían en el «juego del pelotón» se acercaron a mirarlos dos «niños campeadores», que habían obtenido premios «a la iguala» en geografía. En el salón, las señoras comentaban la «conchabanza» del doctor, e iban a pasar al «repuesto» cuando una de ellas fué llamada por su «calentador» quien venía a avisarle que el niño había sufrido una caída en el «piebalón» y se había zafado el pie derecho.

Al oír al «fogonero» o «maquinista» la señora dió un grito espantoso y cayó en la «silla larga».

—Este quitasol tiene «mala sombra»—dijo.
—Cada vez que ando con él se produce una desgracia en «el juego de pelotón».

Entre gente «como un gerifalte», o si se quiere, de «rechupete» o «a pedir de boca», el mejor medio de tranquilizar a una persona nerviosa, es hablarle del «negocio» de actualidad.

El «acompañado» de la legación francesa, que es hombre de mundo, llevó entonces la conversación a «la cosa del petróleo». Contó en efecto que un «metesillas» famoso había injuriado en la Cámara a otro «chiquilicuatro», acusándole de ser el organizador de «la farándula» con que había logrado sorprender al Gobierno.

A la dama se le olvidó la impresión sufrida y se puso a jugar «brisca inglesa»—supongo que así se dirá «bridge» entre los puristas. En el juego una de las señoras hizo «un golpe de viento» que según el «acompañado» resultó bastante más efectivo que el del diputado «metemuertos».

Así se estilan las cosas entre las señoras «comme il faut»—¡perdonen el galicismo!—Debí decir «de rechupete» o «a medida del deseo».

Tal vez el lector encuentre que este segundo párrafo, a pesar de contener palabras extranjeras, es mucho menos comprensible que el primero.

No lo dudo; pero es más castizo y «al que quiere celeste, que le cueste».

NO ES PARA TANTO

Para un hombre que tenga la debilidad de creer en la Dirección de Sanidad y en el método del doctor Asuero, el allanamiento del consultorio del doctor Saavedra por la primera de estas entidades debe resultar un hecho inexplicable.

Afortunadamente no es ese mi caso, porque si creo poco en la Dirección de Sanidad, creo menos aún en el doctor Asuero. Para mí, el método del médico español no pasa de ser una de las formas inferiores del pirograbado. En cambio, la Dirección de Sanidad, si no siempre es útil para los enfermos, es utilísima para los médicos. Sin ella serían innumerables las personas de buena voluntad que se dedicarían al ejercicio de la medicina con tan mala suerte como los titulados.

Hay, pues, un interés social en que no haya más médicos que los necesarios para mantener la actual cuota de mortalidad.

Desde este punto de vista que podríamos llamar de protección gremial, la Dirección de Sanidad ha estado en lo justo, al tratar de impedir que un dentista como el señor Saavedra, subiéndose a pulso por una de las ramificaciones del trigémino, se salga de sus dominios, es decir, la cavidad bucal, y se suba a las narices, coto vedado para él, ya que han sido confiadas a otros especialistas.

Porque hay que observar que desde hace tiempo, las narices, el estómago, los riñones, etc., han dejado de pertenecer en absoluto a sus antiguos propietarios. La medicina se ha encargado de dividir al cliente con anterioridad a la autopsia, entregando cada una de estas secciones a su correspondiente especialista. Nosotros mantenemos la posesión o, si se quiere, la nuda propiedad de nuestros órganos; pero el usufructo de ellos corresponde de derecho a los doctores.

De acuerdo con esta teoría legal, el cliente no está autorizado para decir a un dentista «póngame un poco de yodo en esta espinilla que me ha salido en el pescuezo»; ni para rogar a un pedicuro que le coloque una mota con fenol en

una muela; ni mucho menos para pedir a un especialista en enfermedades nerviosas que le dé una pastilla de aspirina, porque se encuentra resfriado. Todas estas cosas podrán ser tan inocuas como las quemaduras del trigémimo, pero ni el interesado, ni mucho menos el profesional tienen derecho a hacerlas. Cada especialista tiene su sección perfectamente limitada del cuerpo, como lo están los potreros de una propiedad rural que aspira a una explotación bien entendida y aunque, por este caso, no se vean los cierros ni los alambres de púa, no por eso dejan de ser infranqueables.

Ahora bien, parece que el cargo que se ha hecho al señor Saavedra es el de haberse pasado de potrero. La Dirección de Sanidad ha creído que de la boca se ha ido a las narices. Según esa opinión, se habría producido una «internación», como dicen los mineros cuando uno de ellos, siguiendo una veta, se mete en la pertenencia del vecino. Pero he aquí, que la veta o, mejor dicho, el trigémimo, pasa también por la propiedad del dentista y el señor Saavedra, con muy buenas razones y testigos, prueba que no se ha salido de su mina.

Lo malo es que para averiguar si existe o no la internación, la Dirección de Sanidad ha procedido con demasiado ruido. ¿A qué allanar un

consultorio e incautarse de unos cuantos gatillos para comprobar un hecho que habría podido investigarse en forma más segura, interrogando a los pacientes?

La declaración de un individuo con el trigémino cauterizado no pierde por eso su valor probatorio. Allonar a un dentista como si fuera un diputado, parece excesivo aún en estos tiempos tan extraños en que un individuo mudo se torna parlachín, porque le queman el trigémino o un ciudadano hablador se pone mudo, porque le dan un puesto público.

Si el dentista Saavedra se ha pasado a las narices, que se le aplique todo el rigor de la ley; pero sí, como parece comprobarlo, no se ha salido de la boca, déjesele en buena hora que le siga cauterizando las encías a todo el que se lo pida. Harto más desagradable es para el cliente que le saquen una muela y, sin embargo, nadie se lo impide.

Septiembre de 1929.

PADRES DE FAMILIA

No sé lo que diga al respecto la estadística; pero, desde algún tiempo a esta parte, se nota a la simple vista una recrudescencia de padres de familia.

Tal vez no todos sean auténticos. Más de uno usará el título en forma indebida, con la audacia de esos sudamericanos que, en llegando a París, se inventan un escudo para hacerlo grabar en el anillo y agregar una corona más o menos heráldica a la tarjeta de visitas. Nobles sin ejecutoria y padres de familia sin hogar, parecen formar parte de una misma colectividad de hombres prácticos: el gran partido de la hora actual que vendrá a reemplazar el ingenuo idealismo de los viejos partidos.

Sólo que el título de padre de familia, aunque

menos decorativo, es de mayor utilidad que el de conde o marqués.

Es posible que en otras épocas, y bajo otros climas, la condición de jefe de un hogar constituyera un timbre de honor. Ahora es algo muy distinto... ¿Un pretexto? ¿Una excusa? Tal vez eso.

* * *

En estos días yo he tenido la desgracia de hallarme con muchos padres de familia. Surgen como hongos de donde menos se piensa y no es fácil evitarlos. Una sonrisa resignada y un aire de adaptación a la derrota permite reconocerlos desde lejos.

A uno de ellos lo encontré el Viernes pasado a la entrada de un bar. Era un antiguo compañero de colegio. Se me acercó tímidamente, y aunque mi condiscípulo es paisano y la autoridad ha restringido el uso del sable, al verlo aproximarse sentí un escalofrío; pero no se trataba precisamente de eso.

Me habló de su situación, de la carestía de la vida, de los impuestos, de los derechos de aduana prohibitivos y me ofreció en voz baja unos cigarrillos a mitad de precio que le había entregado un marinero:

—¿Te dedicas a esto?

—¡Hombre! ¡Qué quieres tú que le haga!... He quedado cesante y... cuando uno es padre de familia!

Me ruboricé por él, ¡qué diablos! ¡Qué hombre en el fondo de su conciencia puede jactarse de no haber sido alguna vez un poco padre de familia?

Dudaba sobre si, en calidad de obra de beneficencia, le compraría o no los cigarrillos, cuando un caballero enfermo que, para colmo, es congresal, me separó del comerciante improvisado:

—A usted le habrá llamado la atención mi actitud en el último debate—me dijo en tono misterioso.

—No... ¿por qué? De ningún modo, ya estoy acostumbrado...

—No, mi amigo; yo soy un hombre honrado y le debo una explicación: Usted fué uno de mis lectores. No crea que he cambiado de opinión; sigo siendo el mismo que antes, pero... ¡Ud. comprende!... cuando uno es rico puede gastarse ciertas actitudes... Un hombre pobre tiene que contemporizar y al fin, y al cabo, si fuera yo solo, pero... ¡soy padre de familia!

Huí de allí maldiciendo la paternidad. Habría dado cualquiera cosa por hallarme en un país de hombres solteros, y de buena gana en ese ins-

tante hubiera llamado a las puertas de un convento; pero a falta de monasterio, me asilé en un diario.

Me encontré allí con un colega con quien, más de una vez, desde distintas posiciones, dirigimos los disparos hacia el mismo objetivo. Ahora él no dispara.

—¿Leíste mi artículo?—me preguntó.

—No he leído nada—le dije—para evitar una posible discusión.

—¿No lo has visto? Mejor, ¡cuánto me alegro! Me quitas un gran peso de encima. No te puedes imaginar nada más deprimente para mí...

—¿Te obligaron a escribirlo?

—Tanto como obligarme, no, precisamente; pero tú sabes que estoy empleado aquí... Ahora yo no soy un periodista... soy un peón de la pluma, y...

—Eres padre de familia.

—Tú lo has dicho; y a propósito, ¿cómo están todos en tu casa?

—¿En mi casa? No me preguntes... Mira que a lo mejor voy a acordarme de que, también, soy padre de familia y tengo que colgar la pluma para siempre!

UN CUADRO AUTENTICO

No sé si ustedes conozcan a Durán. En fin; poco importa. Pueden ustedes imaginárselo como les plazca, gordo o flaco, bajo o alto. Lo importante es que, al construir la imagen, no olviden de adornarla con sus ojillos perspicaces y sus lentes de oro, porque Durán «es un águila» y, tratándose de cuadros y obras de arte antiguas, no se le escapa detalle, como lo reconocen sus propios adversarios, es decir, sus colegas en el ramo de antigüedades. Nadie como él sabe distinguir en un retablo colonial la polilla respetable de la fraudulenta huella de las municiones; la pátina verdadera, de la mugre nueva; el quebrado antiguo del «craquelé» sintético a base de barniz de automóvil y soplete. ¡Una eminencia, como experto!

Pues bien; Durán me llamó ayer por teléfono.

—Venga sin falta—me dijo,—tengo algo gordo que mostrarle: Un Tiziano, auténtico. Va usted a ser testigo de una escena digna del Renacimiento: La revelación de una obra maestra, enterrada por un bárbaro.

Si se hubiera tratado de un hombre menos entendido que Durán, no me habría molestado; pero, ¡caramba!, no todos los días tiene una ocasión de tropezar con hallazgos de esa especie.

En el hall atiborrado de reliquias, junto a un flamante retrato de Mussolini, Durán estaba de pie, observándome con sonrisa maliciosa.

—¿Y el Tiziano...?

—Ahí lo tiene, mi amigo,—me dijo, mientras con mano un poco temblorosa de emoción, me enseñaba el retrato del Duce.

—Pero, ése es Mussolini...

La sonrisa de Durán se hizo más agresiva:

—Artes requiere la guerra. Es un Tiziano auténtico. Lo encontré en Milán en casa de un veterano aficionado a la pintura que, maldito lo que entendía en obras de arte. Me hice el tonto y, con el pretexto de que me interesaba el marco, se lo compré en una insignificancia; pero usted sabe que en Italia no se pueden sacar del terri-

torio las obras maestras de la antigüedad... Apelé, pues, a un ardid de doble efecto aduanero. —«Ya le he dicho que el cuadro no me interesa— le dije al veterano. —Sin embargo, si le echa una capa de barniz para que no se siga quebrajando y me pinta sobre él un retrato del Duce, yo le daría unas cuarenta liras».

Hay que ver las reverencias que me hicieron en la aduana cuando, sacando la tela de un cilindro de latón, manifesté a los funcionarios que mi propósito de traer a Chile la vera efigie del «premier», era fundar un club fascista en pro de la supresión de las libertades públicas. Mussolini salió de Génova, libre de derechos, como corresponde a un hombre que no cree en ellos, y, también, libre de derechos, entró a Chile en calidad de «muestra sin valor». Lo que nadie ha sospechado es que bajo esa camiseta negra viene una ninfa tizianesca con menos ropa que un contribuyente. ¿Usted no cree? Bueno: bueno, delante de usted le voy a sacar la camiseta.

Y, retirando de un anaquel, un frasco con no sé qué mezcla de alcohol y de bencina, Durán empezó a limpiar con un algodoncito el retrato sobrepuesto.

—Va a ver usted la ninfa,—me decía.—Es una maravilla. Claro que no es un cuadro para me-

nores. ¡Pero tiene unos tonos ambarados...! Ahí van saliendo, ¿lo ve usted?

Realmente, en el algodón se veían algunos tonos amarillos. Durán proseguía su tarea con verdadera furia.

—¡Demonios!—exclamó de pronto, —aquí hay una nota roja que no entiendo.

—¡De veras! ¡Qué cosa más rara! Eso que se trasluce en el extremo izquierdo parece un par de pantalones!

Durán comenzó a ponerse pálido.

—No veo a la ninfa—dijo.—Siguió frotando un poco más. A medida que el cuadro se iba tornando más rojo, la cara de Durán se iba haciendo más amarillenta. En sus pómulos asomaban, por momentos, los tonos ambarados del Tiziano.

Al llegar a la parte alta del cuadro abandonó la tarea y se dejó caer en una silla.

—¡Garibaldi!—grité sin poder contenerme.

—¡Garibaldi!—repitió lúgubrementemente, como un eco, el anticuario.

En realidad, frente a nosotros estaba el retrato del prócer de la unificación italiana. La ninfa del Tiziano, aprisionada como un sandwich entre Garibaldi y el Duce, había huído junto con éste de la tela, —¡Un verdadero rapto! y yacía confundida con los restos pictóricos de

D. Benito en las innumerables motas de algodón que cubrían el piso.

Sólo Garibaldi permanecía firme en el cuadro, con la mano apoyada en la empuñadura de la espada y un gesto de desafío entre los labios. Abandoné a Durán sin despedirme.

¿SERE POETA?

Cada Domingo, al leer en «El Mercurio» la crónica poética de Gabriela Mistral, siento un impulso irreverente de volverme modernista.

Comprendo que es una ambición desatinada, un sueño absurdo, como si un señor gordo y pacífico, sentado en la primera fila de butacas, en vez de contentarse con admirar las bailarinas quisiera reemplazarlas y tomar parte en la danza.

Es la admiración del hipopótamo grotesco y burgués por el mono ágil y esbelto, colgado de la cola en una rama.

¡Qué fáciles parecen sus piruetas! ¡Con qué naturalidad se muestra patas arriba! ¡Cómo se deja caer de cualquier modo, confiando en que

la mayoría de los animales habrá de celebrarle sus monadas!

Yo siento una impresión muy semejante cuando veo el malabarismo a que se entregan algunas de nuestras glorias literarias. Así, a primera vista, parece fácil imitarlas y uno se dice con modestia:

¿No podré yo hacer lo mismo? ¿No seré acaso un poeta modernista que, de cobarde y vergonzoso, no me he atrevido a presentarme en público?

Leo y releo la crónica de Gabriela Mistral: «El Fuego es robusto, frenético y fino».

La palabra «robusto» la escribe la poetisa en letras gordas, sin duda para que se aprecie la obesidad del fuego. El vocablo «débil» hay que escribirlo con caracteres muy delgados, y las palabras «bastardo», «hijo natural», etc., se imprimen con bastardilla. Esta parte de la poesía pertenece de lleno a los tipógrafos.

Pero luego vienen las metáforas:

«El Fuego de ajorcas rápidas con que baila el bosque y le acicatea los talones».

¿Quién acicatea a quién?

¿A cuál de ambos pertenecen los talones?
¿Por qué son «rápidos» los aros que usa el fuego y por qué cuando se trata de bailar, éste se ador-

na las orejas y, teniendo más facilidad para moverse, deja al bosque que dance?

¡El Fuego! «Única flor verdadera de la Tierra—tierra se escribe con mayúscula para indicar que es grande—fucsia súbita, fucsia de cuarenta pétalos que giran tomando del aire su savia violenta».

Y siguen las metáforas y la enumeración de los diversos fuegos: «El Fuego de las usinas apasionadas, oculto en las axilas más secretas de la usina...» «El Fuego del amor que tiene lengua sin sueño y propia atizadura que hace transparente como un largo vidrio el cuerpo del hombre para que se vea la salamandra sentada en el corazón».

«El Fuego del odio que hace unas altas arquitecturas y da un ruido seco de coyunturas áridas...».

«El fino Fuego de anises urgentes que anda en las criaturas» «El Fuego calienta las canciones de los hombres y hace cada una semejante a una menuda entraña de pájaro, a los riñones breves de la paloma en celo».

Un amigo entendido en veterinaria me dice que las palomas, ni aún cuando están en celo, tienen riñones; pero esto no hace al caso.

«El Fuego de las pruebas que deja duras

adentro de su llama las cosas verdaderas y arruga las otras como el cuero quemado».

«El Fuego del Espíritu Santo, fuego en dos brasas blancas que llaman Paloma y que cayó sobre Pablo y fundió sus tuétanos hasta los talones».

La poesía moderna, como los quiltros, tiene una marcada predilección por los talones; pero esto tampoco es una dificultad insuperable. ¿Por qué no intentar, entonces, escribir un elogio al Mar, con mayúscula?

«El Mar es robusto, frenético y fino».

«El Mar de crespos ondulados estilo Luis XV con talones herméticos que bailan la negra inamovilidad judicial de los peñascos».

El Mar que adereza la gelatina succionante de flautas retorcidas y tentaculares—vulgo pulpos—y forja esas llaves inglesas con caparazón que dan pellizcos cinematográficos a las bañistas, y guardan como ellas sus pudores para después de muertas.

Jaivas negras, jaivas obispales que se cardinalizan al sacro contacto del agua vulcanizada por la fucsia de pétalos lamedores.

El Mar, león encanecido que barre las playas con su melena, impregnada del canto de las sirenas de Ulises, y, esculpiendo en bajo relieve

los cuerpos de los nadadores, apaga los cominos urgentes de su sangre moza.

El Mar, faja nirvana de las boyas; sastre tenorio que mide y acaricia a las mujeres y se burla con aires de torero, de los maridos que le observan; epiléptico que se revuelca y se revuelca, arrojando espumarajos; empresa médica de pompa fúnebre, que fabrica cadáveres y los arroja de su campo santo verde, crucificado de mástiles y florecido de tritones.

Mar, viejo mar, que oye la muda confidencia de las ostras pálidas, que se quejan del tumor blanco de sus perlas.

El Mar es robusto, simpático y fino... El Mar...

Bueno, tendría la mar de cosas que decir sobre el mar, pero basta como ensayo de gabrielomistralización.

Ahora sólo deseo que mis lectores digan con toda la franqueza compatible con la suceptibilidad de un artista genial: ¿Soy o no soy poeta modernista?

Miércoles 2 de Febrero de 1927.

EL HOMBRE-PERIODICO

Como los diarios no pueden decir nada y los comentarios más interesantes son precisamente los que no salen en la prensa, he buscado la manera de suplirla.

Lo importante en un periódico no es el formato ni el papel, sino las noticias y las opiniones.

Mi periódico sin parecerse en nada a los antiguos, cumple con ese requisito. Es voluminoso, serio, respetable; usa anteojos de carey y a falta de un pie de imprenta, tiene dos que, abrigados en polainas color café con leche, lo hacen andar de la mañana hasta la tarde, sin que la circulación se resienta en lo más mínimo.

Mi periódico se llama don Juan José (no indico el apellido por temor a la clausura) y tiene se-

senta años, más del doble de la edad de «El Mercurio» de Santiago.

Habla también, en tono editorialesco y reposado; pero con una franqueza... ¡Dios me libre!... Es admirable como lo dejan circular.

Y sin embargo, «Don Juan José», sigue saliendo y dando informaciones, aunque no gane un centavo porque, por raro que parezca en estos tiempos, no se vende.

No cabe duda de que «Don Juan José» es un periódico bien original.

No tiene redactores, ni reporteros, ni periodistas. Todas las secciones y todos los artículos, desde el editorial hasta la última nota deportiva, son redactados por el mismo, sin colaboración ni ayuda de ninguna especie. El va a los Ministerios, a la Bolsa, al Club, se introduce en los corrillos, lee el «Diario Oficial», compara las economías con los fondos gastados en piscinas; la moralidad de los empleados que se van con la de los que ingresan; el número de unos y otros, etc. Sin ser—¡más vale así!—la Corte Suprema se pronuncia sobre la constitucionalidad de las leyes y analiza a la luz de ellas actos, medidas y resoluciones...

A las 4 de la tarde—«Don Juan José» sale después de «Las Últimas Noticias»—se acerca a sus

suscriptores, se acomoda los anteojos, saca el vientre, echa los brazos a la espalda y se detiene en la actitud de decir:—Pregunte Ud.

La disertación empieza generalmente por el editorial y ¡qué ojo clínico tiene para apreciar las situaciones!

No me olvidaré jamás cuando, hace poco más de un mes, el mismo día que el Ministro de Hacienda anunció un superávit de 20 millones, yo que soy un poco incrédulo fui a consultarme con Don Juan José.

El hombre-prensa se sonrió, miró hacia todos los lados con aire de profunda desconfianza, bajó la voz y me dijo al oído:

—No se entusiasme, amigo mío. El superávit de 20 millones se basa en esperanzas. En cambio, el empréstito de ochenta millones, destinado al rescate de bonos, ha sido invertido en otras cosas, y hay un déficit «de arrastre» de ciento sesenta millones... De esta situación, no tiene, por cierto, culpa el último ministro. Los superávit y los déficit no se producen en un día para otro sino que son el resultado de un largo período; pero, por lo mismo, no hay que entusiasmarse... En este país, tratándose de Hacienda Pública, es siempre más prudente seguir el viejo adagio: «Piensa mal: Pecarás pero no errarás...».

¡Ni que hubiera sido contador! Un mes después el propio Ministro de Hacienda confirmaba en todas sus partes la exposición del diario humano! ¡Un verdadero triunfo periodístico!

Desde entonces creo a pie juntillas en el hombre-prensa.

Algunos amigos poco afectos a la lectura seria y que siguen igual procedimiento informativo, me han recomendado que cambie de periódico.

—Don Juan José es muy grave. ¿Por qué no te suscribes mejor al «Pepe Lucho» o al «Chuncho Pérez», que son mucho más graciosos y no están mal informados? ¡Si vieras qué epigramas y qué chistes hacen sobre los últimos acontecimientos!

Sé muy bien que, yendo a la hora del aperitivo a cualquier restaurant céntrico podría darme el gusto de leerlos. Bajo su aparente frivolidad, esas dos hojas vespertinas cuya prensa funciona con alcohol, dicen verdades de a folio que no suelen imprimirse en los rotativos movidos a electricidad. Pero... sus palabras me suenan a proclamas clandestinas y ¿a qué voy a negarlo? los encuentro altamente peligrosos... hasta para sus oyentes.

En cambio Don Juan José, aunque tiene un tiraje reducido, da informaciones serias y hace comentarios un poco teóricos, si se quiere, pero

que no ofenden a nadie. Y aunque sea grave y editorialesco, como no tiene censura, es sumamente interesante.

¿Quieren Uds. suscribirse? Guárdenme reserva. Puedo presentarles a Don Juan José.

EL DIVORCIO ANTICIPADO

«Londres, 15.—Después de treinta años de relaciones, la señorita Ana Mills, de cincuenta años de edad, ha presentado una demanda por ruptura de promesa de matrimonio, que el Tribunal ha fallado a su favor, concediéndola una indemnización de cinco mil libras esterlinas».—(United Press).

Esta novia, que después de treinta años de compromiso, rompe con su prometido y le cobra indemnización, bien merece un ligero comentario.

Por de pronto, es un prodigio de paciencia. ¡Treinta años persiguiendo a un novio que se escurre, saca el cuerpo, y evade la solución definitiva! ¡Cuánta diplomacia habrá desplegado una y otra parte durante esos seis lustros!

Nuestro viejo litigio sobre Tacna y Arica resulta un juego de niños al lado de los esfuerzos desplegados por miss Mills y mister Jesson antes de llegar al «impasse» definitivo o mejor dicho a la solución jurídica en que han terminado las negociaciones directas de ambos novios.

El Tribunal inglés ha estimado en cinco mil libras, o lo que es lo mismo en \$ 200,000, la espera de la novia. Seis mil pesos por año no es una mala indemnización para una prometida que se vuelve vieja oyendo el monótono «Te quiero» de su eterno pretendiente. Muchas lo harían más barato; algunas, acaso gratis. ¡Halaga tanto el amor propio tener un novio inamovible!

Però esos doscientos mil pesos que la Corte de Justicia ha ordenado pagar a la señorita Mills, ¿son realmente una indemnización? No sé qué opinarán sobre este punto los juristas; pero, desde luego, puede asegurarse que no es una indemnización por años de servicio, ni tampoco una jubilación, ya que ambas cosas suponen un período de trabajo activo.

Tal vez lo que cobra la novia, sea una especie de lucro cesante.

Acaso también, la novia reclame, y con razón, el pago del deterioro sufrido en esos treinta años de espera. Ciertamente es, que de parte de mister Jesson ha habido sólo lo que llama el código,

el uso inocente; pero las novias son tan delicadas que basta el simple transcurso del tiempo para deteriorarlas.

Si el señor Jesson hubiera estado impregnado de las sanas prácticas del comercio, habría destinado anualmente en su presupuesto una cantidad para responder al natural desgaste de su prometida; en otras palabras la habría ido «castigando» en su balance como se hace con una máquina de escribir o una victrola,—instrumentos que sumados se aproximan mucho a una novia. Al cabo de algunos años la niña de sus ensueños habría estado totalmente amortizada.

Pero tal vez mister Jesson, con mala fe de leguleyo, pensó quedar a salvo de toda responsabilidad mediante la prescripción extraordinaria de treinta años. La sentencia del Tribunal acaba de poner de manifiesto, que las novias no prescriben.

Será este un golpe serio para todos los hombres poco aprensivos en sus relaciones con el bello sexo, que creen que, con respecto a la mujer, la inscripción en el Registro Civil es un requisito tan indispensable como la inscripción en el Conservador de Bienes Raíces para las propiedades.

El derecho de las novias a pedir indemnización va a convertirse en Inglaterra en una fuente

interminable de litigios; pero hay algo más grave todavía.

El caso de la señorita Mills, al recurrir a los Tribunales para dar por terminado su noviazgo, equivale a una especie de divorcio anticipado. Ya no se considerará que sólo el matrimonio da derecho a aburrirse y a pedir la resolución del contrato con la consiguiente indemnización. También podrán disolverse los noviazgos.

Habrá, pues, divorciadas de primero y de segundo grado.

La señorita Mills, encabeza la lista de las divorciadas antes del matrimonio con un capital de cinco mil libras—¿Cuánto le habría costado el divorcio a Mr. Jesson, si por desgracia llega a casarse con la misma señorita?

UNA VICTIMA DE PROUST

Marcel Proust está de moda. En los corrillos literarios, en las revistas, en los periódicos, se habla de la obra de Proust como de algo perfectamente familiar.

Yo, en un principio, creía que toda esa gente conocía al autor del «Camino de Swan», algo más que de oídas, y les iba preguntando ingenuamente cuándo y cómo se habían leído los 17 tomos de «A la recherche du temps perdu».

—Durante una grippe muy larga—me decía uno.

—Tuve una tifoidea—me contestaba otro.

—Yo conocí a Proust gracias a la escarlatina—nos agregó un tercero.

No seguí preguntando por temor de que alguno apelara, para justificar su erudición, a la

parálisis general. Sólo una cosa veía claro: que era imposible leer a Proust sin guardar cama y, como no me gusta que me cuenten cuentos, deseé de todo corazón una enfermedad instructiva y larga.

* * *

Leer a Proust no es cosa fácil. Su lectura es bastante más pesada que la de los poemas épicos, los clásicos españoles y demás obras maestras, recomendadas por la Historia Literaria con el laudable propósito de apartar a los alumnos de la senda estrecha y áspera de la literatura. Pero en estas grandes obras, como en los discursos que corrientemente se pronuncian en la Cámara, se ve la aspiración del autor a decir algo, a interesar a alguien. En Proust no existe esta finalidad: Para usar un término parlamentario, Proust es un literato «obstruccionista». Hace el efecto, no de que trata de buscar el tiempo perdido, sino de que escribe por perder el tiempo y hacérselo perder a los demás. Más aún, parece deleitarse en molestar al lector, contándole con la mayor prodigalidad los detalles más vulgares y que más puedan aburrirlo. Su charla, muy parecida a la de esas señoras viejas que pasan largas horas comentando

por qué el dulce de camote no queda ahora tan bueno como antes o por qué la sirvienta de mano se disgustó con la cocinera, se arrastra con lentitud de caracol. Hay que fijarse mucho para darse cuenta de que el bicho camina. Sólo que el caracol deja un rastro. De Proust no queda nada: el hilito sutil de la perogrullada psicológica se seca inmediatamente y, como para colmo, uno se duerme, sin alcanzar a señalar la página, y no hay medio humano de recordar lo que decía, se corre a la mañana siguiente el gravísimo peligro de leérsela de nuevo.

Este resbalar constante por una pendiente interminable, acaba por producir en el ánimo la impresión de que, en vez de adelantar, se retrocede; entonces el lector echa al demonio el libro y promete formalmente renunciar al «snobismo» y pasar por inculto, a trueque de seguir leyendo una obra que, cuanto más se lee, tanto más se acerca al principio.

¡Vana esperanza! Esa es justamente la oportunidad en que el amigo, «proustiano» y conciliador, surge de pronto ante su víctima, como Mefistófeles en el gabinete de Fausto, arrepentido:

—Siga leyendo. No se dé por vencido. Proust es pesado, ¿quién va a negarlo?, pero se acostumbra...

* * *

El argumento es convincente. Es el mismo que desde tiempo inmemorial viene haciéndose, con positivos resultados, a las niñas ingenuas para que se casen con el marido cincuentón y latero, pero que, en el fondo, es muy buena persona.

«El amor se cría», piensa el lector, y vuelve con nuevos bríos a la carga; pero el segundo tomo es casi inexpugnable y no se deja tomar a dos tirones. Toda clase de defensas naturales y artificiales le protegen. El estilo de largos períodos, pesado y fangoso, impide la marcha como esos caminos en que la artillería se hunde hasta los ejes; o bien, miles de detalles—guijarros menudos y sin interés—obstruyen la carretera. Ni siquiera el caminante puede distraerse: De cuando en cuando una pepita de oro, dejada maliciosamente en el sendero, llama su atención y lo obliga a echarse a gatas en su busca.

Así se avanza poco a poco, hundiéndose, resbalándose, o abriéndose camino a viva fuerza entre las disquisiciones psicológicas y las asociaciones de ideas, tan tontas como prolijas, que, peor que los alambrados de defensa, forman una maraña que desafía al alicate y la paciencia. Es para volverse loco.

* * *

Proust, como la fotografía, no perdona detalle. No existe para él, esa selección, esa síntesis, esa estilización que distinguen el cuadro de la oleografía barata y la descripción literaria del inventario judicial.

Lo que interesa o lo que no interesa, lo que contribuye al efecto o lo destruye, está tratado con igual intensidad.

El protagonista no puede ser menos atrayente: Una sensiblería de señora histérica, en lo que se refiere a su persona, alterna con la más absoluta falta de ternura y de emoción en cuanto atañe a los demás.

Un alfiler clavado en la pared le produce escalofríos; la presencia de un inofensivo ropero de caoba basta para dejarlo sin dormir y acaba por producirle tal desesperación que, a medianoche, se resuelve a llamar a su adorada abuela, exponiéndola a una pulmonía, para que acuda en su socorro.

Todo esto, según parece, denota una sensibilidad exquisita; pero el lector, hombre normal y sano, siente impulsos espantosos de levantarse junto con la abuela y aplicarle al muy marica

un par de bofetadas para que de una vez por todas, le pierda el miedo a los roperos.

Menos mal que el horror a estos pacíficos muebles está compensado en el protagonista por una admiración desordenada hacia los nobles. Ningún cursi sería capaz de sentir con mayor intensidad que él, la atracción de los títulos y los pergaminos, por más que sus portadores no dejen, en la novela, nada que desear en punto a ridiculez y falta de cacumen. Ciertamente es que la servidumbre desempeña también en el curso del libro un papel importantísimo.

Proust habla de los nobles por lo que le cuentan los criados, y de los criados por lo que le cuentan los nobles. Este intercambio de chismes, que tanto suele hacer sufrir a las dueñas de casa, es para el autor una fuente segura de investigación psicológica.

Pero el fuerte de Proust es la asociación de ideas. Un ruido, un olorcillo cualquiera, una pata de mosca perdida entre las páginas de un libro, le permiten llenar cuarenta o cincuenta páginas con disquisiciones de este jaez:

«Al abrir la puerta, sentí una mortal tristeza y estuve a punto de desmayarme, porque observé que, puesto que me había sido posible abrir la puerta, era evidente que debía estar sin llave, lo que forzosamente indicaba que ésta no

había sido echada o la puerta carecía de ella, lo que en el primer caso denotaba una distracción muy explicable de parte de la persona encargada de cerrarla—que bien pudo considerar también innecesario hacerlo,—o en el segundo, un olvido del cerrajero. En un principio no comprendí cómo un detalle tan insignificante podía haberme arrastrado a tal estado de postración moral tan sólo comparable al que me produce un papel secante verde y sin uso; pero luego recordé que una tía, que nunca seca sus cartas, tenía también una propiedad verde y sin uso, donde unos bandidos cometieron hace tiempo un crimen horrendo, y entonces comprendí que el horror que me causaba aquella puerta sin llave, no era otra cosa que el recuerdo, exacerbado por los años, del horror que sentí al leer el párrafo de diario en que se anunciaba que los susodichos bandidos se habían robado una oveja que mi tía estimaba mucho, acaso porque nunca la había visto, diferenciándose en esto para ella de todas las ovejas que había conocido».

Hago gracia a los lectores de las cincuenta o cien páginas que podría escribir para alargar este pequeño ejemplo.

Es posible que pueda producirse una asociación de ideas de esta especie; pero, aun supo-

niendo que todos sus términos sean exactos, al pasarla al papel, resulta absolutamente falsa, porque la asociación de ideas es una operación esencialmente rápida. El describirla, haciéndola durar una velada entera, resulta tan absurdo como prolongar, para mayor claridad, durante media hora, un estornudo. Parecerá un automóvil con escape libre, una ametralladora lejana, una sucesión de cohetes, cualquier cosa, menos el estornudo cuya sensación quería darse.

Algo de eso es lo que sucede al leer a Proust. El exceso de lentitud con que se desarrollan las ideas y los sucesos, les quita todo carácter de verdad o, a lo menos, de naturalidad. Por supuesto que semejante afirmación no puede hacerse en alta voz. El amigo proustiano, que ya lo ha hecho leer a uno dos tomos, puede surgir de donde menos se piensa para decirle con voz meliflua:

—¿Se ha aburrido? No importa... Es sólo falta de costumbre. Lea usted ahora el primer tomo del «Camino de Swan»... ¡Es un encanto! Verá que, una vez que se habitúe, no sólo dejará de molestarle; le gustará e irá corriendo a buscar el otro tomo.

Ante un peligro semejante, yo no me he atrevido a continuar leyendo. ¡No vaya a ser que

me acostumbre! En las últimas treinta páginas ya notaba con rubor que, de cuando en cuando, el libro comenzaba a cogerme. Unos cinco tomos más y, acaso, familiarizado con la lata, habría terminado por entusiasmarme y sentir una profunda admiración por esa especie de señora que se desmaya con el olor de las flores, goza con los chismes de la servidumbre, delira por los marqueses más ridículos y llena páginas de páginas, en busca de la manera de hacer perder a los demás el tiempo que ya ha perdido.

Sé que al decir esto, corro riesgo de la vida. Los proustianos, a pesar de que no leen a Proust sino cuando están enfermos, son terribles en estado de convalecencia. Pero ¡qué le voy a hacer! Tanto han escrito de Proust sus admiradores, que no está de más que el público oiga, alguna vez siquiera, la voz de una de sus víctimas.

Julio de 1929.

LA FELICIDAD EN EL ZOO

Se ha suscitado hace poco una polémica sobre si los animales del Zoológico están o no bien alojados.

Hay quien sostiene que los brutos se sienten dentro de la jaula como el pez en el agua y gozan con el régimen enérgico a que se encuentran sometidos. —¿Por qué razón?—Porque son brutos. La respuesta no puede ser más contundente:

Hay, en cambio, otros que opinan que los pobres animales, asándose por entre los barrotes como un ross-beef en la parrilla, se sienten profundamente desdichados.

Según los partidarios de esta tesis los pensionistas del Zoológico, tienen ideas libertarias y, como no comprenden la diferencia que existe

entre la libertad y la licencia, sufren lo indecible con vivir en el mezquino espacio de una jaula.

Naturalmente, como los animales no hablan, ambas hipótesis se basan en meras congeturas.

Ante los barrotes de cada jaula no faltan nunca los representantes de uno y otro bando que discuten acaloradamente.

—¡Pobre brutito!—exclama uno mirando la pantera. ¡Cómo anda desesperado de un extremo a otro!

—¿No ve que se está paseando?

—Sí, ¡de rabia!

—De satisfacción, señor. ¡No se quisiera una otra cosa que pasarse el día entero de ocioso, con comida gratis, haciendo «footing» para estirar las piernas, entretenido en mirar a las chiquillas que vienen a visitarlo! ¡La gran vida! ¡La vida del oso, como se dice vulgarmente!

—¡Ya lo tuviera a usted un par de semanas, muerto de hambre, a todo sol, en esa caja infesta, sin más ocupación que leer ese letrerito irónico que dice: «No maltrate a los animales». ¡Linda recomendación! ¿Y por qué la autoridad no empieza por dar el ejemplo?

—El Zoo es profundamente educativo...

—¿Sí? Para enseñar a los niños la crueldad con las pobres bestias... Yo no sé cómo la So-

ciudad Protectora de Animales no protesta de este crimen.

El señor sentimental y el caballero entusiasta no logran ponerse de acuerdo.

Un tercero cree del caso terciar en el debate y se acerca con espíritu conciliatorio.

—Señores—dice—yo creo que ustedes dos tienen la razón... en parte. Es claro que el calor es aquí harto molesto y que para el oso polar esto debe ser bastante desagradable; pero en cambio para las lagartijas...

—Sí, señor; ¡bonito Zoo quiere hacer usted a fuerza de lagartijas!

—No serían los únicos ejemplares; podrían dejarse también las gallinas, los cabros, los conejos, algunos ratones; en fin, los animales que estén acostumbrados a este clima.

—¿Y los demás animales?

—¡Ah! eso depende. Para el león de Africa, por ejemplo, el calor no es suficiente. Se le podría mandar a algún jardín zoológico de Argelia; los papagallos, al Brasil; los monos, al Ecuador; los caimanes, a Colombia, y así sucesivamente. Esos países, en cambio, podrían devolvernos las avecitas y animales criollos que en sus respectivos jardines, injustamente llamados de aclimatación están llevando una vida de perros! Este intercambio sería profundamente favorable no

sólo para los animales, sino también para el país. Fomentaría el turismo; porque—ustedes comprenden—¿qué puede interesarle a un turista, verbigracia, egipcio, que está cansado de ver cocodrilos, hallarse con un mal anfibio, acezando de calor en una jaula? Lo que a ese hombre puede agradarle, son los coipos, los cóndores, los zorzales: en fin, la fauna del país. El intercambio zoológico se impone como una verdadera necesidad, a lo menos hasta que haya aquí algún sistema de tener a los animales exóticos en un medio más parecido al de su tierra. ¿No les parece a ustedes?

Y el señor de espíritu conciliador, muy grave, muy estirado, se aleja dignamente, mientras los dos ex-contendores prosiguen su interminable discusión y el problema de la felicidad de los animales del Jardín Zoológico, continúa tan irresoluble como el de la felicidad de los humanos.

Febrero de 1930.

HUMO DE PIPA...

Cada vez que enciendo la pipa, no puedo menos de consagrar un recuerdo al doctor que me ha dicho:

—No fume Ud. El tabaco le hace daño. Hay una intoxicación manifiesta en su organismo, etc., etc.

Con una mirada vizca, observo entonces la pipa y la veo como un pequeño embudo por el cual la muerte me va entrando en el cuerpo. A cada chupada, soy un poquito más cadáver que antes.

Es un suicidio lento que tiene la ventaja de no recaer en las disposiciones punitivas del código.

Además, yo no lo hago por matarme sino por

escribir. En el fondo de cada pipa, hay un artículo. Los hombres de ciencia no lo saben, porque el análisis químico, grosero y materialista, no alcanza a aislar las ideas. No aparecen en el tabaco, ni en la nicotina, ni en el humo. El artículo viene a ser un subproducto que los químicos desprecian por inútil. Yo también creo que es inútil; pero he encontrado la manera de venderlo. Las empresas periodísticas, con un criterio parecido al de las compañías de seguro, se encargan de indemnizar la pequeña dosis de vida que pierde el operario al extraer, a fuerza de chupadas, esa sustancia inmaterial que fluye del tabaco y, después de algunas vueltas por el alambique del cerebro, logra fijar en el papel, mediante un poco de tinta.

A mi me pagan, pues, por suicidarme y lo hago valientemente y a conciencia.

Mas ¿acaso no sucede lo mismo en todos los ramos del trabajo? ¿Qué es el cansancio sino una intoxicación?

El más elemental fatalismo aconseja creer, por lo demás, que cada individuo que llega al mundo viene calculado para cumplir tal o cual misión por modesta o insignificante que sea. El coleccionista de sellos, llamado a pegar 10,324 estampillas en un álbum, morirá acaso en el ins-

tante en que, con la lengua afuera, se disponga a humedecer el sello número 10,325, con la misma seguridad con que el obrero sentirá que se le cae la barreta de las manos al dar «el último» golpe que el destino le había señalado. No se conoce el caso de un solo operario que haya dado un barretazo después del último.

Con un poco de fatalismo, se puede por lo tanto seguir fumando sin preocupaciones.

¿Cuántas cachimbas, o—sustituyendo cantidades iguales,—cuántos artículos me quedarán todavía que vaciar en el papel?

Ni el propio administrador de este diario que es, sin duda, uno de los más interesados en saberlo, podría decirlo con certeza.

Sólo sé que el trozo de vida que me falta por recorrer se va acortando a cada aspiración de nicotina y siento vagamente la impresión de ser una locomotora que se va acercando a la meta: una locomotora que marcha resueltamente a su destino entre azules bocanadas. Cuando llegue a la estación, el viento habrá barrido el humo y no quedará rastro de su paso.

Con el último resollido habrá salido también la última bocanada de humo azul.

Es triste ser una máquina que funciona a nicotina; pero ¿qué se le va a hacer?

EL PARAGUAS

Los periodistas estamos tan contentos con la libertad de imprenta, tan «chochos» con ella, que casi no nos atrevemos a tocarla.

Como el papá inexperto a quien acaban de darle la noticia del nacimiento de su primer vástago, nos paseamos nerviosamente de un lado a otro, repitiéndonos:

—¡Qué felicidad, qué felicidad! ¡Si parece que fuera mentira!

En tanto el chico chilla y se agita en la cuna como pidiendo que lo saquen. ¡Qué esperanza! No es el papá inexperto un inconsciente para tomar esa criaturita que parece hecha de masa y exponerse a quebrarle la cintura! Ni tocarla. De sobra habrá tiempo en la vida para que la joroben. Por el momento, a lo sumo, con miles de precauciones, se pueden separar las cortini-

llas de tul de la cuna para mostrarla a los amigos.

Estos pueden entreverla, mejor dicho divisarla en la semi-obscuridad de la pieza. La infeliz criaturita casi no tiene aún forma humana: parece un tomate que bala, mientras el cuerpecillo de gusano desaparece aprisionado entre las fajas, las puntas y las mantillas...

Supongo que no habrá nadie tan loco que quiera libertar a la criatura del vendaje, ni sacarla a toda luz, exponiéndola a un resfrío, ni mucho menos pretender que ande y actúe por su cuenta. Sería criminal.

Hay que decirle «agú» y sonreírle, nada más.

Por eso cuando algún bárbaro,—o sustituyendo cantidades iguales, un periodista—en un arranque de amor paternal se acerca a la cuna y quiere sacar al chico y llevarlo a la ventana para que lo vea el público y se convenza de que realmente ha nacido, sus propios compañeros, desde el director hasta el portero, se apresuran a sujetar al desnaturalizado.

—No, ¡por piedad! ¡Que puede morírse nos la criatura!

Y el bárbaro de periodista, se detiene, alza los hombros con desconsuelo y permanece con los ojos fijos en la ventana, cuyos vidrios empañan la llovizna. No piensa ya en el chico; no quiere pensar en él; le parece que así, en la cuna

sin aire, también se puede morir de consunción... Sin saber cómo ni por qué se recuerda de un paraguas. Un paraguas maravilloso, de seda, con mango de oro que le obsequiara su mujer para el día de su santo. Ese paraguas—el mismo que no ha traído—permanece guardado en el cajón de la cómoda.

En la mañana iba a sacarlo; pero el tiempo estaba tan amenazante que casi le halló razón a su mujer cuando, pálida y temblorosa, le detuvo junto al cajón de la cómoda como al borde de un precipicio.

—¿Estás loco? ¿Qué vas a hacer? ¡Con esta lluvia...!

Y el paraguas sigue guardado en su funda de seda en el fondo abrigado de la cómoda, cual corresponde a su temperamento delicado, mientras afuera, la lluvia estropea y cala los paraguas burgueses con mango de madera y varillas tembleques.

Cuando el verano se pronuncie más, y el tiempo esté perfectamente bueno y haya sol... entonces será el momento de hacer una intentona...

Es ridículo salir de paraguas en un día de sol; pero ¡qué diablos! es la única manera de que no se moje y que dure...

Octubre de 1928.

LOS ZAPATOS CON GAMUZA

Nunca me olvidaré de aquel par de zapatos. Fueron los primeros que compré con «mi plata» cuando me recibí de bachiller, y eran un prodigio de cursilería. De acuerdo con la moda de entonces, tenían una puntilla de charol aguda y murmuradora como lengua de mujer y una caña de gamuza gris perla. Arrullado por su gemido que tenía algo de suspiro entrecortado—el mismo gemido que a esas horas debía estar dando mi cartera, huérfana de billetes,—recorría las calles, y al entrar algo atrasado, como siempre, a la clase de Derecho Romano, el susurro de mis zapatos de charol se confundía con el murmullo de admiración de todo el curso.

El día que fuí a un lustrín y coloqué esas maravillas en sendas plantillas de bronce, fué uno

de los más felices de mi vida. Me sentía más alto que todos los demás, en una especie de solio, y experimentaba todas esas emociones y esos dulces vahidos del que ha llegado a la cima del poder. Abajo, muy abajo, veía las puntillas de charol ligeramente cubiertas de polvo, y reflejándose en ellas como en un espejo antiguo, la cara un poco picaresca del lustra-botas español.

—¡Qué magnífico calzado se gasta el señorito! —me dijo mientras sacaba la caja de betún.

Agradecí con una sonrisa, porque la emoción me embargaba un poco. «Es un hombre inteligente, que entiende de zapatos», pensé para mis adentros.

El hombre se inclinó, rendidamente, como si hubiera oído mi pensamiento, y comenzó a buscar un paño.

—Pues, créame usted—dijo,—que no es por elogiarlo; pero botines así se encuentran pocos. Sólo don Fulano—y me citó el nombre de un autor teatral a quien yo admiraba,—se gasta unos parecidos... El señorito debe tener talento literario...

—Aficionado... nada más que aficionado! —respondí con fingida modestia.

—¡Canastos! ¡Vaya con el aficionado!—replicó el español. —Un caballero tan joven como us-

ted, que sabe elegir una horma de esta clase, tiene que ser un artista.

«Este hombre es realmente talentoso»—continuaba pensando mientras con los ojos vagos seguía el ir y venir del paño. Y el español agregaba:

—Oiga usted. Botines como los que lleva pueden considerarse una «creación». Yo, por mi profesión, he visto muchos zapatos...

«Es un técnico, y hay que creerle», repetía mi pensamiento, como un eco, mientras el lustrabotas, con un sentido de adivinación admirable, continuaba el discurso interrumpido:

—Por botines de esta clase, en otros lustrines cobran cuarenta y aun sesenta centavos... (en ese tiempo «la lustrada» valía una chaucha). Es lo que merecen; lo que debía cobrarse; pero yo—¡por algo los españoles descendemos del Quijote!—no me fijo en el dinero.

«¡Es un artista; claro que es un artista!»... proseguía soplándome al oído mi vanidad de bachiller; pero yo no defraudaré a este buen hombre... ¡Hay que darle una propina!»

Al español, no le paraba la lengua. Los diti-rambos a los zapatos se confundían con el elogio a mi persona; pero yo no le veía: Miraba el cielo, un cielo brillante y lustroso como el charol de mis zapatos, que se abovedaba sólo para

dar sonoridad a la elocuencia de mi admirador.

De pronto sentí un ligero frío en las canillas. Miré hacia abajo: El animal me había embadurnado de negro el gris perla de mis cañas «dernier»!

* * *

Los zapatos ya no existen. El lustrador sanó de los chichones que alguien, que no nombro, le levantó ese día, y coronó, con una vejez opulenta, el comienzo de su carrera política; pero, cuando miro un adulador y veo la desesperación que le produce al adulado, no puedo dejar de pensar: —¡A ese hombre le han lustrado la caña!

Junio de 1929.

LA VOZ OLVIDADA

Todos, cual más cual menos, llevamos en el fondo del alma un empleado público.

No lo mostramos a nadie; lo ocultamos, cuidadosamente, con esa acuciosidad no exenta de vergüenza con que, en días críticos, escondemos el revólver que ha de defendernos del asalto de un «matón» que nos la tiene «jurada».

El arma que en un principio nos molesta acaba por convertírse nos en algo familiar. En los días de sol, en calles concurridas, cuando el ambiente predispone al optimismo, no nos acordamos de ella; pero en cuanto el porvenir se muestra obscuro y la pobreza—ese terrible adversario de toda la vida—nos acecha en alguna encrucijada, inmediatamente echamos manos del arma salvadora:

—No importa: Ahí me conseguiré un empleo público.

Es el último recurso; es el salvavidas que en los momentos de bonanza miramos como un adorno de borda y que recobra todo su prestigio en cuanto una nube negra asoma en el horizonte.

Es incómodo. Nadie se cala por gusto un neumático en derredor de las costillas, y da un poco de rubor que los pasajeros de cubierta se percaten de que el turista que hasta ayer presumía de hábil nadador, tenga que apelar a ese recurso para salvarse del naufragio; pero ¡qué se le va a hacer! No todos tienen la suerte de ser agricultores, industriales o rentistas, esas tres categorías que acaso por falta de sentido práctico, son las únicas que no han ingresado todavía a la administración.

Y como el naufragio predispone al arrepentimiento, los viajeros en peligro se apresuran a adjurar de todos sus errores y de todas sus protestas en contra de la empleomanía. Es el momento en que el empleado público—ese modesto funcionario que todos llevamos en el fondo del alma—sale a la luz del sol y se encara con «las clases productoras» que no saben comprenderlo. En realidad, los hombres de trabajo no pueden imaginarse la tragedia de pasar días y días sen-

tado frente a una mesa transcribiendo oficios para que otro los copie y los transcriba, o sacándole el cuerpo al jefe que en cualquier momento puede entrar a la oficina a ordenarle, como el funcionario de marras:

—Fulano: ponga en orden esas cartas; clasifíquelas por orden alfabético y échelas en seguida a la basura.

El empleado tiene gastos extraordinarios. Necesita por de pronto dos sombreros: Uno para la cabeza y otro para la percha, a fin de que lo supla en sus ausencias. Ni siquiera puede echar un sueñecito, entre oficio y oficio, de miedo que algún chusco lo despierte con el viejo chiste:

—Compañero: No ronque de esa manera, mire que puede despertar al jefe!

¡Es para volverse loco! Los industriales, los agricultores, acostumbrados a las mil distracciones que el trabajo trae consigo, no comprenden ese drama que se desarrolla sin más ruido que la llovizna intermitente de la máquina Underwood en el papel de copia.

—¡Están de ociosos! —exclaman como si eso fuera una ganga. Para ellos el aburrimiento—base jurídica del derecho a cobrar sueldo del Estado—carece de toda significación.

No es extraño, por lo tanto, que en la Semana Agrícola se hayan oído voces respetables que se

lamentan de las contribuciones, con olvido absoluto de que ellas van en su mayor parte a engrosar ese fondo de seguro nacional que constituye la administración pública. No piensan que al atacar eso que llaman despectivamente la «empleomanía», se cierran una puerta para el porvenir.

Si no hubiera empleos públicos, ¿qué sería de estos pesimistas el día que los impuestos llegaran, como ellos temen, a impedirles trabajar? Por otra parte, hay que ver que ninguno de los que tanto se lamentan, dejan de tener un hijo, un hermano o un pariente próximo ocupado en el servicio del Estado, que recibe con creces lo que ellos pagan en contribuciones.

En realidad, el empleado público es un mero intermediario que hace volver a manos de la familia del contribuyente lo que éste entrega al Fisco. Todo queda, pues, en familia.

Pero estas cosas no las comprenden esos hombres. El ruido de las máquinas, las mil preocupaciones del trabajo, la epizootia del ganado, la baja del trigo, les impiden oír la voz del empleado público que todos, sin excepción, llevamos en el fondo del alma.

En nombre de esa voz olvidada y recóndita, he escrito estas líneas.

CALLADITO, EL LORO

Frente a mi casa hay una frutería y en la frutería un loro.

Metido en su jaula, entre las piñas y los plátanos, contribuye a dar carácter y color local a ese pequeño rincón del trópico, donde el loro con su brillante uniforme verde y rojo se pasea, perorando como un caudillo prisionero.

Sin duda, es un loro de oposición, porque, de cuando en cuando, se le escapan palabras muy poco parlamentarias.

Cada vez que esto le sucede, el dueño de la frutería le golpea la jaula, gritándole: «Calladito, calladito, el loro», y el loro permanece algunos momentos en silencio. Vagamente, comprende que ha dicho algo que no ha caído bien; pero no sabe con exactitud cuál es la frase que

se le critica y pone una cara de periodista, que da lástima.

Su perfil mismo, puntuado por el ojo azorado y parpadeante, parece un signo de interrogación.

—Es un pájaro muy raro—suele decirme el dueño—. Habla y habla que es un contento y me trae la mar de clientes a la frutería; pero, ¿qué quiere usted?, tiene esta maldita maña... De repente, cuando menos se piensa, sale con una barbaridad.

Y con el dedo en alto el dueño de la frutería le repite:

—¡Calladito el loro! ¡Calladito!

Muchas veces, por lástima al pajarraco, le he ofrecido al dueño comprárselo; pero él ha rechazado mis ofertas casi con indignación.

Hace dos semanas que el loro no chista. Tanto le han sacudido la jaula que el pobre pajarraco no se atreve a decir una palabra y ha perdido por completo su interés: parece una victrola descompuesta.

El dueño ha venido a verme: —¿Sabe?—me ha dicho—, el loro se ha callado.

—¡Hombre, lo felicito!

—No me felicite. Un loro mudo no sirve para nada. La gente lo mira y pasa de largo. Además, yo mismo me había acostumbrado: Me hacen falta sus chillidos; me parece que la frutería no

es la misma. Para mayor desgracia, los clientes creen que, si el loro no habla, es porque yo le pego y me miran con mala voluntad...

—¡Dele pan con vino!

—¡Qué, señor! Si le he dado de todo y no dice, esta boca es mía.

—Véndamelo, entonces.

—¡Cómo se le ocurre! La gente es mal pensada y al no verlo en el local, pensarían que lo habría muerto a palos o que el negocio no anda bien y que he tenido que liquidar hasta el loro.

Y el hombre se alejó meditabundo.

* * *

No había vuelto a acordarme del vecino; pero, ayer, al amanecer, me despertó un interminable parloteo. No entendía bien las palabras; pero escuchaba claramente que el loro hablaba como en sus mejores tiempos. Cuando me levanté, vi que un grupo de comadres y chiquillos se agolpaba a la puerta de la frutería. La cháchara no cesaba y la calle volvía a recobrar su animación de antaño. ¡Qué descanso! La frutería había vuelto a la normalidad.

Me espanté, cuando en la tarde vino a verme el propietario del negocio, y me imploró con voz desolada:

—Señor, por lo que más quiera, cómpreme el lorito. No puedo más con él.

—Pero, ahora, habla—le observé.

—Sí, señor; ¡más valía que hubiera seguido mudo! Habla, habla mucho, pero no hace más que repetir una sola frase: «Calladito, el loro! ¡Calladito, el loro!» Me tiene loco, créamelo usted.

Por lástima al dueño—no al pajarraco—le di veinte pesos por él. He colgado la jaula en el patio y oigo, a cada momento, la voz gutural y chillona que repite:

—¡Calladito, el loro!

Es molesto; pero no estoy arrepentido. Además, puedo hacerme una reflexión consoladora:

Así como hay gente que compra un despertador que le advierta la hora en que ha de levantarse, ¿por qué no se ha de tener también un loro que le recuerde el momento de callar?

Agosto de 1929.

UN TRATAMIENTO CON «SABLINA»

Es difícil comprender por qué la gente se lamenta tanto de la grippe. Desde luego, la grippe, como el robustecimiento de la autoridad, es una consecuencia de la guerra europea y hay que aceptarla sin protesta. Se necesita ser muy indisciplinado o muy retrógrado para no acatar un hecho que constituye «un fenómeno mundial, una característica de nuestra época», como suele decirse en el Congreso.

Por lo demás, si la enfermedad es un poco desagradable, su tratamiento es uno de los más seductores que haya podido inventar la medicina: Limonada, whisky, cama y una que otra tableta de aspirina, salofeno o creogenina.

Suprímase la tableta, y el tratamiento queda hecho un encanto.

En otras enfermedades, el paciente puede correr el peligro de no encontrar un médico que adivine su mal y le recete con acierto: en la epidemia actual, por el contrario, lo que sobran son médicos y panaceas. Ninguno de ellos tiene título; pero eso no hace al caso porque, como diagnostican en el seno de la intimidad, y no cobran honorario, quedan fuera del control de las autoridades sanitarias.

Acaso ellos también sean una consecuencia directa de la grippe. Como la necesidad crea el órgano, la epidemia ha creado sus facultativos.

¡Y qué actividad despliegan en su oficio!

Basta que un individuo, por falta de dinero o por cortedad de genio para entenderse con el sastre, salga a la calle con ropa de invierno en un día de sol, para que inmediatamente sufra las consecuencias de su indumentaria: Porque si la ropa delgada en día frío predispone a la grippe, la ropa gruesa en día de calor predispone al curanderismo callejero.

Yo salí así la otra tarde e inmediatamente me abordó un caballero de aire respetable y nariz ligeramente violácea que recordaba haber visto antes en alguna parte:

—Lo que usted tiene, señor, es una grippe— me dijo, clavando una mirada de facultativo experto en mi ropa de invierno, y antes de que

saliera de mi asombro, sacando del bolsillo del chaleco un pequeño paquete, agregó: Por fortuna se ha encontrado usted conmigo. Tome usted esta tabletita de «sablina», que es un remedio prodigioso; bébase un buen taco de whisky y en seguida échese a la cama. Va a amanecer como nuevo.

—Pero, señor, si yo no tengo nada...

—¿Nada? Así empieza la grippe. Vamos al bar que está allí enfrente y empiece su curación: Yo le acompaño.

Ante un médico tan amable y espontáneo, no hay más que resignarse y feriarlo con un trago. Fué lo que hice.

—«La sablina»—me decía entre tanto mi interlocutor—es un medicamento absolutamente nuevo, que tiene sobre la «aspirina», la «aseína», la «creogenina» y las demás cosas en «ina», la ventaja de que se pueden ingerir varias pastillas en un espacio de tiempo relativamente corto. Usted toma con esta copa de whisky una tableta y dentro de cinco minutos puede beberse una segunda copa con una nueva dosis. La «sablina» no le afecta ni al corazón ni al hígado, ni a los riñones... Es absolutamente inofensiva... Haga la prueba por sí mismo... ¡Mozo! Sírvanos otro par de whisky-sower. Yo también, en previsión, voy a acompañarlo con una tableta...

Mientras yo me atragantaba con la segunda pastilla de «sablina», oí a mi médico correr precipitadamente hacia el extremo del mesón.

—¡Disculpe, mi amigo; discúlpeme; voy a atender a ese caballero que viene con una grippe de los diablos!

De lejos alcancé a verle ofreciendo al recién llegado un comprimido de «sablina», mientras el cliente, resignado a todo, comenzaba a pedir whisky. Minutos después le divisé con un individuo de aspecto saludable, al cual, entre copa y copa, hacía un panegírico de su medicamento. ¡Qué propagandista tan abnegado e incansable! Veía a aquel viejecillo, con su nariz cada vez más enrojecida, ir de un rincón a otro del bar, repartiendo gratuitamente a diestra y siniestra la panacea antigrippal, y como el tratamiento predispone al sentimentalismo, no podía menos de admirarlo.

Al pasar frente a mí, le detuve:

—¡Señor! Permítame abrazarlo. Es usted un héroe, un altruista.

El hombre clavó en mí unos ojillos diabólicos. Estaba, sin duda, en la hora de las confidencias.

—¿Altruista? No sea niño, ¿Usted ha tomado dos sablinas? ¡Ah! ¡Muy bien! Se siente sano, ¿no es cierto? Entonces tiene derecho a la verdad. La «sablina» es un pretexto—polvo de

tiza, nada más—cura por sugestión como el doctor Asuero. La «cura» verdadera la produce el whisky; pero —¡qué quiere usted que haga! —la pastilla me cuesta tres centavos y por el whisky-sower, me piden tres pesos... ¡No me diga altruista! Soy un negociante, un negociante y... un borracho... ¡Qué vergüenza para un viejo!, ¿no es verdad?

Y se echó a llorar desconsoladamente.

Septiembre de 1929.

PERIODISMO LITERARIO

Nunca la prensa ha atravesado por un período de más encantadora liviandad.

El grave y sesudo editorial que estudiaba los proyectos de ley, que citaba autores extranjeros en pro o en contra de tal o cual medida, y que, con el respeto que le daban sus años, aplaudía o censuraba, se ha marchado refunfuñando por el foro. Tal vez al irse, ha sacado del fondo de su levitón un pañuelo de a cuadros y, con el pensamiento fijo en la columna que va a quedar vacía, se ha enjugado discretamente los ojos por debajo de los lentes.

Esto ha pasado en todos los diarios a la vez. En el sitio que quedó vacante, se ha sentado, ahora, un muchacho más o menos vividor y

escéptico, dispuesto, sencillamente, a llenar una columna.

Ahora el tema, generalmente de índole poética, se busca en la naturaleza, en la literatura, o en la psicología. Se escribe sobre el otoño, la caída de las hojas, el último libro de Paul Valery o el corazoncito de las bataclanas.

Con la gracia alada de una mariposa, Daniel de la Vega vuela de un tema a otro; Hugo Silva nos suministra todos los días una píldora de dinamismo, dorada y reconfortante; Joaquín Edwards pone a contribución su talento de escritor y escribe sobre «los chunchules»; Manuel Vega nos brinda algunas máximas morales sobre la futilidad de la melena femenina, y este seguro servidor, como las solteronas en las playas, no se suelta del cable de la United Press.

Aun queda un periodista que comenta sucesos de esta tierra: el autor de «La revolución ideológica», cuyo origen se pierde, según entiendo, en la noche de los tiempos y que terminó el 4 de Septiembre de 1923 a las 12 de la noche. Por este amplio período de la historia patria se pasea la erudición de Augusto Iglesias, criticando sin piedad los acontecimientos.

Hay también verdaderos records periodísticos. El poeta Roberto Meza Fuentes, durante una semana entera, ha escrito sendos artícu-

los mentando el Lunes, el Martes, el Miércoles, etc.

El grosero alambre de púa, que antes parecía separar el seco y duro terreno periodístico del florido campo de la literatura, se ha abierto de repente y todos, cual más, cual menos, nos hemos precipitado allí en busca de alimento. El paso no ha podido verificarse sin algunos rasguños y desgarraduras; el alambre de púa es traicionero y es natural que algo hayamos dejado en el camino. Por eso, no hay que hacer el inventario y contentarse con aplaudir el esfuerzo que significa el nuevo género de literatura periodística.

Sin embargo, esto no todos lo comprenden. Ayer encontré un amigo y le enseñé entusiasmado un artículo, aparecido en la mañana:

—Es un prodigio, léelo. ¡Columna y media, escrita para hablar de una pestaña!

El otro me miró con un gesto vago de tristeza:

—No me lo muestres. Debe ser una obra de arte, pero no quiero leerlo. He sido del oficio y evito leer los diarios por la misma razón que me abstengo de ir al circo. Las pruebas son muy bonitas, ¡claro está! Una mujer que se cuelga de los dientes a cuatro metros de altura sobre la pista; un kangurú que boxea, un chiquillo que

hace el número 8 con el espinazo, un perro que anda en bicicleta... Todo muy interesante. Supone mucha agilidad, mucho ingenio, mucho esfuerzo; pero yo no puedo menos de pensar en lo que ha costado ese aprendizaje. ¡Cuántos palos habrá sufrido el kangurú! ¡Qué hambres atrasadas delatan esos dientes que ahora se resignan a colgarse de un trapecio! ¡Cuántos sufrimientos y amarguras habrá sufrido el chico antes de aprender a doblar el espinazo en esa forma! Soy sensible y no puedo soportar ese recuerdo que me amarga el espectáculo; por eso no voy al circo; por eso no leo diarios.

Y yo me he quedado frente a él, mudo, con el artículo extendido, sin saber qué hacer. Mi actitud tiene algo del elefante, pesado y torpe, que trata de hacer piruetas encima de un barril.

Abril de 1929.

LA CARRERA INVOLUNTARIA

Un ciudadano español acaba de «detentar el récord»—¡qué frase para el padre Morales!—de permanencia involuntaria en motocicleta.

Cuenta, en efecto, el cable que, deseoso de aprender el manejo de uno de esos vehículos, el vecino de Cádiz, Andrés Mérida, tuvo la fatal ocurrencia de sentarse en la pequeña silla de cuero y, sin consultar a nadie, mover algunos fierrecitos que tenía al alcance de la mano.

De pronto la motocicleta comenzó a trepidar desaforadamente sin moverse de su sitio, lo mismo que si estuviera paralítica. Alarmado el señor Mérida, le movió un nuevo resorte. Fué como tocarle el trigémino. La paralítica partió, hecha una exhalación, llevando al señor Mérida sobre su espalda. Parecía un toro desbocado.

Inútilmente el jinete, aferrado con dientes y uñas a los niquelados cuernos de la bestia, intentaba entre barquinazos y saltos, desprender una mano y dar con la palanca salvadora. ¡Todo en vano! El señor Mérida no conocía el mecanismo. Montado en aquella bestia indómita, que parecía elegir los adoquines sobresalientes, los baches del pavimento y todos los tropiezos, sólo por darse el gusto de franquearlos, el improvisado «sportman» comenzó a ser el blanco de todas las miradas.

—¡Muévale esa palanca de la izquierda!, le gritaba un curioso.

—No, la otra ¡la que le movió denantes!... Pero ¡vamos! ¡tenga calma!, le aconsejaba otro.

Mérida no respondía. Con los dientes contraídos y las manos crispadas sobre los manubrios, proseguía su desatentada carrera. No tenía fuerzas para protestar; gruñía, simplemente; pero en ese gruñido, que era la concentración de los dolores de todo su organismo sacudido como una «cocktailera», había una protesta sorda contra el inventor de la motocicleta, contra los curiosos, contra el pavimento y ¿por qué no decirlo de una vez?, contra España entera, desde él mismo hasta Su Majestad don Alfonso, pasando, naturalmente, por Primo de Rivera.

Porque es claro que siendo el señor Mérida, de pura cepa española, ha tenido, por la fuerza, que descargar su indignación contra el Gobierno.

Las mujeres lo miraban contristadas:

—¡Pobrecito!... Dos horas dando vuelta a la manzana. ¡Debe tener las entrañas hechas menudillo!

Don Andrés Mérida oía esos lamentos como en sueños. Al completar las cuatro horas de carrera, le parecía que el hígado, el corazón y los riñones, le sonaban en el cuerpo como las pepas de una calabaza. Su cuerpo entero era un inmenso cascabel y un ruido de campanillas lejanas le zumbaba en los oídos.

Ahora, no sólo las mujeres; también los hombres estaban compadecidos. Ya no se reían. El propio dueño de la moto, el que había pagado el combustible, no se acordaba ya del gasto:

—¡Desgraciado! Ojalá se le acabe luego la bencina—suspiraba.

Mérida estaba medio loco; el recuerdo de Primo de Rivera,—ese hombre que de buenas a primeras también se halló montado en una motocicleta sin poder bajarse de ella—le perseguía como una obsesión. Sí; él era un Primo de Rivera que buscaba inútilmente el resortito que devolviera la calma a ese aparato, cuyo complejo mecanismo es tan difícil de aprender sobre an-

dando. Una palanca, un tornillo, una asamblea constituyente, cualquiera cosa, para que aquello terminara. Los consejos que le daban al paso los curiosos no hacían más que perturbarlo, y, a cada nueva vuelta, volvía a su cerebro con la insistencia de una victrola descompuesta la célebre frase de don Antonio Maura: «Hay gobiernos que son como las bicicletas: sólo mantienen su estabilidad mientras están en movimiento. Si se detienen, caen». Y don Andrés Mérida no quería caerse. Una especie de amor propio se había apoderado de su espíritu, a pesar de las protestas reiteradas de sus asentaderas. No quería caerse: deseaba descender por sus cabales; suavemente, tranquilamente como todos.

La misma frase del perjudicado: «Ojalá se le acabara la bencina» lo hería ahora en lo más hondo.

Y, sin embargo, no había más salvación que esa. A las siete horas y cuarenta y tres minutos de carrera, la motocicleta dió un último resoplido y se detuvo.

Don Andrés Mérida estaba deshecho. Había obtenido el récord de permanencia involuntaria en moto; pero el triunfo deportivo le dejaba indiferente. No pensaba en él mismo:

—¡Pobre Primo de Rivera!—Exclamó—. ¡Continúa corriendo todavía! (1).

Y se desplomó como un fardo en brazos de los asistentes.

Septiembre de 1929.

(1) La bencina duró a Primo de Rivera hasta Febrero de 1930.

ELEGANCIA MACABRA

Es grave, por no decir alarmante, la declaración hecha en París por el tenor Tito Schipa, acerca de que los amigos de Caruso han decidido reabrir, cada tres años, su ataúd, con el propósito de mantenerlo vestido a la última moda mientras el embalsamiento lo mantenga intacto.

Es grave porque, con la declaración del tenor Schipa, la moda franquea, por primera vez, un recinto que hasta hoy le había sido vedado: el de la muerte. Una de las ventajas del reposo eterno, la de no tener que preocuparse de la ropa y por lo tanto de los sastres, cae tronchada por su base.

La moda, esencialmente mudable y caprichosa, deja a un lado sus frivolidades, para seguir

al gran cantante más allá de la vida. No es el primer caso en que una coqueta empedernida se enamora y, rompiendo con el pasado, se convierte en una Artemisa; pero Caruso no esperaba, sin duda, tanta fidelidad y, como buen hombre de mundo, debe haberle molestado.

¡Qué diablo! A quien le gusta que lo quieran a uno en esa forma y que vayan a despertarlo hasta en el nicho.

«¡Ya ni en la paz de los sepulcros creo!»—habrá exclamado el célebre tenor, recordando a Espronceda, al saber la noticia de que su ex-colega Tito Schipa, encabeza un movimiento para sacarlo cada tres años de la tumba por algunos minutos para cambiarle de traje, como él solía hacerlo en los entreactos.

Es molesto y es ridículo. Como todavía es el único, Caruso va a crearse en ultratumba una fama de difunto «pije» y este dandinismo macabro terminará definitivamente con su celebridad de artista.

—¿Quién es ese?—preguntará un muerto a otro.

—Es Caruso. Un difunto muy dado a la elegancia, que anda toda la vida, quiero decir toda la muerte, «a la dernière»—contestará el interpelado. Y nadie se acordará de que Caruso fué un tenor eximio. Su celebridad se basará, no

ya en el arte, sino en la indumentaria, lo mismo que si fuera un vulgar hijo de familia que no tiene más preocupación que la ropa.

Para un hombre célebre, esto es por si sólo una gran contrariedad, Agréguese a ello el que Caruso no podrá elegir sus trajes, ni siquiera la «tenida» que habrá de usar durante los tres años y quedará entregado por completo al gusto y la voluntad de sus amigos vivos. Es posible que en los dominios de ultratumba la indumentaria más corriente sea la mortaja. Es una ropa cómoda y apropiada al efecto, como la bata o el pijama lo es para estar en la casa.

Pero, seguramente, los amigos, hombres elegantes, con ese gusto un poco rebuscado que caracteriza a los artistas, no se conformarán con vestir a un ex-colega con una mortaja. De seguro le elegirán un vestón de a cuadros y ese maldito sobretodo con cuello de pieles que usan para retratarse y parece constituir la suprema elegancia de los «divos». Caruso andará con suerte si, por tratarse de un acto tan importante como la muerte, sus amigos resuelven vestirlo de frac. Esta es, naturalmente, una mera suposición, porque el frac pierde terreno y, aún en circunstancias más tristes—vr. gr. la apertura de las Cámaras—raros son los que lo llevan; pero, en fin, supongamos que a Caruso le vistan

de estricta etiqueta ¿mejorará mucho, por eso, su situación?

Un individuo, por difunto que sea, enfundado desde la mañana hasta la noche en una prenda de uso tan poco familiar resulta grotesco. Preferible sería para él, pasar inadvertido con su traje viejo, un poco verdoso y, por lo tanto, más en armonía con su tinte cadavérico de embalsamado.

Después de la resolución de sus antiguos colegas, a Caruso no le queda, en realidad, más esperanza que la de que su cuerpo se disgregue y vuelva al polvo; mas, en esto mismo se presenta para él una anormalidad.

Los vivos se cambian de ropa cuando se les acaba el traje y a Caruso dejarán de cambiársela cuando se le acabe el cuerpo.

Para los primeros existe la defensa de buscar una tela resistente; pero ¿qué puede hacer el gran artista para que le dure el físico?

¡Qué desgracia tan grande es para un muerto haber tenido amigos tan respetuosos de la moda masculina!

UN DIPUTADO MECANICO

Junto con otros prospectos, recomendando el «escobillón automático para limpiar pisos», recibí la siguiente circular que, por referirse a una cuestión de actualidad, me apresuro a poner en conocimiento del Gobierno:

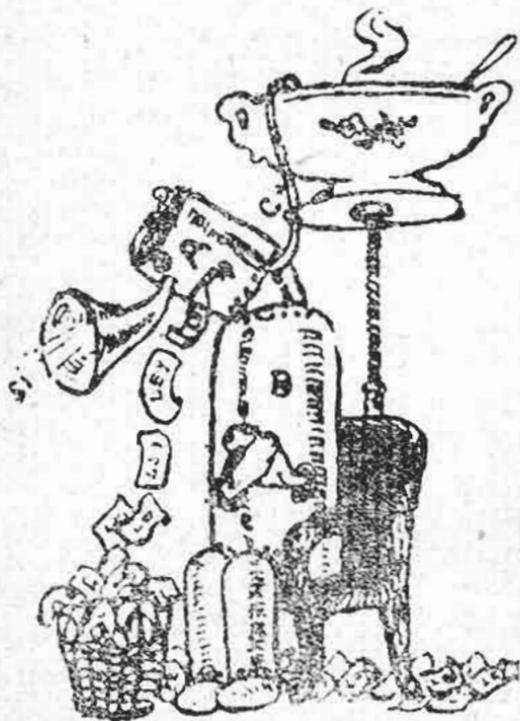
«Boston, Junio de 1929.

Muy señor nuestro:

Tenemos el gusto de recomendar a usted el último modelo de «diputado mecánico», fabricado en los talleres de la Contemporary Machinery Co., en la esperanza de que habrá de ser de su agrado.

Este tipo, construído especialmente para los países latino-americanos, consulta todas las garantías de seguridad, economía y eficacia y es más sencillo que los otros.

Está construído de acero, a prueba de presiones de toda índole; y, una vez puesto en su sitio, no puede ser sacado fácilmente, y se garantiza



su funcionamiento por un período de tiempo casi indefinido.

El aparato consta—como usted puede verlo en el grabado—de un cilindro metálico A, pro-

visto de un alto parlante con 20 discos distintos sobre diversas cuestiones de interés general: vr. gr. votos de aplauso, panegíricos, congratulaciones por la acertada dirección de los negocios públicos, etc.

Una ranura R, da salida a los diversos proyectos de ley, depositados previamente en el cilindro B., cuyo funcionamiento puede ser regulado a voluntad mediante el tubo de alimentación C., que se ve en lo alto del aparato.

Dos manecillas colocadas al centro del cilindro B y conectadas con los bancos ministeriales, sirven para aplaudir en los momentos en que esta manifestación de simpatía y adhesión se considere conveniente.

El «diputado mecánico» funciona indistintamente con bencina, petróleo o dieta de ave.

Una lata cualquiera de estos combustibles basta para asegurar durante un mes la verbosidad del aparato, o sea, el diputado mecánico tiene un rendimiento de 30 latas por lata.

En cuanto a la función legislativa que, como en todo organismo debidamente constituido, es consecuencia directa de la alimentación, se produce, según se ha dicho, por la ranura o escape libre R. que puede lanzar un promedio de 20 a 40 leyes por minuto, con lo cual basta para asegurar el desprestigio del regimen parla-

mentario que, de acuerdo con la ideología moderna, instituye la base de todo Gobierno bien organizado.

La Casa fabricaba anteriormente un tipo de «diputado obstruccionista», muy semejante en cuanto a verbosidad con el actual; pero ha dejado de construirlo, debido a la falta de aceptación que este modelo encontraba de parte de los Gobiernos.

En todo caso, puede usted estar seguro de que la mercadería que le ofrecemos es la más perfecta, barata y apropiada a los tiempos actuales. Desaparecido, a consecuencia de la guerra mundial, el concepto de la fiscalización, no tiene objeto alguno el uso de otra clase de parlamentarios, que son con respecto al diputado mecánico lo que la tracción animal al automóvil o al tranvía eléctrico.

Compre usted un diputado. No se arrepentirá, y si, como digno descendiente de español, es usted aficionado a la política, podrá usted gozar en su propio hogar de todos los agrados del Congreso.

Solicite usted prospectos. Nuestra Casa puede ofrecer a usted un lote completo de «diputados mecánicos», a precios realmente excepcionales. Si usted quiere hacerse agente le enviaremos uno de regalo. Compare su funcionamiento con

el de cualquier parlamentario vivo y háganos propaganda.

Por la Contemporary Machinery Co.

J. W. L. SMILING,
(Gerente)».

No sé si después de los diversos proyectos presentados últimamente al Congreso, la oferta norteamericana será todavía oportuna; pero ¿por qué no hacer un ensayo?

Julio de 1929.

UN DECRETO

La Alcaldía de Valdivia ha dictado un decreto por el cual se prohíbe a los fabricantes de ataúdes exhibir su mercancía y se ordena a los conductores de carrozas fúnebres guardar la debida compostura, «pues se les ve con frecuencia fumar mientras conducen los restos de una persona al cementerio».

Aunque el texto no puede ser más claro, es bien difícil precisar lo que quiere la autoridad.

Según la primera parte del decreto, se ve patente la intención de apartar de los ojos del público el espectáculo triste de la muerte. ¡Nada de ataúdes que entenebrecen el espíritu sin provecho para nadie! La autoridad vela, hasta ahí, por la alegría pública.

Pero, en la segunda parte del decreto, se pro-

hibe al conductor de la carroza,—en aras de la imponente lóbreguez del funeral—hasta el más leve esparcimiento: La autoridad vela por la tristeza pública.

Ahora bien, ¿qué quieren los ediles de Valdivia? ¿Alejar el pensamiento de la muerte o hacerlo más intenso? ¿Aumentar el auge de las pompas fúnebres o propender a su disminución?

Porque es evidente que uno de los medios más seguros de predisponer los ánimos, para asistir dignamente a unas exequias, es por medio de las exposiciones de ataúdes.

Una multitud alegre y confiada, una multitud risueña que no se acuerda de la muerte ni quiere pensar en ella, es lo menos apropiado para dar carácter lúgubre a un entierro. Fume o no fume el conductor, los asistentes son capaces de reírse del difunto.

En cambio, si por efecto de los féretros, los ánimos se encuentran abatidos, el solo espectáculo de ese hombre indiferente que fuma un trigo regular, con el olvido más completo del occiso, puede hacer llorar a gritos a los asistentes.

Si la Alcaldía de Valdivia quiere realmente velar por el buen humor de la ciudad, como parece darlo a entender la primera parte del decreto, lo lógico sería mantener también ese factor inapreciable de serenidad que representa

el cigarrillo del conductor de la carroza. Más aún, debiera permitírsele que se riera, que echara a la chacota su misión y dirigiera pitorreos a los deudos. El entierro perdería así todo carácter triste, y los acompañantes volverían a sus casas satisfechos, como si en su vida no hubieran visto un ataúd, ni en las vitrinas, ni en el cementerio, ni en ninguna parte.

Porque hay que considerar que la vista de un cajón es mucho menos triste que la de una tumba. Mirado fríamente, un ataúd no pasa de ser una caja de violín algo más grande. Lo que le da carácter triste es el violín o mejor dicho el muerto; y, mientras no se discurra una manera de alegrar a los difuntos, todos los esfuerzos que se hagan por quitar el aspecto fúnebre a estas cosas serán más o menos estériles.

Es difícil que se pueda inventar algo más ridículo que algunas «carrozas de primera». Ningún vivo se atrevería a andar en ellas, y, sin embargo, cuando las vemos no nos sonreímos.

¿Logrará mejor éxito en este sentido la primera parte del decreto edilicio valdiviano?

Pues, en cuanto a la segunda, no cabe duda de que tendrá resultado.

Un cochero fúnebre con ganas de fumar debe ser un espectáculo de partir el alma.

Mayo de 1929.

TONTILANDIA

VIAJE FANTÁSTICO

I

LA LLEGADA

Tontilandia, 22 de Junio de 1928.

La isla de Tontilandia no aparece en ningún mapa, no por culpa de la isla sino de los cartógrafos.

Pero esto no hace al caso; baste al lector saber que Tontilandia, fiel cumplidora de todos sus deberes para con la geografía, es una extensión de tierra rodeada de agua por todas partes.

Sus acantilados son altos, blancos y llenos de agujeros. De lejos parece un queso suizo. En cada uno de estos agujeros habita una pareja de tontilandeses.

Pasan la vida jugando al emboque y no salen de sus cuevas por temor a que se les cobre impuesto.

Tampoco necesitan trabajar, porque los tontilandeses son muy optimistas y viven de ilusiones.

Sólo una parte muy pequeña de la población se dedica al laboreo y a la industria. Sobre ese corto grupo de individuos recaen por entero las contribuciones. Sudan y se afanan de la mañana a la noche; pero nunca logran estar al día en sus pagos, porque en Tontilandia existe un impuesto que grava todo ejercicio muscular que tienda a algún objeto práctico.

El impuesto ha dado tan buenos resultados que se ha podido elevar a quince veces la planta administrativa, y aún así, queda anualmente un superávit que alcanza casi a la mitad del valor de los empréstitos que se contratan para producirlos.

Todos los tontilandeses, sin excepción, llevan una barra de grillo en los pies; pero viven muy contentos, porque saben que, aunque ellos están pobres, la situación económica de Tontilandia no puede ser más satisfactoria.

* * *

Llegué a Tontilandia el 28 de Diciembre, día en que los Tontilandeses celebran su aniversario nacional. Una tempestad me arrojó encima de un molo de concreto que los habitantes han construído con el objeto mal disimulado de recoger todos los barcos que se acerquen a su puerto principal.

Cada invierno recogen, así, veinte o treinta naves que, al estallar los temporales, no alcanzan a retirarse con la debida velocidad, de la zona resguardada por el molo, la cual, a juicio de todos los pilotos, es la más peligrosa.

Gracias a esta política portuaria, se elimina anualmente los barcos en uso, y Tontilandia dispone de una flota mercante, si no muy numerosa, a lo menos, siempre nueva.

Naturalmente estas cosas sólo he venido a comprenderlas algunos meses después. Cuando la ola me arrojó de cabeza sobre el molo, estaba tan aturdido, que en el primer momento, los tontilandeses que acudieron a salvarme, me tomaron por uno de ellos.

Por desgracia, junto con recuperar el sentido se dieron cuenta de su error.

Un hombre octogenario cuyas barbas blancas

emergían del bozal, y que, a juzgar por su miopía debía ser Vista de Aduana, comenzó a olfatearme de pies a cabeza.

—¿Usted es extranjero?—dijo con voz parecida a la de los ventrílocuos—y en consecuencia, no puede entrar a este país. En Tontilandia seguimos una política nacionalista y, por otra parte en el arancel aduanero revisado últimamente por la Dieta—así llaman los isleños al Congreso—no figura la categoría de «extranjero». A lo sumo podríamos equipararlo a la mortadela, en tarros; pero usted viene sin envase. Además no sé si le pueda considerar en buen estado. Usted parece estar un poco rancio, y en tal caso habría que arrojarlo al agua. Las disposiciones sanitarias sobre artículos alimenticios en malas condiciones no dejan lugar a dudas sobre este particular. Todos los días arrojamos al mar quinientas carretadas de verduras y otras tantas toneladas de pimienta, queso, etcétera, por el mismo motivo. La mitad del alimento de la población la botamos al Océano...

Yo me eché en tierra y, de rodillas, le supliqué, por lo más sagrado que buscara en el arancel algún capítulo por el cual pudiera ser importado en Tontilandia.

Al verme tan angustiado, el viejo se compadeció y comenzó a hojear el Reglamento.

—A ver... a ver... Busquemos en el rubro de los peces... ¿Qué le parece si lo consideramos arenque? Los derechos son menores que los del bacalao... Lo malo es que le falta el requisito del envase...

—Señor, ¡por piedad!—le dije—considere que mientras usted estudia el arancel me estoy helando hasta los huesos!...

Esta súplica fué para el Vista de Aduana, como una revelación. Parpadeó algunos minutos y me palpó las pantorrillas y el cuello...

—¿Sabe? ¿sabe?... ¡Yo creo que podríamos incluirlo en calidad de carne congelada!...

Así logré entrar a Tontilandia, pagando un derecho de \$ 0.20 kilo.

En cuanto a lo que allí me sucedió, mañana, si el tiempo lo permite, lo sabrán los lectores.

II

HACIA EL MISTERIO

Tontilandia, 23 de Junio.

Tontilandia es un país edificante: basta salir de la ciudad para ver el entusiasmo con que se edifica. Poblaciones enteras surgen como callampas en los barrios suburbanos, con tanto mayor vigor cuanto más se alejan del centro.

No es que falten casas en la ciudad, pero, a juzgar por los carteles de venta o arrendamiento, ninguno quiere habitarlas. Los tontilandeses, fieles a los preceptos de su gran médico higienista Gedeón, esperan realizar el ideal de edificar las ciudades en el campo.

Según ellos, el aire es mucho más puro, se está más en contacto con la naturaleza y se evita la despoblación agrícola. Actualmente la tendencia de los campesinos es irse a las ciudades; pero, llevando la ciudad hacia ellos, esta dificultad se soluciona.

Con el sistema de edificar en los suburbios, dejando abandonados los edificios que constituyen la actual planta urbana, se espera llegar al desiderátum de la ciudad en forma de rosca. Si las casas centrales no se arriendan ni se venden, la acción del tiempo las irá arrasando poco a poco, hasta que el sitio ocupado por ellas se convierta en un gigantesco elipse.

Esto no es un inconveniente, porque los tontilandeses son todos footballistas.

Para ellos no hay placer comparable al de los puntapiés y pueden medirse con los jugadores de cualquier país, sin desmedro para el amor propio nacional, porque cuando ganan se llaman tontilandeses y cuando pierden se llaman «sudamericanos».

No hay memoria en los anales del football de que los tontilandeses hayan sido derrotados.

Los sudamericanos si que no vencen casi nunca.

Todas estas cosas me las explicó mi guía, el viejo Vista de Aduana, a través de su bozal, en

voz muy alta, «en precaución—según me dijo—de que alguien pudiera oírnos».

—Pero con esos gritos lo van a oír mucho mejor...

—No importa. Lo que aquí se castiga son las conversaciones en voz baja, los secretesos, los rumores... En voz alta se puede hablar lo que se quiere.

Yo no pude reprimir un gesto de extrañeza; pero el viejo se volvió hacia mí en actitud severa y me ordenó:

—¡No haga gestos! Si quiere decir algo, grite usted a todo pulmón.

Me puse las manos en la boca, como una bocina, y aproveché la oportunidad para preguntarle en el tono más alto que pude, adonde me conducía.

—¡No se lo puedo decir!—me gritó.—¡Siga usted!

Ibamos por un camino hermosísimo de concreto armado, pulido y reluciente como el hierro de una plancha; pero, según el guía me explicó, el camino no tenía nada de plancha ni mucho menos de plancha económica. Había costado buenos pesos y para su construcción se había contratado un empréstito interno tomado espontáneamente por el Fondo de Periodistas

—¡Cómo es eso?

—Sí, señor: Los periodistas tienen mucho fondo. Va a ser un gran negocio para ellos. El empréstito se servirá sobradamente. Además de la contribución de peaje, se ha pensado en imponer a los automovilistas un impuesto de choques y atropellos. Calculando un promedio de quinientos accidentes diarios a 50 centavos cada uno...

—¿Y si por desgracia para los periodistas los automóviles no chocan y el servicio del empréstito se hace imposible?

—¡Ah! Entonces ellos quedan dueños del camino. Pueden dividírselo. Les corresponde a razón de un metro cuadrado de concreto por cada periodista. Creo que no pueden quejarse.

Mi terrible guía tenía soluciones para todo.

Incliné la cabeza y continué marchando, bajo un cielo lleno de nubarrones tan negros como el porvenir que me esperaba en Tontilandia.

De pronto se descargó una espesa lluvia. El agua me calaba hasta los huesos, corría por el magnífico camino como por un cauce y amenazaba arrastrarnos.

—¿Qué vamos a hacer? Este es un verdadero diluvio...

—No le dé importancia. Deseche usted la idea de la lluvia y de la falta de paraguas. Son conceptos anticuados y anacrónicos. Cosas que

echan a correr los desplazados. ¡Ríase usted de esas aberraciones!

No tuve más remedio que reírme.

A lo lejos se veía una especie de pagoda china coronada por una inmensa pelota de football y un zorzal.

El viejo me hizo una seña misteriosa y emprendimos la marcha con nuevos bríos.

III

HORAS DE DIETA

Tontilandia, 24 de Junio de 1928.

Sin duda alguna, el edificio más representativo de la isla es esa pagoda extraña, con sus cúpulas en forma de pelotas de football, en cuya cúspide giran sendos zorzales a guisa de veletas.

Esta mezcla de zorzales y pelotas, según me expresó el guía, da una idea muy exacta de la idiosincrasia nacional.

Es muy probable; pero no sé por qué la versatilidad de aquellos pajarracos, dispuestos siempre a volverse del lado de donde sopla el viento, me produjo cierta tristeza.

Bajo ellos, en el primoroso e imponente pórtico de laca roja, se leía un letrero en gruesos caracteres dorados que decía: «Dieta Nacional».

—¿Es un Congreso o un restaurant?—pregunté al guía.

—Algo así—me respondió. —Aquí sesiona habitualmente el cuerpo digestivo o si usted quiere—lego-digestivo, porque debo decirle que en sus funciones gastronómicas hay algo de legal. La dieta y la función legislativa forman un solo conjunto. Trabajan comiendo como los rotarios. ¿Quiere usted verlos sesionar?

Subimos por una intrincada escalera de cacacol a la tribuna de la prensa. El cuadro que desde allí se presentaba a la vista, no podía ser más interesante.

En un extenso semi-círculo, alrededor de una gigantesca paila de cobre, se agrupaban, cucharón en mano, sesenta y dos tontilandeses amarrados con otras tantas cadenitas al fondo, donde hervía un caldo espeso.

Un penetrante olor a dieta de ave, o para ser más exacto, de gallina, hacía casi irrespirable la atmósfera del recinto.

Una particularidad de los dietarios, es que en lugar del bozal llevan en la boca una especie de corneta de caucho. De lejos parecen gramófonos.

—Cuando se lanzan a hablar deben producir un ruido ensordecedor—dije a mi guía.

—Sí, señor, antes era algo espantoso; pero ahora están descompuestos. Para no perder la bocina, la usan como embudo. Así no pierden una gota. No todos vienen, sin embargo, al comedor; los más dignos se hacen llevar la dieta a su casa. Pero calle, porque ahora ha comenzado la sesión.

Efectivamente, el caldo estaba en su punto y los dietarios, encucillados en torno del fondo común, comenzaban a agitarse.

—Señor presidente: ¿puedo meter mi cuchara en este asunto?

Lo puede, honorable dietario.

Acto continuo, el cucharón comenzaba su constante ir y venir de la paila al embudo.

De cuando en cuando un caballero de aspecto respetable sacaba del bolsillo un papelito, lo arrugaba en forma de pelotilla y, al descuido, se los dejaba caer en la paila.

—¿Y esos papelitos?

—Son proyectos de ley. Se los tragan sin saber cómo. Ya han despachado más de diez.

—¿Y si se atorán?

Mi guía se puso serio.

—No tenga cuidado. Todo está previsto.

Al que se atora una vez, se le echa para afuera

y si vuelve a atragantarse, se le echa más afuera. Por eso no todos quieren venir al comedor. Por lo demás, ellos también echan de vez en cuando sus proyectitos en el caldo.

En realidad, algunos dietarios, con manifiesto disimulo, llenaban algunas carillas de papel y a la primera distracción de sus colegas, las revolvían con la dieta... por si pasaban...

De pronto, el viejo tontilandés, me apretó nerviosamente un brazo.

—¡Mire usted a ese bárbaro!

En el grupo de dietarios, casi todos morenos, se destacaba un individuo rubio que escribía afanosamente en un trozo de tabla.

—Es un proyecto de ley de matrimonio por horas — me dijo misteriosamente el guía. — Es la segunda intentona que hace, de lanzarlo... Vea usted cómo la tabla ha quedado nadando en el caldo... ¡Este rubio es un lince!

¡Ha salpicado a todos sus colegas y cree que no lo ha visto nadie!

—Pero piensa usted que un proyecto así puede pasar...!

Mi guía se alzó de hombros.

—Yo creo que no cabe en el embudo... pero ¡en fin!, todo es cuestión de gznate. ¡La dieta es tan buen lubricante!

Le pedí que nos saliéramos.

El aroma de la dieta me había dado un apetito horrible y, contra mi voluntad, comenzaba interiormente a encontrarles razón a los dietarios.

Al salir, me encontré con uno de ellos.

—¡Feliz usted—exclamó al verme—que no está obligado a engullir como nosotros...! Pero tenemos que sacrificarnos por el país. ¡Qué sería de Tontilandia sin sus legítimos representantes! El correcto funcionamiento de los organismos lego-digestivos, es la piedra angular sobre la cual se asientan la dignidad de las instituciones, la intangibilidad de los derechos, la firme, augusta y severa comprensión de los deberes cívicos y la inmutable, sobria, depurada y dinámica actuación de los representantes que en forma solemne, incontrarrestable, abnegada y tranquila...

Yo me alejé para no oírlo. Además, tenía muchos deseos de almorzar.

IV

LAS TONTILANDESAS

26 de Junio de 1928.

La enfermedad nacional en Tontilandia es el bostezo crónico.

Todo el mundo anda aburrido hasta el punto que cuando un tontilandés se ríe, se presume de derecho que está ebrio y los guardianes lo llevan a la policía.

Con la permanencia en la Comisaría y la consiguiente multa el desdichado deja de reírse y toma el aire profundamente triste de sus conciudadanos. Entonces se le declara «en estado normal» y se le deja en libertad.

Esta tristeza nacional es el mayor encanto de la capital de la isla y las autoridades hacen cuanto está de su parte para mantenerlo.

Se han dictado reglamentos muy severos para que nadie ría ni converse pasado las diez de la noche. Conjuntamente se han tomado medidas para proteger el turismo.

Realmente es la ciudad ideal para turistas... de luto.

Hay que tener la vista acostumbrada para distinguir un paseo de un acompañamiento funerario. Los niños menores de un año, que no están acostumbrados al ambiente, optan por regresar al otro mundo. De ahí la enorme mortalidad infantil de Tontilandia. Muere el 50 por ciento. La población restante se la dividen por iguales partes los médicos y los autobuses.

Sin embargo, yo no sé cómo se las entienden, porque en Tontilandia hay siempre un superávit de difuntos. Esta entrada extraordinaria de cadáveres la producen los muertos de aburrimiento.

Afortunadamente, como se trata de operaciones de contabilidad, la operación queda saldada en esta forma:

<i>Defunciones</i>	<i>Población</i>	
Menores de un año.....	50%	
Atropellados	50%	
Muertos de aburridos	50%	
		100
	150	100
Saldo para igualar.....		50
Totales	150	150

Para explicar esta diferencia, se dice que es solamente aparente, que se trata de una simple operación de caja o que los difuntos calculados no correspondieron a las expectativas que la estadística cifraba en ellos.

Los tontilandeses se dan por satisfechos y piensan que en el peor de los casos ha habido una importación subrepticia de cadáveres—¡el contrabando es tan difícil de extirpar!—y continúan bostezando gravemente.

De todos modos, para un extranjero, como yo, la capital sería inhabitable si no fuera por las tontilandesas. Son un encanto y se recortan todo desde el cabello a los vestidos. La falda y la melena siguen una progresión tan exacta que

basta verles la cabeza para calcular el largo de la pollera y viceversa.

Estas muestras de cortedad constituyen, sin lugar a dudas, el mayor atractivo femenino.

Además es un mentís a los que, fundándose en que las mujeres fuman, visten traje sastre, van al club, etc., aseguran que cada día se parecen más a los hombres. No hay confusión posible. Aun en el biógrafo, en que el teatro está obscuro, no se ha visto el caso de una equivocación.

Por desgracia para ellas suelen ser víctimas de la maledicencia o mejor dicho de la edad de los tontilandeses, porque éstos, en pasando de los sesenta años, se vuelven terriblemente moralistas.

Aprovechándose de su condición de neutrales, se mesan, indignados, el cabello blanco o se frotan la calva a ocho reflejos para exclamar en tono tético:

—¡Esto ya no tiene nombre! Las niñas, y aun las señoras llevan el traje a la rodilla, fuman y se pintan... ¡Cualquiera las tomaría por unas perdidas! ¡Hacen cuanto pueden por parecerse a ellas!

Lo que no ven estos tontilandeses es que estas últimas, en cambio, hacen todo lo posible por parecerse a las señoras: Visten muy serio, casi no se pintan y usan argolla de compromiso para

que se las respete. La diferencia es, por lo tanto, bien notoria y se debe precisamente a que las señoras hacen lo contrario. ¿Qué sería de Tontilandia el día en que las mujeres serias no abusaran un poco del «maquillaje» para distinguirse de las otras, que tratan de pasar por tales?

Ignoro si mi calidad de turista me perturba un poco; pero creo que sería una utopía exigir que toda la población femenina fuera igualmente correcta. Así y todo, las tontilandesas son encantadoras. Sólo tienen un defecto y es que son intelectuales y económicas.

Y en Tontilandia las conferencias y el comercio minorista están en manos de los turcos.

La confusión entre ambos giros de negocio, produce resultados tan lamentables como pedir dos varas de satín a un literato o una disertación psicológica al dueño de una paquetería.

Es posible que con el tiempo esta dificultad se solucione con conferencias de distintos géneros—lana, seda o algodón—que lleven títulos tan pintorescos como: «La filosofía del terciopelo» o «El subconsciente del lienzo».

Entre tanto la situación literaria y comercial de la ciudad sufre una crisis. El comercio mayorista cierra sus puertas, porque no resiste la competencia de los árabes, y éstos se dedican a

conferencistas y arruinan a los literatos. Total que nadie vende y todos hablan.

Todo por culpa de las tontilandesas. ¡Y pensar que, sin ellas, Tontilandia sería inhabitable!

V

UN HOMBRE DICHOSO

Tontilandia, 9 de Octubre de 1928.

Cretinópolis es una maravilla. Se eleva al centro de la isla y cuenta con un cerro en miniatura, dos rascacielos de juguete, y una infinidad de casitas de adobe imitando yeso, de yeso imitando cemento y de cemento imitando piedra.

La imitación es tan perfecta que Cretinópolis, de lejos, semeja una torta de pastelería y de cerca no cabe la menor duda. Cada seis meses la pintan de otro color y queda como nueva.

Parece que en otro tiempo ha habido en la ciudad bastantes árboles; pero la autoridad los

ha cortado para hacer «parques ingleses». Esta manera de fabricar parques, talando todos los árboles y plantas hasta dejar la tierra reducida a una copia fidedigna del desierto, es una especialidad de Tontilandia. Se da para ello como razón el que los tontilandeses son muy enamorados, y, en viendo un árbol cuya fronda los sustraiga a la mirada del guardián, no resisten al deseo de besarse; pero lo probable es que la autoridad corte los árboles por temor a que se los coman, porque hay muchos naturistas y la caza de animales mayores sólo se permite durante los meses de invierno.

Además en Cretinópolis, reina el hambre, porque cada tontilandés tiene un automóvil y una casa, comprados, sin dinero, a treinta años plazo, y como todos tienen ambas cosas, y todos se sienten «clavados», no hay nadie a quien vendérselos.

Entre tanto la administración local necesita dinero, porque es buena y lo bueno cuesta caro. En consecuencia, hay un déficit que deben pagar los tontilandeses, que también tienen un déficit.

Para obviar esta serie de dificultades, la autoridad, con muy buen criterio, y bajo pretexto de celebrar el día de los inocentes—festividad

nacional de Tontilandia—procedió a ordenar una nueva tasación de las propiedades.

Era lo único que quedaba por hacer. Es un hecho averiguado que la renta guarda íntima relación con el capital que la produce.

Si los propietarios no pueden pagar bastantes contribuciones, es porque no tienen suficiente renta y, si no tienen suficiente renta es porque las casas no son todo lo valiosas que debieran serlo. A fin de remediar el mal en sus mismas raíces, se alzó, pues, al cuádruplo la tasación de los inmuebles.

Esto ocurrió el 28 de Diciembre a las 12 de la noche. El 29 de Diciembre en la mañana, todos los tontilandeses amanecieron millonarios.

Para que no murieran de alegría se les subieron las contribuciones. Realmente la felicidad fué tan grande que un tontilandés que estaba en el octavo piso de un rascacielos de su propiedad, al sacar la cuenta de su riqueza por el impuesto con que había sido agraciado, se dejó caer de salto al suelo.

En lo más profundo del corazón de cada tontilandés, duerme el anhelo oculto de ser expropiado.

El 30 de Diciembre, no pudieron funcionar las oficinas públicas. Todos los hombres de Cretinópolis—en la capital no hay más que fun-

cionarios—subidos en lo alto de una escala, pegaban papeles blancos: «Se vende», «se alquila», «se permuta».

Un comerciante norteamericano que, previendo las consecuencias del nuevo avalúo, había hecho el «trust» de la goma de pegar, quebró ruidosamente, porque los tontilandeses, en su precipitación por vender, pegaron los papeles con saliva.

Parecía que una inmensa nevada hubiera caído sobre la ciudad.

Trepado como una gallina, en el último pedazo de la escala, un tontilandés, en un raptó de expansión, me saludó sin conocerme.

—¿Verdad que estamos salvados? ¿Qué le parece a usted que es extranjero? ¡Estoy ofreciendo en venta este palacio por la mitad de su valor! ¡Ahora sí que estoy seguro de venderlo!

Pero en Cretinópolis, las alegrías duran poco. Una semana después los ciudadanos habían vuelto a tomar ese aire grave y compungido, que es la característica de la raza.

Sólo como un oasis en medio de la tristeza general, vi el rostro pálido del gordo que pegaba los papeles.

Se acercó y me dijo al oído.

—¡Estoy salvado!

—¿La vendió?

—No; la regalé.

Lo miré con espanto.

—Sí: mi amigo—la regalé...

Y con aire mefistofélico agregó: Se la obsequié a un enemigo, y cayó en el garlito... Ahora él es propietario... Cada seis meses tiene que pintarla: Si no, multa de cien pesos diarios. Y tiene que pagar contribuciones, y poner bandera. Si no, intereses penales, amenazas de embargo, pago de gastos judiciales... Y han duplicado nuevamente los impuestos y me avisa el corazón que van a tasar otra vez las propiedades! ¡Pobre prójimo! Pero lo tiene merecido: ¡El me hizo a mí una muy grande! ¡Qué la pague! Ahora él es propietario... y yo, feliz, no poseo un metro de terreno... no tengo donde caerme muerto... ¡Me río de los peces de colores! ¡Ha visto suerte más grande que la mía?

Y el gordo se alejó tarareando una canción.

VI

UN HOMBRE CON SUPERAVIT

Tontilandia, 14 de Octubre de 1928.

Cuando llegué a la isla en calidad de náufrago, con solo quince pesos en el bolsillo y sin tener idea de las costumbres del país, confieso que me sentía realmente preocupado.

Para pasar esta nerviosidad, mi guía me aconsejó que me instalara en el mejor hotel de Cretinópolis, me mandara hacer ropa y no me preocupara ni mucho menos hablara de la cuestión económica.

Como en algunos países los comentarios sobre las finanzas suelen ser mal mirados por la autori-

dad, el consejo de mi guía me pareció perfectamente razonable y me decidí a seguirlo.

Así he vivido un mes delicioso.

Sólo ayer, en vista de las reiteradas alusiones del dueño del hotel y del notable aumento de la correspondencia sastreril, comprendí que era llegado el momento de consultar a un abogado.

En mi país, cuando una persona debe cierta cantidad y está resuelta a no pagarla, consulta invariablemente a un abogado; pero mi guía me disuadió:

—No haga tal—me dijo—los jurisconsultos no entienden una palabra de estas cosas. Su caso es netamente financiero. Consúltelo con un economista.

En Tontilandia, por fortuna, todos son economistas: Los que no saben critican a los que saben y vice-versa; pero como nadie sabe cuáles son los que saben, no hay manera de entenderse. De ahí que hasta la fecha nadie haya podido averiguar jamás en qué se diferencia un superávit de un empréstito, una entrada extraordinaria de un déficit de arrastre, o una suma para igualar de un presupuesto financiado o de una deuda flotante.

Para mayor seguridad busqué, pues, al primer economista de la isla; una verdadera maravilla de hombre—ex-profesor, ex-bombero, ex-polí-

tico desplazado, etc.—que ha logrado vivir sin renta alguna, mediante un movimiento de letras y de cheques sin fondos que viene prolongándose desde hace cuarenta años. Es además autor de un texto, «La deuda como fuente de entradas», considerado clásico por los financistas.

Tardó un momento en recibirme, porque estaba empeñado desde la mañana en una serie de emboque que no podía interrumpir.

—Enteré 4,030—me dijo sacándose las gafas y dejando el emboque sobre el escritorio—. ¡Cuatro mil treinta! ¡Tres más que el director del Tesoro y uno más que el Ministro! ¡Un verdadero record! ¡En qué puedo servirle?

En dos palabras le expliqué mi situación: Dos mil cien pesos de deudas y quince pesos a favor.

Meditó un momento:

—¡Ah! ¡Ah! Entonces usted tiene superávit. Le miré con ojos de espanto.

—No ponga usted esa cara—agregó—su situación es perfectamente clara. Sólo que usted la ha expuesto mal; mejor dicho, su ignorancia de nuestras costumbres, le ha hecho aplicar a sus finanzas privadas un criterio individualista, estrecho, y, por lo tanto, inaceptable. No le hago cargos a usted en particular. Los economistas de todos los países—Tontilandia es una honrosa

excepción—aplican a las finanzas públicas un criterio diametralmente opuesto que el que ellos mismos aplican a sus propias finanzas. Así, por ejemplo, ellos rigen sus gastos por sus entradas, en vez de adaptar sus entradas a sus gastos, como lo hacen todos los Estados. Además, si no tienen con qué pagar recurren a una serie de subterfugios indignos. En cambio, los Estados lanzan billetes, contratan empréstitos, pagan con bonos y efectúan una serie de operaciones que los coloca en una situación muy ventajosa con respecto a los ciudadanos. Esto es absurdo. Los ciudadanos, que en conjunto forman el Estado, no tienen por qué ser menos que él. Felizmente en Tontilandia hemos reaccionado...

—¿De modo que usted cree que la situación de mis finanzas no es sin remedio?

—Lejos de eso. Usted tiene un superávit.

—Pero si tengo sólo quince pesos y debo dos mil cien...

—Por lo mismo. Pero—¡por favor!—desentiéndase usted de ese prejuicio de mirar sus negocios propios desde un punto de vista diferente que el del Fisco. Usted tiene quince pesos. Bien: póngaselos en el bolsillo derecho. Ese es su presupuesto ordinario.

Los otros dos mil cien forman el presupuesto extraordinario.

La exposición de sus finanzas puede usted hacerla en la siguiente forma:

Presupuesto ordinario	\$ 15
Presupuesto extraordinario	2,100

Los quince pesos no los ha gastado y son, en consecuencia, un superávit; los 2,100 los debe usted al sastre y al dueño del hotel y constituyen, por lo tanto, la contra partida de esos gastos.

Anote usted:

Presupuesto extraordinario ...	\$ 2,100
Al dueño del hotel	\$ 1,200
Al sastre.....	900
Sumas iguales	\$ 2,100 \$ 2,100

Como usted ve, le bastaría presentar así las cosas para mostrar que tiene en su presupuesto total un saldo a favor de 15 pesos; pero yo no se lo recomiendo.

Lo más práctico es que usted anuncie desde luego un superávit de 200 pesos. Con eso puede servir desde luego también un empréstito de tres mil pesos. Contrate usted ese empréstito y pague los 2,100 que debía y el superávit de doscientos

pesos que anunció. Le queda entonces un saldo líquido de 700 pesos; más los 15 que tenía, son 715 pesos. Ahora bien, con esos 715 pesos, puede usted servir sobradamente un nuevo empréstito por diez mil pesos al 7 por ciento. ¿Ve usted? Tiene ya por de pronto diez mil 15 pesos... Con esa suma está usted en condiciones de anunciar otro superávit...

—¡Basta!—le grité—¡basta, por Dios! y huí de la oficina del economista con el andar torpe del que por primera vez anda en la cubierta de un barco. Los oídos me zumbaban y sentía una especie de mareo.

Realmente nunca había estado tan rico!

VII

HORAS FELICES

No es posible imaginarse la alegría que reina en Tontilandia. Antes parecía un país de tontos, pero ahora parece de locos. En realidad todos están locos de felicidad. Se abrazan unos a otros, o, para ser más exacto, unos a «otras»—en las calles, en las plazas, en donde se encuentran, y prorrumpen en unos vivas estentóreos al Gobierno.

—¡Viva Tontilandia! ¡Viva el Rey! ¡Mueran los mudos! ¡Abajo los tenores!

Para comprender el alcance de estas exclamaciones, es preciso advertir que los tontilandeses son muy aficionados a la ópera y desde hace va-

rios años contratan a precios inverosímiles todos los saldos de celebridades que encuentran en el mundo. El teatro de Tontilandia ha contado siempre con los más ilustres afónicos. De ahí su funesta costumbre de confundir a los tenores con los mudos.

Pero ahora la alegría de los tontilandeses no es a humo de pajas. En obsequio al décimo aniversario de su Dependencia, el Gobierno los ha autorizado para sacarse el «bozal». Tontilandia recobra el uso de la palabra. Cincuenta mil bozales han volado por los aires entre aplausos y vítores.

Es claro que no todos han podido hacer uso inmediato de la voz.

Un periodista me confesó, por señas, que estaba tan acostumbrado al silencio que le daba miedo hablar. Y otro que firma con el seudónimo de Trampolín, me dijo en voz perfectamente natural:

—Compañero, yo tengo un gran criterio práctico. ¿Qué se saca con hablar? Molestias, únicamente. En cambio el silencio es oro. ¿Entiende usted? El silencio es oro y un bozal bien administrado da más que una cantina... Yo no pienso sacarme el mío. Esto no quiere decir que no aplauda, como siempre, la medida del Gobierno.

En realidad, todo el mundo está contento.

Hasta Gandules Serión que ha escrito varios libros en favor de «El Grillete obligatorio» con la esperanza de obtener un puesto público, y que a sí mismo se llama pomposamente «El filósofo de la represión», me tomó confidencialmente de un brazo:

—Por el momento puedo serle franco—me dijo. Un Gobierno dispuesto a proceder honradamente no necesita censura de prensa. Ella es útil simplemente para las autoridades secundarias que quieren abusar y tienen vergüenza de que se lo digan; porque, eso sí,—hay que reconocerlo—la censura es siempre una muestra de vergüenza. Como manifestación de pudor, yo la he aplaudido en mis obras anteriores. El bozal es el taparrabo de la arbitrariedad. Sobre esto escribiré, ahora, un nuevo libro. Se llamará: «La vuelta de Chaqueta». A ver si ahora sale el puestecito...

Y Gandules Serión se alejó meditabundo, entre una lluvia de bozales.

¡Qué alegres están los tontilandeses! Por todos lados se ven caras sonrientes, murmuradores profesionales que buscan en vano auditorio para contar «el último rumor» y periodistas que sacan la lengua al sol para que no se les apollille.

Solamente, en un sitio apartado se ve a unos

quince o veinte individuos que lloran a lágrima viva.

—Y esos, ¿qué son?

—Contribuyentes.

Me acerco a ellos, con lástima; pero mi guía me tranquiliza:

Lloran de felicidad. Creen que, al fin van a poder quejarse; y no hay manera de calmarlos. Cuando se les dice que las quejas se admitirán, pero sólo a condición de que sean «en forma levantada», se ponen de pie y siguen llorando.

Ha sido preciso advertirles que hay en estudio un proyecto de contribución a las lágrimas inútiles, para que repriman un poco sus sollozos.

Parece que el impuesto en cuestión, se asemeja un poco al de contribución de herencia, y grava las lágrimas vertidas en los duelos, según el grado de parentesco de los deudos. Por los padres, el diez por ciento; por los abuelos, el veinte; por los tíos, el cuarenta, y, así, sucesivamente. Hay casos en que el impuesto sube de 120%. Esto por lo que toca a los deudos, hay otro impuesto especial para las lágrimas vertidas por las deudas.

—Pero si nosotros lloramos de alegría, exclaman. ¡Es tan delicioso lamentarse!

Total, que, a primera vista, en Tontilandia no hay nadie que no esté agradecido y feliz

con la nueva resolución gubernativa. Nótese, sin embargo, que digo «a primera vista...». En el fondo hay dos clases de personas que no lo están sinceramente.

Los primeros, son los fabricantes de rumores: con prensa libre, no hay mercado posible para sus productos; y los segundos, son los memorialistas.

Hay en Tontilandia, por lo que he podido observar, alrededor de cinco mil ciudadanos que han estado aprovechando el régimen del bozal para escribir «memorias». Estas memorias íntimas, destinadas a ser publicadas «algún día», servían por el momento a sus autores de válvula de escape para que no les reventara el hígado y estaban destinadas, como es lógico, a formar la base de la historia del régimen. Con prensa libre, los historiadores futuros podrán disponer de otras fuentes y... ¡qué irá a ser del trabajo acumulado por los memorialistas!

Menos mal que algunos de ellos son escépticos y continúan sus memorias «por si acaso...»

Por lo que a mí respecta, el entusiasmo me ha dominado en tal forma que me siento tontilandés de veras y aplaudo junto con todos.

Septiembre 24 de 1928

AVIACION FUNEBRE

Los muertos no pueden protestar y de ahí que se cometa con ellos todo género de abusos. Con mucho respeto y haciéndoles todo género de reverencias, se les embala en un cajón, se les echa a una carroza de estilo mamarrachesco, en la cual ningún vivo se atrevería a andar dos cuadras y luego se les mete, como libros viejos, en largos anaqueles de cemento.

No me ha llamado, pues, la atención leer en los diarios ese macabro cablegrama de Nueva York que anuncia que las casas John I. Fox y Barret Mirwais han establecido un servicio de conducción de cadáveres en aeroplano.

Los comerciantes neoyorquinos han pensado bien su negocio. El único peligro que ofrece el nuevo sistema de locomoción es el riesgo de muerte y, en este caso, ese temor no existe. No tendrán, por lo tanto, que recargar su tarifa con

los gastos del seguro. ¿Qué compañía sería capaz de tomarlo sobre sí?

De todos los pasajeros, el difunto es el único que puede tener la absoluta certeza de llegar, en en el mismo estado en que salió, al lugar de su destino. A lo sumo puede arribar con uno o dos colegas nuevos. Como quien dice con dos señores desconocidos con los cuales hizo amistad durante el viaje.

Hay, sin embargo, en la noticia de Nueva York, algo que no puede menos de chocarme, y es el anuncio de que las Empresas Funerales John I. Fox y Barret Mirwais, esperan que dentro de poco «se construirán en los cementerios campos de aterrizaje».

Es claro que, en el estado actual de la aviación, especialmente si se toma como base la estadística de accidentes, la medida resulta acertadísima. La construcción de campos de aterrizaje en el propio cementerio, o sea en la estación de término, equivale a suprimir muchos rodajes inútiles. El avión toma, así, el carácter de expreso y va recto a su destino. Más aún, si el avión cae desde cierta altura, puede hasta evitarse el trabajo de entierro.

Pero, por esta misma razón y conociendo el espíritu práctico de los norteamericanos, la construcción de los campos de aterrizaje me ha extraña-

do profundamente.—Porque si se considera bien, desde el punto de vista de la velocidad, el campo de aterrizaje resulta también un rodaje inútil.

¿Por qué no dejar caer directamente al difunto, desde unos tres mil metros de altura en el sitio destinado al sepelio? El propio muerto se enterraría por sí mismo.

Ahora bien; para facilitar la operación se podría innovar un poco en el arte de construir ataúdes. En vez de esa absurda y anticuada forma de caja de violín, se les podría dar la de una bala en cuya parte roma, iría una placa de bronce con el nombre del extinto. Conociendo la dureza del suelo, se podría calcular la altura, de manera que la lápida quedara exactamente a flor de tierra.

Con esto se evitarían los discursos, la ida al cementerio y una cantidad de trámites más o menos engorrosos. Los diarios darían cuenta del hecho en un simple párrafo de crónica:

«Ayer aterrizaron sin novedad en el Cementerio General, los restos de don Fulano de Tal, fallecido el día anterior en tal parte».

Y nada más. Sería el «record» de la velocidad funeraria que parecen perseguir como un ideal las empresas norteamericanas.

Es raro que las casas John I. Fox y Barret Mirwais no hayan llegado ya a este desiderátum.

EXPERTOS RATONEROS

«Siguiendo unos cursos especiales, hechos por profesores universitarios, ayer han recibido su título de profesionales especializados en cazar ratones y combatir la bubónica, seis inspectores sanitarios que prestarán utilísimos servicios.»

«El Diario Ilustrado», Enero 24 de 1929.

Hay mártires de la ciencia, y entre ellos deben contarse esos seis caballeros, que según la prensa han recibido su título de ratoneros, porque esta calificación que es honrosa en un foxterrier no tiene el mismo prestigio cuando se aplica a un ser humano.

A nadie se le ocurriría, en efecto, para hacer resaltar los méritos de un pretendiente decir de él a su futura suegra:

—Es un joven muy ratonero. Vale más que cualquier gato. Recíbalo usted en la casa y verá que, a la semana, no encuentra un ratón ni por casualidad. De las ratas no le aseguro nada, porque el joven no es «ratero»; pero, en cuanto a lo demás, es una eminencia....

—Pero ¿es realmente bueno?

—Mejor que una trampa; ya le digo. Además no hay que molestarse en ponerle queso, ni en dejarlo armado. Funciona por sí sólo, automáticamente, como un gato...

—¡Ay, señor!—suspirará la suegra emocionada—¿y no maullará mucho en la noche?

—Señora ¿qué me dice usted! El joven es una alhaja: serio, silencioso, reservado y... con un gran porvenir.

—¡Así será, pero yo, para mi hijita, quisiera algo más que un gato!

El patrocinante tendrá entonces que entrar a demostrar a la señora que no hay mucha diferencia entre un muchacho cazador y un muchacho casadero; que es una verdadera ganga tener un yerno que cace los ratones; que la caza de estos últimos es un sport tan respetable como la de perdices o conejos y que tiene sobre ésta la ventaja de ir acompañada de un buen puesto en la Dirección de Sanidad.

Por otra parte, la caza del ratón es sólo el

primer paso, el peldaño inicial en su carrera, porque el ratón tiene pulgas, y las pulgas tienen microbios de peste bubónica. El ejercicio cinegético se va haciendo así cada vez más minucioso y complicado. De la caza mayor, que es la de la rata, se pasa a la menor que es la de la pulga, para llegar a la minúscula que es la del microbio, último fin que se persigue.

Porque los ratones no se pillan por el gusto de cogerlos, sino por incautarse de los parásitos, portadores del contagio.

Esta superposición de cazas sucesivas, marca etapas perfectamente definidas y justifica, a mi juicio, la creación de un Departamento de Ratones. El grado más bajo del escalafón corresponderá a los expertos ratoneros y el más alto a los cazadores de microbios. Entre una y otra sección, estará el personal encargado de pillar las pulgas. En esta oficina es probable que se pueda dar ocupación al elemento femenino que, sin duda alguna, es el más apto para esta clase de trabajo.

No faltará, pues, en el servicio, cuya creación insinúo, ni siquiera el encanto de los ojos soñadores y las boquitas con «rouge». El personal de técnicas pulguistas, suplirá la falta de dactilógrafas, y la oficina será un ideal y ofrecerá amplias y seguras expectativas de ascenso.

Naturalmente, el público tendrá que familiarizarse con la idiosincrasia de la nueva repartición.

En un principio el visitante extrañará un poco.

—¿Está el señor director?

—Espérelo un momento. Está cazando ratones.

—¿Y la señorita secretaria?

—Está pillando pulgas.

—¡Caramba! Por lo que veo aquí no trabaja nadie.

—Todo lo contrario: Cada cual está cumpliendo su deber.

Y efectivamente, si el visitante piensa un poco, se convencerá de que su interlocutor tiene razón y que esos hombres que, cazando pulgas y ratones, se exponen a las bromas de sus conciudadanos, cumplen una misión más efectiva en favor de la salud pública que muchos que llevan títulos más llamativos que el de perito ratonero o experto en pulgas infestadas.

Enero de 1929

CODIGO AMENO

A cualquiera se le ocurre que el Código Penal ha de ser una cosa seria.

Este prejuicio, si bien ha limitado la criminalidad, ha envuelto, en cambio, a la legislación penal en una atmósfera de temor y antipatía.

Es preciso agradecer al proyecto de reforma basado en el principio de Ferry: «no hay delitos sino delincuentes», el haber sabido dar al nuevo código esa nota risueña que tanto se echaba de menos en el otro.

Por de pronto, uno lo lee y se convence de que en Chile hay criminales, pero no criminólogos, lo que hasta cierto punto no deja de ser una ventaja, pues en la vida normal es más fácil escapar de un delincuente que ponerse a salvo de un criminalista.

Ajenos a las actividades de unos y otros, los autores del proyecto han podido redactar

el nuevo código con absoluta independencia, no sólo de los principios jurídicos corrientes, sino también de la gramática.

El antiguo delincuente aparece reemplazado por el «agente culposo». término que, como se ve, es tan bien hallado como el de «culpable agentoso», «culposo agentable» y otras variaciones por el mismo estilo.

La pena de muerte ha sido suprimida, en vista, según dice el mensaje, de que ella no lograba asegurar la «inocuidad» del delincuente. A primera vista parece que no hay nada menos agresivo y por lo tanto más inocuo que un reo difunto; pero este temor un tanto supersticioso de que el delincuente pueda reincidir después de fusilarlo indica, en todo caso, un alto espíritu de previsión. A lo mejor, a un tipo lo fusilan y comienza a cometer asesinatos para vengarse de la sociedad o de los jueces que lo condenaron. Y hay que reconocer que un «delito culposo»— así lo llama el nuevo código—, cometido por un muerto reincidente y contumaz, debe dar mucho que hacer. Es claro que la Sección de Investigaciones daría fácilmente con su paradero, pero ¿cómo castigarlo nuevamente?

Sacarlo del nicho para llevarlo a la cárcel sería mejorarlo de celda, sin provecho alguno para la colectividad.

El espíritu humanitario de que el código da muestras con respecto a los grandes delincuentes, candidatos al patíbulo, queda, en cambio, compensado con una gran severidad en contra de los que aun no han cometido actos punibles.

«Los individuos que, con motivo de la ejecución de hechos que los hagan socialmente peligrosos—dice el artículo 53—«sea de temer que delincan», serán sometidos a las medidas de seguridad de que trata este título».

Esas medidas, que varían desde el internamiento en un manicomio hasta la sujeción a la vigilancia de la autoridad, sin olvidar la «expulsión de extranjeros», que maldito lo que debe importarle al detenido criollo, parecen destinadas a demostrar a éste la conveniencia de cometer pronto un delito, en vez de quedarse en meras intenciones.

«La medida de internamiento será absolutamente indeterminada—dice el artículo 66—y durará hasta que el sujeto esté sano o corregido, o rehabilitado para la vida social».

La prisión preventiva reemplaza, pues, admirablemente al presidio perpetuo. He aquí una enérgica lección para aquellos que, estando predispuestos, no han delinquido todavía.

La única manera práctica de poner término a la reclusión parece ser, en efecto, la de cometer

un acto delictuoso que lleve aparejada una pena razonable.

Esta tendencia natural del proyecto a propender al desarrollo de la criminalidad por medio de sanciones adecuadas a la falta de «culposidad», queda bien de manifiesto con el conjunto de sus disposiciones: así, la pena de muerte que se suprime para los culpables, rige en todo su esplendor para ciertos inocentes que, sin culpa alguna de su parte, parecen manifestar cierta curiosidad de asomarse a la vida (1).

¿No es una crueldad privar a esas criaturas del placer de leer, andando el tiempo, esta reforma del Código Penal? ¿Qué tienen de «culpables» esos niños para impedirles ese pequeño esparcimiento?

Mayo de 1930.

(1) El proyecto permite a la mujer, en ciertos casos, recabar del juez autorización para poner fin al embarazo.

EL «ARRESTO» DE UN MINISTRO

Quien ve al Ministro de Hacienda (1), serio, dinámico, robusto, con ese aire de marino norteamericano que infunde fe hasta a los pasajeros más rezongones del barco, no puede imaginárselo con pantalón a media pierna, en un pupitre de colegial, haciendo caricaturas y versos para una revista clandestina con más prohibiciones que ciudadano italiano en gobierno fascista.

Un Ministro de Hacienda, poeta, caricaturista y, para colmo, subversivo, parece algo increíble. Para familiarizarse en la idea hay que recordar que también Raúl Simon, actualmente jefe de la Oficina de Presupuesto, es escritor y dibujante y redacta con el mismo buen humor las «verdades eternas» de César Cascabel y

(1) D. Rodolfo Jaramillo.

los guarismos—menos indiscutibles todavía—de la contabilidad fiscal.

Sólo que su jefe inmediato dejó hace ya muchos años, desilusionado sin duda por los gajes del oficio, la profesión de periodista; porque —perdóneseme esta nueva infidencia—Rodolfo Jaramillo fué en un tiempo víctima de la libertad de imprenta.

¿Cómo? ¿Cuándo? No se me pida la fecha, porque esto no es cosa de ayer, y aun quedan condiscípulos solteros que no llevan viso de llegar nunca a los cuarenta y que podrían apedrearme. Baste decir que estábamos entonces en el Colegio de los Padres Franceses, que Conrado Ríos y Ernesto Barros Jarpa seguramente no habían nacido, y que los dentistas, entonces «flebotomos», tenían por costumbre colgar frente a sus consultorios como muestra, unas muelas doradas que excitaban nuestras ambiciones como si hubieran sido de oro fino. Cada día se contaba en el colegio que alguien había alcanzado a pescar una de esas muelas, con igual entusiasmo que hoy se comenta que fulano obtuvo una jubilación o un puesto público.

El régimen del colegio, sin ser tiránico, tenía una marcada tendencia al autoritarismo y, como aun la guerra europea no había puesto de manifiesto las ventajas de la falta de libertad y

de fiscalización, la disciplina nos resultaba intolerable. No poder hablar en las filas, ni salir de clase sin permiso, ni reirse un poco de los profesores, ni protestar de la comida, en una palabra, no hacer uso de la libertad de opinión, de reunión y hasta de petición, nos parecía un atentado a las garantías individuales y resolvimos imprimir una hoja para reconquistar esos derechos. Rodolfo Jaramillo, primer alumno de la clase, capitán del «team» de football de la primera división, presidente de la Academia, dibujante y poseedor de un microscopio descompuesto y de los mejores biceps del curso, se echó sobre los hombros las responsabilidades de la empresa periodística con la misma abnegación con que ahora ha asumido las de las finanzas. Gonzalo Santa Cruz, Hernán Larraín, Carlos Varas y varios otros subversivos, entre los cuales, naturalmente, se contaba este seguro servidor, completamos la redacción de «la revista».

En calidad de pintor nacional y a pesar de declarar «que no le gustaban estas cosas», Pedro Ovalle Díaz tomó a su cargo las caricaturas, con la condición de no firmar y de que se guardaría silencio absoluto sobre su persona. No era preciso exigir esta reserva, porque los conspiradores no estábamos dispuestos a ir a parar con nuestros huesos a la «sala de arrestos».

La revista se editaba en «polígrafo», fabricado con una receta casera en cuya composición entraba colapiz, engrudo y azúcar candia. Una masa repugnante como una sopa espesa, en la cual naufragaban nuestros editoriales llenos de idealismo y espíritu republicano. Así y todo la publicación, completamente ilegible y que costaba nada menos que cuarenta centavos número, era devorada por la opinión pública que siempre ha gozado más con una tomadura de pelo a la autoridad que con todos los rascacielos y piscinas que pueda ofrecerle el mejor meditado programa de obras públicas.

A pesar del alto precio de la revista, las finanzas andaban mal y ¡lo que son las cosas!, en vez de pensar en Rodolfo Jaramillo, pusimos a cargo de ellas a Gonzalo Santa Cruz, quien, con una cuota de cinco pesos por cabeza—que tuvieron que pagar nuestras mamás con cargo a útiles de escritorio—por poco nos presenta un superávit. Naturalmente, al liquidarse el segundo número, estábamos debiendo la camisa, pues contagiados con el optimismo del tesorero general, consideramos como entrada ordinaria una parte del empréstito y la comimos en pasteles.

La desilusión consiguiente trajo como consecuencia un recrudecimiento del espíritu satírico de los redactores y aquella misma tarde en el

estudio de las 2, Pedro Ovalle hizo una magnífica caricatura del Rvdo. Padre Esteban, sumergido en el infierno, mientras yo, desde la orilla, en calidad de Dante Aligheri, le dirigía enérgicas recriminaciones.

Por qué los profesores nos echaron la culpa a Rodolfo Jaramillo y a mí de este desmán periodístico y nos dejaron arrestados, es cosa que hasta la fecha no ha podido averiguarse. Inútilmente, argumentamos, con absoluta mala fe, que nada teníamos que ver con la revista. Tras un juicio sumarísimo, la publicación fué clausurada.

Nunca me olvidaré del gesto enérgico con que Rodolfo me dijo al salir del arresto:

—Oye, Flautín: No importa nada. Le cambiaremos de nombre y de formato y ¡a ver si vuelven a pillarnos!

—Ya tengo el editorial—le contesté.

Realmente, aprovechando la hora de castigo, había escrito uno de los artículos más violentos, tontos y declamatorios de mi vida periodística; y el Lunes siguiente «La Revista Colegial», ostentando en la carátula como editor responsable el nombre de un ex-alumno, fué vendida profusamente en zona neutral, o sea a veinte pasos de la puerta del colegio.

Ante la pertinacia de los opositores, la Direc-

ción del Colegio buscó una solución que, en aquellos tiempos tenía los caracteres de un invento absolutamente original. Fundó ella misma un periódico para uso de los alumnos. Como es lógico, esta publicación estaba enérgicamente controlada, a fin de que los redactores, cualesquiera que fueran sus ideas, aplaudieran siempre a sus maestros, y era costeadada, mediante una pequeña cuota por todos los alumnos del establecimiento.

Sin duda alguna nuestra revista clandestina era más independiente y digna de una Nación republicana; pero no se puede negar que, en esta otra, la vida de los redactores es menos azarosa. Ya no quedan, como antes, arrestados.

La última víctima de la libertad de imprenta, en compañía de este maltrecho periodista, fué Rodolfo Jaramillo. Desde entonces no ha cambiado. Sigue siendo el primer alumno de la clase. Ahí está al frente de la Hacienda Pública, inspirando esa confianza ilimitada que en medio de las penurias de «La Revista Colegial» sabía imponer, hasta a los condiscípulos menos optimistas.

¿Se acordará aún de aquel arresto?

Septiembre de 1929.

CARTA PRIVADA

Santiago, Junio 13 de 1929.

«Señor don Ismael Edwards Matte.—Pte.

Estimado amigo: No necesito decirte que esta carta es estrictamente privada. Si encuentras cualquier cosa que te recuerde esa manera de pensar que nos gastábamos antes del 5 de Septiembre, no se la muestres a Guillermo (1) y échala al canasto junto con «El Diario» en que tanto criticamos a otras administraciones. Puedes hacerlo con entera libertad. De acuerdo con las nuevas orientaciones de la prensa, «El Diario» no dirá nada y yo tampoco.

Como lo has hecho notar con mucho acierto en tu discurso, a contar del 5 de Septiembre de

(1) D. Guillermo Edwards Matte, que desempeñaba entonces el cargo de Ministro del Interior.

1924, la guerra europea—que nos llegó con un sensible atraso de diez años— «produjo variadas mutaciones en los pueblos, y Chile, aunque no participó en ella, pensó que la libertad no era su finalidad sino que lo era su felicidad».

Acaso, por una lamentable confusión entre ambos términos, yo no quisiera perder ninguna de las dos como suele a menudo acontecer a los que caen a la cárcel, y prefiero, en consecuencia, que mis opiniones vayan al cesto de papeles o se las dedique al mismo uso doméstico a que parecen destinados los discursos del señor Valencia Courbis.

En todo caso, no me negarás, que tú tienes cierta culpa en que te escriba. Ya ni me acordaba de la libertad, cuando tú has venido a recordármela. ¿Te parece humano detener en la calle a un calvo para advertirle que no tiene pelo?

Pues bien; algo de eso has hecho. Como el caballo del portugués, que se murió cuando estaba aprendiendo a no comer, había empezado acostumbrarme: ¡Si vieras con qué gusto me saltaba, por inútil, la página de redacción de los tres diarios y me refocilaba en la lectura de los telegramas extranjeros! Cuando me daba curiosidad por imponerme de las discusiones del Congreso, dominaba la tentación y me iba al Zoo del San Cristóbal. Allí sus huéspedes, salvo honrosas

excepciones, guardan un discreto silencio; a lo sumo se pasean algo nerviosos en su jaula, porque no comprenden que la guerra europea ha modificado los conceptos y la libertad no tiene que ver con la felicidad. ¡Son muy lesos! Ninguno se niega, tampoco, a recibir el alimento. Desde que se instaló el Zoo, sólo un cernícalo «alzado» declaró la huelga del hambre y tuvo su merecido: Se murió por soberbio.

Yo pasé junto a su esqueleto y sentí un impulso absurdo de sacarme el sombrero: Sin saber por qué, me acordé de tí, de Conrado, de Aquiles, de aquellos remotos tiempos en que la guerra mundial no llegaba aún hasta nosotros y peleábamos como unos energúmenos; pero inmediatamente, pensé que esas ideas habían hecho crisis y que el cernícalo muerto, era «un superviviente de la época romántica de los Lamartine», como dices tan galanamente en tu discurso. Me calé el sombrero hasta las orejas y le hice un gesto de desprecio al difunto avechuchu.

Ahora bien, ustedes los diputados se han puesto a discutir en la Cámara, si existe o no la libertad de imprenta. Yo no sé cómo pueden debatir una cosa semejante. El propio señor Valencia Courbis, que no tiene nada de Lamartine, ni de romántico, y sólo puede considerarse

como un sobreviviente, ha dicho en su último discurso:

«El Presidente de la República en más de una ocasión ha declarado que la prensa puede ejercitar ampliamente la libertad que le corresponde. Y esta libertad no es hoy una mera palabra sino que es un hecho».

Más aun, recordarás que el Presidente declaró solemnemente a la prensa que si cualquiera autoridad ponía obstáculos a esta libertad, podía ser denunciada ante él mismo.

Yo no he querido molestar a Su Excelencia, a quien sé bien inspirado y con demasiadas ocupaciones para preocuparse de estas menudencias periodísticas; pero aprovecho que eres diputado para hacerte un denuncia. Si lo estimas prudente, puedes hacerlo llegar al Ministro del Interior; si no ¡al canasto! lisa y llanamente.

Aquí en «El Diario» hay una autoridad que no me deja escribir lo que yo quiero. No desearía acusarlo, porque se trata de un amigo; pero a tí puedo decírtelo: Es Luis Silva, el director de «El Diario».

No creas que hago este denuncia con el propósito de ocupar la vacante. No me guía ningún móvil mezquino, ni tampoco pretendo aprovechar la libertad para molestar a nadie; pero debo decirte la verdad: Este hombre, contra-

riando las órdenes expresas del Presidente de la República, no deja escribir en paz.

¿Será ésta una consecuencia de la guerra europea?

En todo caso dejo formulado el denuncia. Haz de esta carta el uso que quieras con tal que no me comprometas y, dispón como siempre de tu viejo amigo.

EL MES DE LAS CONTRIBUCIONES

¡Cómo ha perdido Mayo su prestigio romántico! Ya no es el mes de las vagas tristezas otoñales, de la caída de las hojas, de las doradas avenidas... ¿quién tiene tiempo de pensar en eso? Mayo es el mes de las contribuciones.

Con la vista baja y las manos en los bolsillos indefensos, el contribuyente cruza la Alameda, donde abren su boca de ogro la Tesorería Comunal y la Dirección de Impuestos. En lo alto de los árboles, tiemblan las hojas amarillas y fugaces como libras esterlinas y, al fondo, el crepúsculo viste su mejor casulla de oro para ayudar a bien morir al pobre hombre. ¡Bueno está el contribuyente para admirar ese despliegue de pompas otoñales!

Durante toda la semana ha corrido de un lado a otro, buscando un prestamista que le facilite esos mezquinos pesos que habrán de permitirle

sobrevivir a la recaudación. Toda la tristeza del otoño parece reflejada en sus facciones.

En el mes de Mayo, el mes de los impuestos, el mes de los apuros, en que se abomina de los rascacielos, se maldicen los buenos caminos, se odia el progreso urbano y se siente todo el peso de la honradez y de la buena fama.

Porque ahí está, precisamente, el punto sensible: El contribuyente, a fuer de ciudadano que sabe aprovechar los beneficios de las leyes sociales, se ha construido una casa. Nada hay en el edificio, desde los cimientos hasta la victrola, que no sea a plazo; nada que le pertenezca; nada que no sea deuda; pero debe pagar contribución, como si fuera dueño, por esa propiedad ajena, en la cual está alojado merced al milagro del crédito. En otros países—piensa—los individuos pagan contribución por lo que tienen; aquí, por lo que deben.

La faz simpática y burlona de Pablo Ramírez—inventor del sistema—que acaso a estas mismas horas sonríe plácidamente, sentado en una mesilla, frente a una botella de champaña, en pleno bulevar Haussman, aparece al contribuyente como una máscara diabólica. Si los dueños de los bonos pagan impuestos en calidad de ricos, ¿por qué él lo paga en calidad de pobre?

Y pase que el contribuyente propietario fuera

un menesteroso corriente, como el mendigo que nada posee y nada debe; pero él es un pobre con signo menos, como quien dice, un proletario bajo cero. ¿Por qué se le cobra?

La reflexión lleva al contribuyente al doloroso resultado que, en su caso particular, lo que la ley de impuestos llama «haber imponible», no es una cosa material, ya que ese haber no existe o, por lo menos, no le pertenece. La materia del impuesto es algo suprasensible e ideológico: su buen nombre, su fama de honradez o, en otros términos, su crédito.

El individuo paga contribución, por ser honrado.

Es una especie de multa impuesta al ciudadano que ha cometido la torpeza de proceder correctamente en un país en que el buen crédito resulta una gabela casi insostenible.

En realidad, hay cierta razón para que el contribuyente, sin más haber que su honor, ande abatido. ¿Por qué no imponer impuestos a la pilletería en vez de gravar con este tributo a la honradez?

La contribución rendiría más—cada día aumenta el número de los que han perdido el crédito—y el impuesto resultaría educativo.

¿Se llegará algún día a este ideal? Es difícil afirmarlo. La estación no predispone al opti-

mismo. Un vientecillo de invierno va arrebatando las últimas hojas de los árboles y los últimos billetes de los ciudadanos.

A la tristeza de Mayo se suma ahora la melancolía de los contribuyentes.

Mayo de 1930.

ARTURO PRAT, ROTARIO

No es una ganga ser rotario: Colocarse la ruedecita simbólica en el ojal y exponerse a la curiosidad malsana de los transeuntes, es todo uno. La gente no se explica la idiosincrasia de esos hombres grandes que se estropean mutuamente las horas de almuerzo con latas insoportables acerca del mejor medio de exterminar el gorgojo o evitar el flato en los recién nacidos.

No piensa el público que el ser rotario, implica una gran bondad de corazón, unida a una modestia casi franciscana, que da por colmadas sus aspiraciones con decirse a si mismo «Soy rotario», como pudiera decirse: «Soy inofensivo» o «Me gusta jugar a las bolitas».

El solo hecho de figurar entre los rotarios, hombres inteligentes que no se ríen ni por asomo de sus demás colegas, manifiesta hasta qué punto es seria la institución, que tan bien sabe

armonizar los esfuerzos del cerebro y del estómago, en un movimiento unísono de mandíbulas y de beneficencia.

La ruedecilla dentada no es un símbolo de redondez y buenos dientes, sino un distintivo que señala la enorme diferencia que existe entre la turbamulta que trabaja para comer y el grupo abnegado y selecto que come para trabajar.

No es extraño, pues, que atraídos por ese curioso método de actividad, los hombres de las profesiones más variadas,—médicos, ingenieros, comerciantes, gastrónomos y políticos,—figuren en sus filas.

Ni siquiera faltan los héroes.

En la última sesión del «Rotary Club», en Valparaíso, a pedido del presidente, don Juan Manuel Valle, ingresaron, de hecho, a los rotarios, Arturo Prat y demás héroes de la epopeya de Angamos.

«Mediante el heroísmo demostrado en Iquique—dijo el señor Valle—el mundo se dió cuenta del valor real de esta raza, capaz de los más grandes sacrificios por el común bienestar del país; manifestó que esos valientes marinos, al dar su vida por los demás, hicieron obra rotaria al darse por entero, sin pensar en sí».

Sin duda alguna, ni Prat, ni Condell, ni Se-

rrano, se dieron cuenta en el momento mismo de su sacrificio de que estaban haciendo «obra rotaria», y la noticia del señor Valle debe haberles caído como bomba en el sereno sueño de la Inmortalidad. El entusiasmo bélico no les permitió darse cuenta de la feliz coincidencia entre la frase «¿Ha almorzado la gente?», de su capitán, y la acción heroica en que tomaban parte; pero es claro que esa simultaneidad entre el almuerzo y el sacrificio por la patria, justifica de sobra la atinada observación del señor Valle: Esos hombres que almorzaban y padecían, a un tiempo mismo, por el triunfo de un ideal, hacían «obra rotaria» sin saberlo, como aquel personaje de Molière que hablaba en prosa sin darse cuenta de ello.

—¡Desventurados héroes que murieron sin saber que eran colegas de don César Cordovez y don Juan Manuel Valle! De seguro habrían tenido un verdadero agrado en conocerlos y llevar sobre sus flamantes uniformes la ruedecilla dentada como la más cara y preciada de sus condecoraciones.

Menos mal que la justicia histórica se ha impuesto al fin, y cuando llegue al otro mundo un hombre ilustre que se interese por conocer al heroico capitán de la Esmeralda, éste podrá darse

el gusto de confundir al curioso, con la importancia de su nuevo título.

—¿Usted, señor Prat, es héroe?

—No, señor: Soy rotario.

Y ante tal contestación, la preguntona sombra, se descubrirá con respeto ante su colega de inmortalidad. Salvo que el otro sepa lo que es un rotario y se ría en las propias barbas,—esas barbas negras heroicas,—del audaz marino.

Mayo de 1930.

CARTA A MI COMPADRE

Hacienda «Las Alforjas».—Junio 28 de 1929.
—Señor don Hilarión 2.º Rojas.—Peleco.

Mi apreciado compadre:

No sabe el gustazo que me ha dado verlo salir de nuevo a cancha con la voz tan clara, después de esa media ronquera que lo tenía más callado que mula en tiempo de moscas. Créame que cuando lo veía mudito junto al brasero, o bien, haciéndose el leso por la orilla del empapelado para no contestar lo que le preguntaban, sin asomarse ni a la puerta, porque decía que estaba resfriado y no quería salir para más afuera, me daba una pena que, no le miento, ni cuando se me murió el toro roano he tenido una parecida.

Perdóneme que se lo diga, pero yo no encuentro cosa de hombre andarse cuidando tanto y pasarse los meses enteros, como usted se lo pa-

saba, calladito y tomando dieta que no sé cómo a usted mismo no le repugnaba.

En fin; gracias a Dios que se alivió, aunque no pueda gritar mucho. Con que le salga la voz, yo me conformo.

Aquí, fuera de la muerte de la señora y tres chiquillos que me los agarró esa epizotia nueva que llaman escarlatina, estamos sin novedad. Por fortuna, este mal no le da al ganado porque, como los pacientes se despellejan lo mismo que si les pasaran lija, los cueros quedan inservibles y sería mucha pérdida.

Al fin, por el ingeniero que vino a tasar el fundo, tuve noticias de la Petronila, que no sabía nada de ella desde la primavera y la daba por perdida. Pero no es así. Está en Santiago empleada de «bataclana» y aunque el sueldo no es muy bueno, está contenta, porque no tiene que gastar ni cobre en ropa, y el trago se lo paga un caballero de respeto. Lo malo es que la chiquilla, como ha salido a mí, no quiere que la pasen por el Civil.

Por lo que a mí toca, con el préstamo de la Caja, voy a quedar muy rico y no sería raro que este año me resulte con «superávit», como dice el boticario cuando puede feriar a los amigos.

La semana pasada anduvo por aquí don

Isma (1). Venía a cazar leones, que es una maña que agarró cuando era joven.

Yo le dije que por estas serranías no quedaba ninguno, porque el último se lo guindaron hace más de tres años; pero él me dijo que eso no importaba, porque con la guerra europea las cosas habían cambiado mucho y a lo mejor el león resucitaba, así es que había que seguirle disparando. Y se largó como un celaje cerro adentro, largando tiros al aire, por si acaso, y espantando a los zorzales y demás «plumarios». Esta palabrita se la aprendí a D. Isma, cuando era periodista. Yo me quedo con el alma en un hilo, porque tengo mucho aprecio por D. Isma. Ahora, con tanto tiro al tún-tún, a lo mejor va acriminarse

Mucho me he alegrado de que usted, mi querido compadre, esté ahora en tan buenas amistades con la autoridad: A nadie le falta algo que pedir; «contimás» que las contribuciones nos hacen humear y los gringos no quieren comprar trigo.

Tengo que pedirle, también, que me consiga un empleo para mi hijo Roque, aunque más no sea en una superintendencia, en la prensa o en la claqué de algún teatro. En lo que toque.

(1) D. Ismael Edwards Matte.

La cuestión es que gane algo. El chiquillo es harto bueno: Le funciona la mollera, escribe como caballo, tiene unas manos macanudas para aplaudir y donde usted lo ponga no lo dejará mal puesto.

La cosa es que usted se acuerde del pedido que le hace su compadre y no lo eche en saco roto.

No voy a verlo personalmente, porque aquí el vecino acaba de perder el juicio—ese juicio que tenía desde hace más de treinta años con don Lepe—de resulta de lo cual, don Lepe, que es el ganancioso, va a tener que devolver nada más que medio potrero y nosotros vamos a darle una comilona padre para celebrarlo (2) Ya tengo un chancho listo para la fiestoca. En cuanto se lleve a efecto y se me pase la mona, voy a verlo.

Entre tanto, disponga como siempre de su compadre.

P. LILLO.

(2) Se preparaba en aquellos días un banquete para celebrar la solución del problema de Tacna y Arica, mediante la entrega de una parte de ese territorio al Perú.

A ESCONDIDAS DEL CORREO

Peleco, 7 de Junio de 1929.—Señor don P. Lillo.—Hacienda «Las Alforjas».

La presente es para decirle que no espere carta de mi padre hasta dentro de unos días, porque está muy enfermazo y, desde que estuvo tomando con motivo de la fiesta de D. Lepe, no se le sujeta nada en el estómago.

Me dijo que le escribiera a usted por el correo, porque quería que esta contesta le llegara cuanto antes; pero yo se la mando por el diario porque lo creo más seguro. No sé lo que será; pero desde que el subdelegado me agarró tirria y dijo que era «pesimista», porque no me gustan las contribuciones, parece que me ha entrado el mismo mal de un primo que tengo en Buenos Aires: La saliva no me pega y no hay carta que no me llegue abierta.

La comida a don Lepe estuvo muy linda.

Malaya, cazuela de cordero y pavos y chanchos hasta decir basta; no más que fué tanta la ensalada de patas que nos quedó repugnando, continúas a don Lepe que está medio hostigado y no puede pasarla. Cuando le atracaron la fuente la hizo un lado como quien no quiere la cosa, para no desairarnos. Después, dijo por lo bajo que no le gustaban estos festejos. Pero ahí se levantó mi padre que estaba ya medio puesto y lo paró en seco, alegándole que la escapada había sido muy grandaza, y que perder un potrillo de rulo no era nada, comparado con el vecino que perdía el pleito. Le dijo, además, que cuando a ño Peñaloza la máquina trilladora le agarró una pata, también le dimos una fiesta por haber librado la otra, y que más vale pájaro en la mano que ciento volando. En fin, que habló como un Alessandri, y si no es por un hipo que le cortó el resuello de repente, todavía estaría hablando. Después se arrebataron el uso de la palabra el boticario, el señor Cura, el Oficial Civil y mi hermano Dantón que estrenó la manta nueva. El boticario, como es tan refutre, fué de Barros Jarpa. Se lo mandó virar, especialmente, «para asistir—como él dice—en traje de carácter». Parecía tril mojado.

Pasando a la cuestión campo, le diré que hace tres días que en la zona no se puede trabajar,

porque los ricos andan todos desde hace quince días en Santiago con motivo de la Semana Agrícola y los demás no han salido al trabajo, porque a la fiesta de don Lepe asistió toda la peonada, desde el capataz al chiquillo de los mandados, fuera de los vecinos, los compradores de ganado y todos los que tienen negocios con el fundo.

Yo me he quedado solo con un tal doctor Guzma que anda recetando el yodo para regar la zarzamora. Dice que vender el yodo por gotas no es negocio, y quiere que el Gobierno haga un estanque—él es tan repulido que pronuncia estanco—pero yo no sé qué va a hacer lo que tenga la medicina estancada, porque,—como saca el pellejo lo mismo que abastero—a la hora que la suelte por la acequia para acabar con la maleza se nos van a resabiar los regadores, y en cuanto sanen de las mataduras no va a haber ninguno que quiera sacarse las ojotas. Yo le dije que el negocio lo hallaba medio parecido al de las picanas; pero él dice que estas cosas sólo las entienden los agricultores progresistas. Así ha de ser. Mientras tanto yo seguiré regando con agua, a lo que te criaste, y sacando la zarzamora como pueda.

Se me olvidaba decirle que mi padre, tan pronto como se alivie, irá a Santiago a buscarle

un destino para su hijo Roque, para que se jubile cuanto antes y pueda volverse a trabajar al campo.

No le escribo más, porque, por culpa de don Guzma, me quemé un dedo con yodo y oigo a mi padre que está echando el alma o—con perdón de la gente—la ensalada, en el cuarto del lado. Por fortuna, él fué el que vendió los chanchos, así es que algo ha salido ganando con la fiesta.

Salude a todos por allá, y disponga de su amigo.

SEGUNDO 3.º ROJAS.

IMPERIALISMO FILATELICO

Cada país tiene un sistema de conquista; pero, sin duda alguna, el menos cruento es el puesto en práctica por Bolivia.

Nuestra vecina de la Altiplanicie trata de crecer por medio de estampillas.

Hace tiempo, editó una con un cóndor que, bastante más belicoso que la paloma del Arca, en vez de llevar como ella la rama de olivo, ostentaba en el pico un pequeño rótulo que decía: «Hacia el mar».

Estaba pendiente la cuestión Tacna y Arica, y el cóndor se dirigía entonces con rumbo al Pacífico.

Ahora el cóndor boliviano se ha quedado en la jaula, y el Gobierno de la Paz—, aunque este nombre sea un poco irónico—, ha echado a volar, en reemplazo del ave de rapiña, otra estampilla de la misma especie. Esta vez la es-

tampilla, que a juzgar por la audacia de su vuelo y la potencia de sus garras nada tiene que envidiar a su predecesor, ha dirigido el rumbo hacia el Atlántico.

El mar es la obsesión de Bolivia. El lago Titicaca, ante el cual los lagos suizos son apenas unas modestas gotas de agua, no alcanza a satisfacer esa sed de país mediterráneo que nunca ha atormentado a los sabios descendientes de Guillermo Tell. En vano, para tranquilizarla, nuestros diplomáticos han solido obsequiar a su Gobierno, marinas de los más eminentes pintores nacionales. Esos cuadros, capaces de hacer abominar del océano a cualquiera que no lo haya visto antes, no han logrado producir el menor efecto sedativo en el ansia boliviana.

Su último arranque filatélico es una demostración. El nuevo sello de correos, viene adornado, en efecto, con un mapa rarísimo, según el cual Bolivia se interna en el Paraguay, buscando una salida al Atlántico por el río Paraná, mediante una zona que podríamos llamar «de ocupación postal» titulada «Chaco boliviano».

Naturalmente esta provincia de Bolivia carece de realidad objetiva y es, por el momento, de carácter esencialmente cartográfico. El «Chaco boliviano» va pegado a las cartas y recorre hasta ahora el mundo, montado como un jinete

en las esquelas volanderas. Antes de echar al correo cada cierto postal, los bolivianos, con satisfacción patriótica, humedecen el Chaco con la lengua y lo ubican en la esquinita superior de la misiva, con el mismo desparpajo con que, a ser ello posible, lo colocarían en el Paraguay. El Chaco, debidamente remojado, sale así a recorrer el orbe. Se trata, pues, de la provincia más movible y viajera de Bolivia, y, mientras no se le asiente un poco el seso y deje su afán de turismo, constituirá un serio peligro para América; porque, ¿quién nos asegura que mañana el «Chaco boliviano» no aterrice en Venezuela, en Ecuador o en Chile?

Mientras existan en La Paz cartógrafos de ánimo esforzado, nadie puede estar seguro. Con un compás, una pluma y un poco de tinta china, ellos pueden más que todos sus vecinos, armados de cañones y ametralladoras.

Ni siquiera hay derecho a protestar. Si Bolivia no puede repetir exactamente la frase evangélica «Mi reino no es de este mundo», puede, a lo menos, afirmar: «Mi Chaco no está en la tierra», y ¿quién podrá impedirselo?

Su Chaco, es una provincia de quimera, pegada con goma arábica a sus tarjetas postales. Es un trozo impalpable de ese país de ensueño

que no tiene más límites que el patriotismo y el ansia de conquista.

Nada valen contra él los sutiles argumentos diplomáticos, ni los lentos arbitrajes, ni los rígidos tratados, ni la prosaica fuerza de las armas.

En tanto existan en el mundo el papel, la tinta china y el servicio de correos, el Chaco boliviano se pasará impunemente por mares y naciones.

De ahí que la expansión territorial filatélica, sea la más peligrosa, porque es incontrarrestable.

Noviembre de 1929.

UN PROGRAMA

La falta de cuatrocientos amigos desocupados —¿quién puede tener tantos en tiempo de crisis?— me ha impedido presentarme como candidato a diputado independiente. Cuesta en realidad a cualquier hombre que no sea excesivamente amistoso, encontrar cuatrocientos ciudadanos dispuestos a ir a una notaría para inscribir la proclamación de una candidatura que, a lo mejor, resulta rechazada.

El otro requisito exigido por la ley—la presentación de un programa de acción parlamentaria, para ser sometido al visto bueno del Ejecutivo,—es más sencillo de cumplir. Nada tiene, pues, de extraño que me haya quedado sin la diputación, pero con el programa, y para no perderlo, lo someto desde estas columnas a la consideración de las autoridades.

No creo que ellas encuentren reparo alguno

que hacerle. En un país en que todo el mundo es partidario entusiasta de la teoría del gobierno fuerte, no está demás que haya uno que piense lo contrario, aún cuando más no sea para evitar la monotonía en las opiniones y dejar de manifiesto la reconocida tolerancia de que goza la libertad de pensamiento.

Mi programa es muy sencillo y no tiene nada de revolucionario ya que, por la inversa, tiende a hacer más estable y duradera la administración.

Soy partidario de los gobiernos débiles, entre otras razones, porque les cuesta menos mantenerse en el poder. Cuanto más fuerte es una autoridad—véase el caso de Rusia, Italia y España—mayor número de medidas represivas o sedantes tiene que tomar para vivir en calma. Estas medidas, que fluctúan según los casos y las circunstancias desde el fusilamiento al puesto público, significan siempre un gasto.

La forma de distribución varía, naturalmente, según la idiosincrasia de cada país. En Rusia se gasta más en servicio de espionaje y policía, como en otras naciones se gasta más en comisiones al extranjero, jubilaciones y aumento de sueldos.

Nada tiene esto de particular. Un gobierno bueno, como es lógico, tiene que ser caro, y

en esto precisamente se diferencian los gobiernos buenos de los malos. A no mediar esta circunstancia ¿quién podría distinguirlos?

Además, según enseña la experiencia, hay sólo dos maneras de obtener la popularidad: con discursos o con hechos; de palabra o de obra.

Los gobiernos de mala calidad, es decir los gobiernos débiles y enclenques, siguen el primer sistema y les resulta baratísimo.

Los gobiernos fuertes recurren al segundo y tienen que gastar una barbaridad en rascacielos, piscinas, traslado de monumentos y otros divertimientos populares.

Claro que esto es muchísimo mejor, especialmente para los que no tienen que pagar contribuciones, porque las obras quedan y las palabras no; pero la gente es tan estúpida que prefiere las ilusiones a las realidades y los discursos a las contribuciones.

Por otra parte, como a los gobiernos débiles no los toma en cuenta nadie y su acción no se deja sentir en lo más mínimo, nadie tiene interés en que terminen. De ahí que sean tan durables. Como no pesan, no tienen que hacer esfuerzo alguno para mantenerse a flote. Esto explica por qué en la historia, por cada veinte años de gobierno fuerte hay ochenta de gobiernos débiles.

La debilidad es el estado normal y sus mismos adversarios lo saben tan bien—caso de Primo de Rivera,—que cuando quieren agradar al público hablan de la vuelta a la normalidad... o, lo que es lo mismo, a la debilidad.

La causa del prestigio de esta fórmula no puede ser más sencilla: Cuanto más poderosa es la autoridad, menos fuerte es ante ella el individuo; cuanto más rico y mayores entradas tiene el Fisco, mayores salidas tienen los particulares.

Esto, no todos lo piensan, pero lo sienten, lo que viene a ser lo mismo y no es raro que prefieran ser ellos más felices que el Estado. Los gobiernos débiles serán todo lo malos que se quieran; pero nadie podrá negar que son muy cómodos y, por lo tanto, sumamente estables.

A propender a esa estabilidad que evita gastos, hace grata, serena la existencia, y es, sin duda, el ideal de todos los gobiernos, tendía mi programa de diputado independiente.

Lástima que la falta de cuatrocientos amigos me haya impedido presentarme.

ARTE DEMOCRATICO

Hace poco, Daniel de la Vega, en un ingenioso artículo, comentaba las diversas expresiones de los que, al visitar el salón de Bellas Artes, sufren el primer contacto con la pintura moderna. Los rostros de esos desdichados—desde el que abre los ojos con espanto, hasta el «macuco» que toma la cuestión con buen humor, pasando por el que trata de entender y el que se indigna ante la estafa de que se cree víctima,—han sido maravillosamente delineados; pero Daniel de la Vega se ha olvidado de uno: El semblante bobalicón y satisfecho del tipo que mira sin gran entusiasmo, pero con delectación no exenta de filosofía, los progresos del arte moderno. Ese soy yo.

Sería un cobarde si, por temor de ser tildado de «incomprensivo», dijera que me emocioño ante los innumerables tiestos de uso doméstico—te-

terras, platos y botellas, raudal de inspiración para nuestros artistas—ni mucho menos que comprendo por qué aquellos artefactos colocados en una mesa con una inclinación de treinta grados no ruedan y se hacen trizas para bien de sus autores y de quienes van a contemplar sus obras.

La teoría de «dar importancia a los volúmenes» y de buscar nuevos rumbos al arte, aún cuando por el momento, siguiendo la senda se llega sólo a esa estación que antes llamábamos el mamarracho, no logra convencerme de que las mujeres para merecer los honores del retrato, deban ser color pizarra o verde nilo, poseer a lo sumo un pecho, y tener la cabeza ligeramente menor que el dedo grande del pie. Pero todo esto no impide que reconozca en tales cuadros otras cualidades que compensan de sobra esas molestias.

Por de pronto, el cuadro moderno, especialmente el de forma alargada, tiene más aplicación en el hogar. Como no se sabe con mucha exactitud desde qué punto está enfocado el tema y los planos se entrecruzan con una velocidad de cinco a seis «whisky-sowers», no existe ese antiguo prejuicio de las verticales y las horizontales que tanto dificultaba el ornato doméstico. El cuadro moderno se adapta mejor a los espacios

libres. Si el trozo de pared es grande, pueden colocarse a lo ancho; si es estrecho, con cambiarle el cordel y colgarlo verticalmente, todo se arregla.

La pintura moderna, como que está calculada para una época de lucha de clases, soluciona en gran parte la cuestión social.

Ante las nuevas obras de arte, no se producen esos resquemores que engendraba el arte clásico. La mayoría de los visitantes que van a una exposición, no son hombres de fortuna. El mundo está arreglado en tal forma, que los que aman la pintura no tienen dinero para comprar cuadros, y los que tienen dinero no gustan de la pintura.

Gracias a este sistema de compensación, los artistas no ganan un centavo, los aficionados al arte se repelan y los millonarios compran las pinturas peores y se ponen en ridículo.

¡Cuántas veces he visto en los salones a los pobres «amateurs» mirando con ojos de envidia la obra de arte que nunca será suya!

Ahora es distinto. Uno mira las producciones modernistas y mentiría si dijera que siente el menor deseo de poseer alguna.

Hasta llega a bendecir la pobreza que lo libra de todo compromiso con el amigo que ha pintado el cuadro.

—¡Con tal de que a éste bárbaro no se le ocurra regalármelo...! se piensa. Es el único sobresalto.

Y en cambio, ¡con qué vil satisfacción de amargado, se mira al «snob» o al nuevo rico que, por dárselas de entendido, «se ensarta» con la tela!

Nada: digan lo que digan yo estoy por el arte moderno. Es el único que evita las diferencias inherentes a la naturaleza humana, que en vano trata de borrar el comunismo. Es la solución de la cuestión social; es el arte democrático por excelencia.

CONGRESO IDEAL

«La elección parlamentaria última, por ejemplo, implica un alto grado de cultura cívica, y puede ser exhibida como un caso ejemplarizador de progreso democrático.

«La Nación», 6 de Marzo de 1930».

Ha hecho bien «La Nación» en señalar este «caso ejemplarizador de progreso democrático» para dar un mentís a toda esa turba de ingenuos que no creen que el 2 de Marzo hubo elecciones y siguen esperándolas con la paciencia de los judíos que aguardan la venida del Mesías.

Gente prosaica y materialista presta crédito tan sólo a sus sentidos y como no vió a nadie ir a las urnas, duda de que el electorado nacional haya elegido en una forma tan ordenada y silenciosa a sus legítimos representantes.

Los que así piensan desconocen el espíritu altamente democrático de la ley electoral de 1925, cuyo ideal fundamental parece haber sido aliviar tanto a los candidatos como al electorado de las molestias inherentes al sufragio popular, encomendando esas funciones a los cinco presidentes de partido y al director de Registro Electoral.

«No fué voluntad del Gobierno—dice «La Nación»—que el acto electoral último quedara finiquitado con la presentación de candidaturas. Ello se produjo automáticamente como consecuencia ineludible de una de las disposiciones de la Ley Electoral que rige a este respecto desde 1925».

Producida automáticamente la elección y prestigiada a mayor abundamiento con el arbitraje del Ministro del Interior, «el Gobierno aun en el caso de haber deseado provocar una lucha en las urnas no habría podido hacerlo», como dice con mucho acierto «La Nación».

Ahora bien: ¿Se ha visto algo más perfecto que una elección que se produce automáticamente sin que nadie, ni el Gobierno ni los propios electores, puedan impedirlo?

Yo creo que a lo menos desde el punto de vista del progreso mecánico, no es posible imaginar nada mejor. No interviniendo en el acto electo-

ral ni el Ejecutivo ni los ciudadanos, no puede hablarse de intervención gubernativa, ni de cohecho, ni de fraude, ni de ninguno de esos vicios que podían malear una elección o falsear sus resultados y los nuevos congresales pueden entrar al Parlamento, limpios como una patena y con la frente muy alta.

Es posible que el país no los conozca; pero eso no quiere decir nada, porque se los imagina desde luego.

Por otra parte, el hecho de que esos diputados no deban su elección sino a un número muy reducido de personas, los libra de infinitos compromisos. Nada tienen que agradecer al resto de los ciudadanos y como en la mayoría de los casos éstos ignoran hasta la existencia de sus representantes no podrán importunarlos con peticiones y empeños.

El diputado sintético, a diferencia de aquellos diputados naturales que llegaban a la Cámara cargados de compromisos, procederá con suma independencia.

No existirá para él ese espíritu de estrecho regionalismo que hacía a los otros preferir el interés de su departamento a las conveniencias generales del país. Dentro del automatismo que los ha generado no hay razón para creer que

representan a Arauco o a Copiapó, a Chonchi o a Melipilla.

Ayer me presentaron a uno de ellos:

—¿Usted es diputado por...?

—Por Bermúdez—se apresuró a contestarme.

Comprendí que se trataba de un hombre excepcionalmente verídico y sentí de todo corazón no haber podido ayudarle con mi voto.

A mí me gustan estos congresales surgidos espontáneamente como las callampas que se alzan blancas y puras entre el fango negrusco o la paja descompuesta de las eras. El sufragio popular no los ha contaminado y se elevan por sobre la decantada podredumbre de la política con esa gracia efímera e ingenua de los hongos, que pueden ser dañinos, pero son siempre gratos a la vista. Al mirarlos uno se olvida de dónde y cómo nacieron y piensa con «La Nación» que «al hablar del funcionamiento democrático que importan las elecciones en Brasil, Colombia y Argentina, no es justo ni menos patriótico silenciar el acto cívico de elevada cultura que implica también la renovación del Parlamento de Chile».

EPIDEMIA LEGAL

Tengo la satisfacción de comunicar a los lectores que dentro de poco, gracias a la iniciativa del doctor Orellana, tendremos una epidemia.

Será una epidemia rara, al alcance de todas las personas cuyas pantorrillas sean del agrado de los perros locos.

Cualquiera podrá contraerla. Para ello no se requiere tener piernas tan elegantes y bien perfiladas como las que pinta Kitchener. Basta tenerlas simplemente: Los canes son menos exigentes que los hombres en materia de pantorrillas. Puede, pues, el lector cooperar, a la medida de sus carnes, al establecimiento de la nueva enfermedad.

Sería injusto, sin embargo, culpar al doctor Orellana y aún a los perros hidrófobos, de la epidemia en perspectiva. Estos últimos, en calidad de locos, son irresponsables, y, en cuanto

al facultativo, no ha hecho sino cumplir con su deber.

Se trata de una epidemia producida por ministerio de la ley.

Como lo ha manifestado el doctor Ferrer, el artículo 158 del Código Sanitario establece que cuando haya más de cien personas mordidas por perros locos, puede declararse la existencia de la epidemia de hidrofobia.

Las víctimas pasan ya de cuatrocientas, y el doctor Orellana, en cumplimiento de la ley, pide que se declare la epidemia.

Es evidente que si el artículo 158, en vez de fijar el máximo de cien hidrófobos, hubiera señalado el de quinientos, la epidemia no existiría todavía. Por culpa del artículo 158 vamos a tener ahora una epidemia.

¿No convendría derogarlo?

Yo comprendo la utilidad de las enfermedades que son la única razón para no rebajar el presupuesto de los servicios sanitarios; pero es preciso confesar también que, en este país en que desde hace un año se busca desafortadamente una epidemia, va a ser ridículo estrenarse con una de hidrofobia.

Por otra parte, no sé hasta qué punto los canes se van a dejar intimidar por la declaración gubernativa que solicita el doctor Orellana. Es

posible que los perros—a fuer de locos—no hagan en un principio el menor caso del artículo 158 y sigan mordiendo con igual ahinco a los inofensivos transeuntes; pero luego verán las consecuencias.

La manera de evitar estos mordizcos, según el artículo 158 es, como ha dicho muy bien el Dr. Ferrer, «colocar avisos en los diarios y lugares más concurridos por el público, indicando las medidas precautorias que deben adoptarse contra los perros»... Todo esto, naturalmente, sin perjuicio de otros ardidés más anticuados, pero tal vez más efectivos, como los de advertir a los dueños de los canes «que no deben permitir que éstos salgan a la calle o, en último caso, deberán colocarles morrales a fin de impedirles que muerdan».

Ve, pues, el lector, que la declaración de epidemia no es una cosa tan inofensiva. ¿Qué perro, por loco que sea, se atreverá a morder cuando sepa que se van a publicar esos avisos en las calles? ¿Qué animal, por ignorante en leyes que se le suponga, no comprenderá la gravedad de las medidas precautorias que van a adoptarse en contra suya? Y por último, para los contumaces, queda el recurso del «morrál», que equivale, en términos parlamentarios, a la clausura del debate.

¡Qué gran artículo es el 158! Sin él no tendríamos epidemia; pero sin ésta no tendríamos perros con bozal.

Y puesto que para poner bozal a los perros es requisito indispensable la epidemia, venga ésta sin tardanza.

¿Quién no acepta el cambio de un «morrál» por una epidemia?

Eso sí que la Dirección de Sanidad debe estar atenta a la estadística de los mordiscos; pues, desde el momento en que éstos bajen a noventa y nueve debe derogarse el decreto de epidemia, ya que no sería justo seguir manteniendo disposiciones que, sin lugar a duda, molestan a los perros.

La epidemia sería entonces ilegal.

EL PROCER RODANTE

Cuando de muchacho leía al pie de la estatua de Freire o de Carrera aquella mala poesía que dice entre otras cosas:

«Hoy en el bronce de estatua inmoble
la envidia el filo de sus dientes mella».

Creía sinceramente que eso de «inmoble» era un simple ripio literario. ¿Qué objeto tenía advertir que ese monumento no se movía?

Parecía en realidad una precaución innecesaria de parte del poeta; sin embargo, ahora se ha visto que no era tan absurda.

Hace tiempo que el país sufre de una especie de baile San Vito. El suelo mismo se sacude y tiritita como la piel de un buey que quisiera librarse de las moscas. Mirando estas cosas con criterio optimista, este movimiento constante

puede considerarse como una manifestación de dinamismo. El dinamismo no ha sido aún bien definido:

—Me encanta este tipo por lo dinámico—me dijo un amigo mirando a un paralítico.

Verdaderamente el individuo se agitaba que era una compasión. Por desgracia el pobre hombre no podía moverse con la misma facilidad que las estatuas y situado en un banco de la Alameda alargaba los ojos con envidia hacia el general San Martín, que en su caballo de bronce se disponía ya a emprender la marcha.

Realmente producía compasión el hombre «inmóvil» frente a la estatua móvil; pero en ambos—según el decir de mi amigo—se veía la misma manifestación de dinamismo. Ese movimiento impensado y constante, sorpresivo y común, como el de los temblores, tiene un sello criollo inconfundible.

En ninguna parte del mundo las estatuas recorren mayores extensiones y en menos tiempo que en Chile. Hay algunas—recuérdese la del abate Molina—que salen de los límites urbanos. Meses después suele encontrárselas tomando el sol en una plaza de provincia.

En cuanto a los monumentos que permanecen en Santiago, pasan de una cuadra a otra con la

misma facilidad con que recorren el tablero las piezas de ajedrez.

Parece que las autoridades encuentran este juego muy entretenido. Ello es que cada ciudadano, mucho antes de llegar a la Alcaldía, tiene ya pensada su jugada. Algunos se dedican a mover los peones; otros, exclusivamente, los caballos. En este caso se encuentran por el momento los de San Martín y O'Higgins que van a ser colocados frente a frente, jugada que a juicio de los ajedrecistas no puede ser más peligrosa, porque se corre el albur de que uno de los caballos sea comido por el otro.

El público no sabe a punto fijo a qué obedece cada uno de estos movimientos; pero sigue con apasionamiento las incidencias del juego.

Hay, no obstante, un inconveniente. Como las estatuas son algo pesadas, y es preciso levantarlas por medio de roldanas y palancas, las jugadas se demoran más de lo que sería de desear.

Alguien ha propuesto, por eso, la idea de dotar a nuestros monumentos de algunos dispositivos que faciliten su movilización. El ideal, sin duda alguna, sería llegar al «estatuo-carril» o «prócer-camión», movido a carbón o petróleo. El carromato sería más artístico que la aplanadora municipal, y como no le faltaría peso,

bastaría colocarles algunos cilindros para que la reemplazara con ventaja.

El arreglo de las calzadas, pasaría así a ser un espectáculo artístico y cultural y satisfaría al propio tiempo el anhelo de movilización monumental que todos abrigamos.

¡Qué impresionante sería ver cada mañana, el desfile heroico de O'Higgins, San Martín, Carrera, Ercilla, etc., dirigiéndose al trabajo, entre la espesa nube de las barredoras y el heroico redoble de las betoneras!

La movilización de estatuas dejaría de ser un hecho vulgar, para convertirse en una lección de patriotismo y de sentido práctico.

Los padres mostrarían a sus hijos el monumento rodante y dirían:

—¡Ven ustedes? Ese es uno de los padres de la patria: Es O'Higgins. ¡Qué bien arregla el pavimento!

EL PRIMER VUELO

Todos los que vuelan por primera vez relatan sus impresiones.

No hay que darles crédito. Las impresiones de un hombre en tierra firme son completamente distintas a las del mismo ciudadano a dos mil metros de altura.

Lo digo por experiencia. La Compañía de Aviación Comercial tuvo ayer la gentileza de considerarme paquete de correspondencia para los efectos de ir a Valparaíso en aeroplano y cometí la cobardía de aceptar para que no me fueran a creer tímido.

Dos amigos, Coke y Pichiruche, aviadores consumados según ellos, se ofrecieron para acompañarme en mis últimos momentos. Estos tuvieron lugar en el Restaurant Alemán ante un plato de cordero.

¡El símbolo de la resignación y de la manse-
dumbre!

—No te preocupes—decía Pichiruche—; vo-
lar es lo más sencillo. Figúrate estar sentado en
un sillón a un kilómetro de altura, mirando el
panorama... Nada más. Sólo al aterrizar...
se siente una impresión parecida a la bajada del
ascensor de Gath y Chaves.

—No le creas a este bruto—interrumpía
Coke.—Si eso ha sentido, quiere decir que es
un saco de papas, y si no lo ha sentido... tam-
bién es un saco de papas... ¡Qué conjunto de
falsedades! Figúrate estar colgado de una horca,
a diez mil metros de altura sobre un escuadrón
de lanceros—ese es el vuelo—y que te cortan
el cordel—ese es el aterrizaje...

—¡Es claro!—decía Pichiruche—el peligro de
muerte es inminente; pero uno debe sobrepo-
nerse a esos detalles. Lo más desagradable es la
impresión de la familia... y eso no te va a tocar
a tí. En caso de que... En fin, nosotros nos en-
cargaremos de dar la noticia en la mejor forma
posible. Y a propósito, ¿qué retrato quieres que
publiquemos en la necrología?

—Yo tengo un apunte magnífico—agregaba
Coke—. ¿Te acuerdas? Ese en que estás de per-
fil. Además soy muy amigo del gerente de una

empresa de pompas fúnebres. El ataúd te puede salir a precio de costo...

Disertando sobre un tema tan halagador, tomamos un automóvil y llegamos al aeródromo de Macul.

—Te presento al verdugo—dijo Coke.

Estreché la mano del piloto. Alegre, afable, simpático, su aspecto estaba muy lejos de tener nada de alarmante.

Una gorra de cuero, unos anteojos, unos guantes, una chalina morada muy coqueta y tras de un inventario de los fierros, de los cuales no debía aferrarme por ningún motivo, me encontré en la cabina.

El piloto, ya instalado en su puesto, se volvió hacia mí.

—Un dedo en alto significa mil metros; dos, dos mil. ¿Entendido?

El señor Terrazas me amarró gentilmente con una correa.

La amarra produce cierta sensación. Ella recuerda la posibilidad de que el aeroplano pueda darse vuelta; además a los reos se les ata, también, en el banquillo. ¡Qué desagradable!

Entre tanto la cámara cinematográfica de las Actualidades de este diario, me enfocaba con un marcado aspecto de ametralladora.

Ensayé la mejor de mis sonrisas y la más fotogénica de las despedidas...

El aeroplano empezó a correr como un zorro por el pasto.

Luego entendí que volaba.

* * *

Negar que sentí miedo, sería falta de hombría. Hay que tener «el valor moral», como dice Jorge Hübner, de confesar estas debilidades.

Un ruido de auto, de tren, de viento y de campanillas me saturaba a despecho de la gorra, imprimiéndome la misma vibración de los cordeles del piloto, del altímetro y de los anteojos que galopaban sobre mis narices. El estómago—que según parece es el órgano menos adecuado al vuelo—se me quedaba un poco atrás...

El piloto me extendió un papelito. «¿Quiere resar?».

Hice un gesto negativo. ¡Adelante con los faroles!

Volvió la cara y levantó un dedo...

¡Mil metros! No necesitaba que me lo dijeran: el estómago me marcaba 1,500. El altímetro retrasaba horriblemente.

Miré hacia abajo. Las casas, los árboles, los templos, parecían esos pequeños juguetitos de

madera, con sus pinitos de viruta verde, sus granjas en miniatura y sus iglesias de un centímetro que vienen en las «Arcas de Noé» que se regalan a los niños el día de Pascua.

Los cerros eran iguales a los que se fabrican de papel de estrasa para adornar el Nacimiento.

La pequeñez del suelo se traduce en el aumento de la personalidad. Ante la posibilidad de caerse en un paisaje tan diminuto y tan ridículo, la conciencia asume enormes proporciones. Y el estado de ánimo es más para confesarse que para dedicarse al turismo.

¡Caramba! De nuevo el piloto ha comenzado a escribir en un papel. Para eso ha soltado un fierro largo que los técnicos llaman el comando. Me dan ganas de pegarle; pero... pegarle a un hombre que está con el comando...

Por otra parte, no puedo ni gritar. El viento me impone una censura horrible...

Me resigno... Pero ¿qué será esa línea que sube como un diagrama de temblor, a lo alto de ese cerro chico y formidable a la vez?

La misiva del piloto me saca de la duda: «Cuesta de Lo Prado».

¡Y yo que creía haber estado en el aire una semana!

Dos dedos. Dos mil metros de altura.

¡Qué disparate! ¡Por qué encontraré peor

caerme de dos mil metros en vez de mil? Para el caso viene a ser lo mismo; pero no puedo convencerme.

¡Idea genial y salvadora! Me he acordado de que el aire es un medio denso; sin duda alguna es menos denso que el agua, que el aceite, que el asfalto; pero ¡en fin! se puede afirmar en él... ¡Por qué no suponer que voy navegando?... Eso es; voy navegando sobre un mar transparente... Los cerros son los peñascos, musgosos, o las ballenas negruscas e imponentes que se divisan bajo el agua... Voy navegando ¡qué tranquilidad!

Desde ese momento el panorama cambia por completo de aspecto.

¡Qué hermoso es el paisaje! ¡Qué belleza y finura de colores! ¡Qué bien se armoniza el cuadrulado de los campos verdes, con el color siena quemado de los potreros en barbecho!

La Cordillera de la Costa con sus innumerables pliegues parece ocupar todo el territorio. ¡Qué arrugado está el país! Entre las endiduras de los cerros la neblina dibuja lagos azulados, y las cumbres emergen como islotes.

Sobre un picacho café oscuro, se ha quedado prendida una enorme mota de algodón. Es una nube.

Un grupo de pequeños cubos blancos, lanza-

dos al azar como un golpe de dados sobre el tapete verde del valle, interrumpe el aspecto adusto del paisaje. Es un pueblo. Es Casablanca.

A la derecha se divisa la Laguna de Peñuelas. Aun alcanza a distinguirse la línea azul oscura de la cordillera y el mar se extiende a lo lejos, formando un solo fondo con el cielo.

El aeroplano parece no moverse de su sitio. La falta de puntos de referencia impide darse cuenta de su velocidad. Hay que fijarse en los tirantes de las alas y ver cómo van cruzando, por sobre el mapa en relieve que se extiende abajo, para calcular toda la rapidez de ese aeroplano de una inamovilidad tan engañadora como la del Poder Judicial.

¡Y qué agradable es estar alto, fuera del alcance de la ley 4113 y de todas las cosas de la tierra!

El aeroplano empieza a bajar rápidamente... He perdido la noción de los tamaños y no sabría decir si ese renglón de palotes blancos que divide el suelo, es un simple alambrado o una línea de postes de teléfono...

Pero vamos a aterrizar ¡no cabe duda! Me acuerdo de la descripción de Coke y cierro los ojos por lo que «potens contingere».

¡Nada! Apenas un ligero balanceo. Pichiruche

tenía la razón: ¡Poco más que el ascensor de Gath y Chaves!

Estamos en Valparaíso; enciendo la pipa con gesto heroico y me paseo.

¡Volar es un encanto! ¿Cómo puede haber gente tan pusilámide que sienta alguna emoción al elevarse en aeroplano?

Estrecho entusiasmado la mano del piloto.

Al emprender de nuevo el «decollage», no me asalta como antes la preocupación de que el aeroplano se eleve. Ahora, el único temor es de que siga corriendo indefinidamente por el suelo y vaya a estrellarse como un Ford vulgar contra los árboles que limitan el paisaje... Pero me acuerdo que voy en aeroplano y siento una gran tranquilidad.

CAJA DE FOMENTO MATRIMONIAL

Es evidente que los recién nacidos tienen mucho ojo. De otra manera no se explica que más de la mitad, junto con echar una mirada a esta tierra, tome el boleto de regreso.

Los hombres graves ponen el grito en el cielo y buscan mil razones para explicarse la mortalidad infantil; la falta de higiene, los microbios, la leche en malas condiciones, etc. etc.

En el fondo, todas las causas se reducen a una sola: la pobreza. ¡La eterna cuestión económica!

Los chicos en el otro mundo deben sonreírse. Desde que están en el secreto de que ninguno de ellos trae, como en otros tiempos, la marraqueta bajo el brazo, optan sencillamente por volverse. Los más listos ni siquiera se asoman a este mundo. Se quedan, reclinados con displicencia en una nube, leyendo las exposiciones halagüeñas y los editoriales optimistas que prometen para

un futuro próximo, el resurgimiento financiero del país. Así es como la natalidad en vez de aumentar decrece. Los niños que no nacen, se ríen a mandíbula batiente de los que, a los pocos días de nacer, regresan cabizbajos y mohinos después de su triste ensayo.

Entre tanto, aquí en la tierra hay un hombre razonable, que se ha preocupado del problema demográfico y que me ha enviado una carta.

El señor Valle del Río, así firma el autor de la misiva, ve en la disminución de la población un asunto de carácter económico, al cual se agrega una gran falta de organización y propone algunas medidas eficaces.

Desde luego, insinúa la creación de una «Caja de Fomento Matrimonial de Chile», que tendría por objeto estimular el matrimonio y facilitar a los cónyuges los medios de afrontar sus peligrosas consecuencias.

Es realmente absurdo—dice—que exista una Caja de Crédito Minero para favorecer al que se lanza en aventuras de éxito más inseguro que el matrimonio y que haya una Caja de Crédito Agrario para prestar dinero sobre animales y no sobre seres humanos como son los niños. Si la población es el primer factor de la riqueza pública, lo natural sería que, previa una cubicación prolija de la esposa, se dieran al marido fa-

cilidades para hacerla productiva, y, en caso de que el matrimonio tenga ya algunos hijos, que haya una institución capaz de conceder préstamos sobre ellos. No sería necesario, en este caso, exigir el depósito de los niños en almacenes especiales, como se hace con el trigo, ni tampoco marcarlos como los vacunos para evitar que su poseedor los liquide a hurtadillas de la Caja.

No hay posibilidad de que ningún padre pueda enajenar a un hijo, ni mucho menos de que encuentre quien lo adquiera.

A estas medidas de carácter financiero habría que agregar otras que tendieran a organizar y estimular los matrimonios.

Nótese que se habla de organización y no de reorganización. Esta última sería de funestos resultados. Los cambios de personal, por muy acertados que sean, son fatales para el matrimonio; pero, con sus propios elementos, es posible obtener mayores resultados.

Desde luego debe evitarse que los cónyuges concurren a paseos diferentes o cultive cada cual una ciencia o arte que le sirva de distracción o esparcimiento. Es un hecho demostrado que el aburrimiento o la falta de entretenimientos favorece enormemente el desarrollo de la natalidad.

Sobre este punto hay que establecer una fis-

calización severa, para lo cual podría crearse una Inspección de Matrimonios.

Los padrinos mismos no deben contentarse con un papel meramente decorativo. Su acción ha de continuar. Velarán por el cumplimiento de los deberes de los casados, suplirán a la medida de sus fuerzas las deficiencias que notaren y darán cuenta de las faltas a la Inspección de Matrimonios y de los auxilios pecuniarios que estimen de rigor.

Estas son, en pocas palabras, las ideas que me sugiere, en su carta, el señor Valle del Río. Por mi parte, las considero razonables y las doy a la publicidad con la esperanza de que ellas encuentren la acogida que merecen.

SIN NOSOTROS

Ayer al llegar a mi oficina, me encontré con una noticia alarmante.

—«El Diario» se ha vendido al Gobierno.

—¿Con todos nosotros?

—No; no. El edificio solamente. Es una buena operación financiera. «El Diario» quedará mejor instalado que antes, etc., etc.

Respiré; mi gran temor era que la venta hubiera sido «ad corpus», con sus muebles, enseres y animales y que los redactores hubiéramos pasado sin saberlo a poder del Gobierno. ¡Se han visto tantos casos parecidos!

Además me resultaba profundamente vejatorio verme en el inventario, avaluado en una suma acaso insignificante. Los periodistas vamos cada día menos; guardamos, por lo general, un silencio resignado de victrola descompuesta o de máquina de escribir fuera de uso y con

la tapa cerrada con llave; pero siempre es bien doloroso aparecer en la lista de artefactos vendidos en un precio irrisorio:

Un escritorio ministro-nuevo	\$ 600.—
Una caja de fondos, sin chapa	90.—
Una máquina de escribir, con varios tornillos de menos (no escribe)..	200.—
Un periodista, sin chapa ni tornillos (tampoco escribe).....	15.—

En este último rubro me veía yo de cuerpo entero. Las máquinas de escribir dejan de hacerlo cuando están absolutamente inútiles; pero nosotros los periodistas llamamos un poco antes, es decir, cuando nos convencemos de nuestra inutilidad.

En esto nos diferenciamos de los diputados y de los gramófonos que, con laudable propósito, siguen dando algunos chirridos, aunque estén casi afónicos y en peligro de que el dueño los bote de la casa o los liquide a cualquier precio. Para una victrola, aunque esté descompuesta, hay siempre interesados; pero ¿quién puede interesarse por un periodista que ha perdido el uso de la palabra?

Los periodistas vivimos del interés como los

usureros ¡y vaya uno a escribir algo interesante en estos tiempos!

Los fabricantes de rumores nos hacen una competencia insoportable. Ellos son los únicos que mantienen el monopolio de las noticias sensacionales, del chiste oportuno, de la crítica acerada. Por eso, aunque me esté mal el decirlo, siento un placer malévolo y egoísta cuando la autoridad los persigue.

¡Qué diablo! La prensa es la primera víctima de los rumores; la gente se ha acostumbrado a ellos y bosteza cuando nosotros le espetamos un interesante artículo sobre la situación política en el Portugal, el déficit del presupuesto persa u otro tema apasionante de los que registra el cable.

Y no hay nada que quite más los deseos de escribir que esto de hacerlo con el único objeto de llenar cierto número de carillas. No sé qué empeño tienen los directores de los diarios en presentarlos llenos de palabras anodinas. A mi juicio eso equivale simplemente a ensuciar el papel con tinta de imprenta. Mil veces preferible sería dejarlo en blanco y colocar pequeñas anotaciones: «Aquí debía ir un artículo de Fulano sobre tal materia». «En este sitio, otro de Zutano acerca de tal otra», etc.

Se evitaría a los redactores un trabajo estéril y un esfuerzo inútil al público.

Cuando pienso en estas cosas, llego a considerar que ha sido un verdadero optimismo creer que alguien se interesara por comprarnos.

VOTACION APASIONANTE

A falta de otras votaciones de interés más general, hay que contentarse, por ahora, con la del Club de la Unión. ¡Y vaya que es apasionante!

Se trata de un asunto gravísimo. Se discute nada menos que si la cantina debe abandonar su actual ubicación para ocupar el lugar de los billares.

Arriba, en la amplia sala destinada al noble ejercicio de las carambolas, los caballeros graves y adustos resisten, afirmados en sus tacos de billar, el avance de la turbulenta juventud de la cantina.

Alguien ha dicho que la lucha está trabada entre caramboleros y caramboleados.

La batalla es emocionante, ¿quién triunfará en ella?

Yo no puedo negar que siento una profunda

simpatía por los de la cantina. Ese grupo de socios, que vive de copa en copa como los pintados pajarillos, encarna la escasísima alegría de nuestra raza. Es una alegría falsa, bien lo sé. Apenas alcanza a ser un subproducto del alcohol; pero—¡perdóneme el doctor Fernández Peña—¡es tan higiénico ver reírse a alguien!

¿Qué se saca con amargarse la existencia ante las «cuestiones serias»?

Yo admiro la profunda filosofía de esos hombres que pasan horas enteras discutiendo las peripecias de una partida de dados o el sabor de un «whisky-sower». ¡Qué entusiasmo, qué apasionamiento, qué generosidad! No parece sino que, huyendo del alcohol, el último jirón de la raza española con su verbosidad y su quijotería, sale a la superficie y se sobrepone a la tristeza indígena.

¡Y cuánta elocuencia y fuerza de convicción se gasta en la cantina! Anteayer, antes del cuarto «gin-cocktail», uno de los «habitués», me convenció de que debía ir a votar en contra de mi padre que, a esas horas, jugaba una partida de billar en el terreno disputado.

Diez minutos más, o para hablar en términos precisos, tres nuevos «gin-cocktails» y llego al parricidio. Habría sido un acto monstruoso, aún prescindiendo del espíritu de familia y de

todo sentimiento humanitario. Al fin y al cabo los caballeros del billar no tienen otro entretenimiento que hacer una billa o una carambola y sería el colmo privarlos de ese gusto y despojarlos de su salón tradicional.

Confieso que esta objeción no se la hice a mi amigo en la cantina. Me contenté con observarle que acaso no conviniera innovar, llevando el bar del subterráneo a los altos, porque la escalera de mármol podía ser peligrosísima en ciertas circunstancias...

—Es más difícil subir una escalera que bajarla—me contestó con decisión.

Habría sido inútil que, en semejante circunstancias, le hubiera hecho notar que la innovación patrocinada por él, representaba un gasto mínimo de trescientos mil pesos, que ella se traduciría en nuevas cuotas, etc., etc.

Las observaciones de carácter económico sueñan con el acento austero y previsor de los billares, y caen muy mal en la cantina. Rebotan como en una baranda.

Por otra parte, los alegatos en favor del cambio de ubicación de la cantina, se basan en el calor. Según los reformistas, el ambiente del subterráneo en los días de verano es algo intolerable. A los dos whiskys, la temperatura sube a cifras increíbles, se transpira a chorros...

En la cantina ese argumento me convenció; pero ahora, frente a mi escritorio, en mangas de camisa, pienso de un modo diametralmente opuesto.

Se transpira sin duda, en la cantina, ¿pero qué mal hay en ello? Ninguno. Por el contrario; es una forma de eliminación que no puede ser más saludable. En este punto, toda la facultad de medicina está de acuerdo.

Los que duden de ello, pueden consultarlo esta tarde con cualesquiera de los facultativos, incluso los que asisten diariamente a la cantina.

Por otra parte, si transpiran los socios del billar, ¿no es lógico que transpiren también los de la cantina?

En esta vida no sólo el pan hay que ganarlo con el sudor de la frente, sino hasta el aperitivo.

Es más humano, por no decir más bíblico.

Recordemos que, a pesar de los esfuerzos de la moda femenina por demostrarnos lo contrario, no estamos precisamente en el paraíso terrenal.

Diciembre de 1927.

CHINOS Y TRIGO

Los problemas alimenticios son muy desagradables, pero tienen la ventaja de ofrecer soluciones imprevistas.

Ahí está, por ejemplo, ese recurso ingeniosísimo de bajar el precio del pan para conjurar la crisis del trigo.

A uno que es lego en la materia, le parece que cuanto más barato vendan las panaderías su producto, menos precio pagarán por la harina a los molinos, y éstos, a su vez, harán ofertas menos tentadoras por el trigo.

Pero, según parece, en la práctica sucede todo lo contrario: mientras más baja el pan, más sube el trigo; y mientras mayor es la oferta del primero más aumenta la demanda del segundo.

Es raro; pero es así. Por lo demás, en materia de «secretos de la naturaleza» no hay que asombrarse de nada: Un anillo de cobre en la muñeca puede curar del reumatismo y una cucharada de viento sur, tomada en ayunas y con fe, es remedio infalible contra el hambre.

El chuncho canta
y el indio muere,
no será cierto;
pero sucede.

Lo que realmente saca de paciencia es leer los cablegramas de la China. En tanto que nuestros agricultores no hallan que hacer con sus cereales, en la provincia de Shangay hay dos millones de chinos muertos de hambre. ¡Dos millones!

El excedente de nuestra cosecha es también, según se cuenta, de dos millones de quintales. Un quintal por chino y ellos se salvarían de la muerte y nosotros de la ruina.

Bien podría la gran república mongólica hacer un pequeño desembolso en obsequio de sus súbditos. Por poco que estime la vida de cada uno de ellos siempre valdría más que los 32 pesos que cuestan los cien kilos de trigo.

Los mismos afectados, a pesar de su apremiante situación, se cotizan en bastante más dinero: Un telegrama de Shangay dice que, en vista de la hambruna, «muchas familias venden a sus hijos hasta por 20 dólares».

Si ellos pagan 160 pesos por un chino chico, resulta negocio claro para el gobierno de Pekín pagar 32 pesos por un chino grande.

Ni siquiera se necesita disponer de dinero constante y sonante para la operación. En caso que el gobierno de Pekín no dispusiera de la suma necesaria, se podrían estudiar otras formas de negocios, por ejemplo, el intercambio de chinos por cereales.

En el fondo la crisis porque atraviesan China y Chile son de igual naturaleza y obedecen a causas parecidas. En Chile hay un exceso de producción y en China un exceso de reproducción. A nosotros nos sobran consumos y a ellos consumidores.

El intercambio está indicado; por lo demás, ningún agricultor se negaría a recibir un chino por quintal, pues es más fácil en la actualidad deshacerse de un tipo exótico que de un saco de trigo. Además el chino puede trabajar, y el saco, no. Con el chino, no hay que gastar en bodegaje, ni corre el peligro de que se agorroje: en cambio, con el trigo no sucede lo mismo.

Bien está ensayar la solución del problema triguero por medio de la baja del pan; pero no está demás intentar algún negocio con la China: O ellos nos mandan consumidores o nosotros le enviamos consumos.

En todo caso, la idea queda lanzada.

Abril de 1930.

RECUERDOS DE UN ESTRENO

No deben olvidar los autores y los cómicos, que es más honroso el fracaso de una obra fina, que el fugaz éxito de una astracanada.

DANIEL DE LA VEGA.

El comentario de Daniel de la Vega sobre la compañía César Sánchez, ha venido con un ligero golpe de nudillos a despertarme la conciencia que dormía a pierna suelta.

De repente me he acordado de que yo también he sido autor teatral... y de los peores del país.

Hace de esto tanto tiempo, que seguramente los espectadores que entonces iban a pifiarme por la módica suma de tres pesos, estarán a estas horas bajo tierra, o por lo menos jubilados; pero el recuerdo de esa calamidad nacional que

fué «El cuarto poder» se conserva todavía en los círculos teatrales, como la memoria del cólera o del terremoto de Valparaíso. Es una forma de celebridad.

Hará cosa de tres años, un diario vespertino hizo una encuesta preguntando cuál era la peor obra nacional—todavía no se estrenaba «Cabeza de Ratón» de Víctor Domingo Silva—y Roberto Aldunate, sobreviviente de «mi obrita», se apresuró a contestar, a pesar de nuestras buenas relaciones: «El Cuarto Poder».

Bueno; algunos años después—todo progresa—Víctor Domingo Silva vino a arrebatarme el record o, mejor dicho, nuestro record, porque el «Cuarto Poder», fué escrito en complicidad con Hipólito Tartarín y Nathanael Yáñez.

El principal culpable fué Tartarín. Una noche en que frente a un bock de cerveza hablábamos de cuestiones financieras, me convenció de que el mejor medio de salir de apuros era escribir «una obra nacional». El no había escrito nunca nada de ese género; pero estaba dispuesto a ayudarme... aunque no cobrara derecho de autor: Formaba parte de la compañía una segunda o cuarta tiple de ojos negros que, a juzgar por la descripción de Tartarín, era una especie de princesa encantada, inaccesible para los mortales que no podían entrar a bastidores. Por otra par-

te, una revista nacional, la escribe cualquiera. La letra es lo de menos. Todo depende de la música, y ésta se elige libremente entre aquella que ha tenido mayor éxito. En dos palabras, el problema se reducía a buscar a un amigo con aptitudes musicales y sin concepto claro de la propiedad artística—los músicos son altruístas y no cobran—que eligiera los trozos de la partitura.

Esa misma noche, Tartarín, que por estar empleado en el Sindicato Howard era una eminencia en dactilografía, se sentó frente a la máquina:

—¿Y el tema?

—Eso importa poco. Escribamos un asunto periodístico. Un redactor se enamora de una niña que tiene un padre terrible. El suegro exige a su futuro yerno que escriba un editorial en un sentido; el Director quiere que lo escriba en otro, ¡qué sé yo! Verás tú cómo resulta. Poseiónate del papel de suegro y comienza el diálogo; yo soy el protagonista y te contesto. A ver... espérate un momento para describir la escena: Una sala de redacción, mesa con periódicos, don Severo entra por el foro.

—¿Qué cosa es el foro?

—No me interrumpas. Después le preguntamos eso a Yáñez Silva. «Don Severo, entrando.»

—Parece párrafo de hípica.

—Déjate de comentarios: Díctame lo que dice don Severo al ver al Director.

—Claro es que dice: —«Buenas noches».

—Perfectamente. ¿Ves como va saliendo la obra?

En realidad, el primer acto salió casi por completo aquella noche y con más o menos igual facilidad se escribieron el segundo y el tercero; pero al leerlo—¡oh, desilusión!—notamos que faltaba en absoluto la nota sentimental y un padrino que convenciera al Director de la Compañía respecto a la conveniencia del estreno.

La víctima elegida fué naturalmente un amigo. Con el libreto bajo el brazo, nos encaminamos donde Yáñez Silva y sin prestar oído a sus naturales protestas le leímos la fácil producción:

—¿Que le parece la obra?

Nathanael que bajo la indumentaria irreprochable abriga un corazón generoso, nos respondió mirando al techo:

—Sse... simpatiquilla, compañeros.

—¿Podría hacerle usted algunos retoques?

—Convendría hacerle algunas escenitas...

—¡Hágale usted lo que quiera!—exclamamos a coro los autores, y en el colmo del entusiasmo le ofrecimos la mitad de los derechos.

—A mí me guía solamente una cuestión senti-

mental—alcanzó a decirle Tartarín—. Esa chiquilla de ojos negros, con cara de favorita de las Mil y una Noches...

—Sse... pierde el tiempo, compañero... sse... es... la sse... novia...

—¿La Zenobia?

—La sse... novia de un señor sse... Bozo...

Tartarín se puso muy pálido y, al salir, me dijo que entre los dos debíamos arreglarnos en forma equitativa, porque él no podía sacrificar la mitad de sus derechos.

El negocio se descomponía—¡qué diablos!—pero aún quedaba la expectativa de la gloria. A contar por el número de palmaditas afectuosas, Pilsener y felicitaciones por su ecuanimidad y preparación, derrochados sin reparar en gasto entre los críticos, la opinión de la prensa debía sernos francamente favorable y el éxito estaba de antemano asegurado. Mas, no contábamos con la huésped.

La víspera del estreno, mi viejo amigo Díaz Meza, que aún no se dedicaba a las tradiciones coloniales que tan merecidos triunfos debían darle andando el tiempo, me llamó aparte con aire compungido y, detrás de un bastidor, me dejó caer en el oído con una crueldad digna de los Borgia, estas gotas de veneno:

—Yo estoy mal con Yáñez Silva... Me ha

atacado sistemáticamente todas mis producciones. La obrita de ustedes es bastante mala; pero tú y Tartarín son principiantes y puedo disculparlos... Ahora... si firma Yáñez Silva, me colocan en un disparadero... Tendré que juzgar la obra con severidad y... entonces...

Con una altivez digna de los conquistadores que pinta el propio Díaz Meza, le respondí que Yáñez firmaría la obra y que la crítica teatral no se nos daba un bledo. El público, el gran público, sabría apreciar nuestro trabajo. Tartarín fué también de mi opinión, contrajo la mandíbula con gesto de boxeador y se palpó orgullosamente los biceps que, en calidad de periodistas de oposición, cultivábamos pacientemente donde Pellegrini.

Al día siguiente, el público pronunció su veredicto con un elocuente coro de silbidos.

Tras los bastidores y en presencia de la Zenobia del señor sebozo, encontré a Tartarín, resuelto y firme como el boxeador que acaba de entrar al ring. Me afirmé en él para desmayarme.

—¿No te lo decía yo? Esto es un disparate. Como siga esta rechifla, y vengan los papazos y los coliflores, tendremos que instalar un puesto de verdura.

Tartarín me miró casi con desprecio:

—V́ctor Hugo tambín fracasó—me dijo—. Mañana haremos un escarmiento.

En realidad el día siguiente tuvimos que dedicarlo al box y a las injurias. La crítica era totalmente adversa. Tartarín tuvo que hacer un enorme esfuerzo muscular para dulcificarla.

Pero, como el público ama el escándalo, fué con mayor brío a la representación. Iba a piñar, ¡qué importaba!, pero la obra daba dinero y se mantuvo en el cartel como si hubiera sido buena.

Enero de 1929.

¿A QUIEN SUPRIMIR?

Se habla de hacer economías, de disminuir la planta de empleados.

Un escalofrío de terror para por el personal desde el subsecretario hasta el portero, mientras el jefe revisa por centésima vez la nómina de funcionarios, preguntándose:

—¿A quién dejar cesante?

Hay en todas las reparticiones administrativas, uno que está de sobra.

Es, generalmente, joven, negro, macizo y anda siempre en la calle, con gran alboroto y casi de carrera. Por desgracia, este alarde de actividad es exclusivamente callejero; no hay recuerdo de que alguien le haya visto sentado ante una máquina de escribir o una hoja de papel de oficio.

Goza de una renta mínima de doce mil pesos anuales y se jacta de valer un capital. Los em-

pleados le critican por inútil. Según ellos, no hace más que meter bulla, o echar humo con la insolencia de un fumador empedernido.

Su apellido inglés o norteamericano, que evoca el progreso industrial, los millones, las grandes usinas, le da un prestigio inmerecido. Su sola presencia produce una ilusión de riqueza y bienestar, en los que ignoran que es incapaz de producir un centavo y que hay que mantenerlo.

El sabe las envidias que provoca y de ahí su indiferencia despectiva ante los hombres, su tendencia natural a atropellar a todo el mundo.

Está seguro de que será el último en quedar cesante y no teme a los ataques de la prensa: Conrado Ríos le atacó más de una vez, mientras era periodista; pero se reconcilió con él, cuando, siendo Ministro, tuvo ocasión de conocerlo más de cerca.

Tiene la más profunda convicción de que no hay nadie capaz de resistir a sus halagos; y, por eso, bien poco le importan las economías que la necesidad de contrarrestar los avances de la crisis mundial, como ahora se dice, obligue a introducir en la administración. Sigue faltando a la oficina, correteando por las calles, metiendo bulla y atropellando a quien le sale al paso.

Pero ¿cómo a un ser así se le tolera en un medio burocrático? ¿De qué privilegios goza para

estar tan seguro de no perder su puesto, cuando las economías obligan a echar a la calle a modestos empleados que significan para el Fisco un desembolso harto menor?

¡Ah! Es difícil contestar a estas preguntas. Quizás haya de por medio una razón de índole sentimental. ¡Es tan simpático, tan agradable! El jefe reconoce su inutilidad; comprende que en la oficina no sirve para nada; pero... ¿cómo va a decírselo? Es tan amigo de la casa; la familia entera lo aprecia; sale con la señora y las niñas, las acompaña a todas partes y les da tanto lustre en sociedad.

Todas las muchachas le adoran. Desde lejos, se le advierte con sus gruesos lentes, su aire dinámico, su paso de triunfador. Al mirarlo, los propósitos del jefe, resuelto a sacrificarlo antes que a cualquier otro empleado, ceden y vacilan. ¡Mil veces preferible es que el inútil siga su eterno callejeo y que todos los demás queden cesantes!

—Pero ¿quién es él?

—¡Ah! ¿No lo había adivinado usted? Se lo voy a decir muy en reserva: El automóvil.

Mayo de 1930.

DON LUCAS Y EL BARRIO CIVICO

Es terrible este don Lucas, profesor y pasante, historiador y filósofo que asegura desde lo alto de un chaqué anacrónico: «La humanidad no ha cambiado, desde los tiempos más remotos. El hombre es siempre el mismo. La historia se repite».

—Pero, don Lucas, si la historia se repite ¿para qué enseña usted por separado la de los pueblos orientales, la de Grecia y Roma, la de la Edad Media y la Moderna?

—Para que se vea la repetición.

La frase de Kempis, «todo es uno y lo mismo» pasa como un soplo helado por entre los dos largos incisivos que quedan a don Lucas y todo el vasto panorama histórico parece igualarse y desaparecer bajo una capa monótona de nieve.

Ya no existe diferencia entre el hombre de las cavernas y el soldado que se ocultaba en

las trincheras durante la Gran Guerra; entre el dolmen y el rascacielo monolítico; entre el primer tanteo artístico que garabateó los renos y los mastodontes en la gruta de Altamira y las superproducciones del arte de vanguardia. Despreciables diferencias de tamaño, de procedimiento o de época. En el fondo y «todo es uno y lo mismo».

Caín, Nabucodonosor, Sesostris, Nerón, Iván el Terrible y Lenin se ven iguales bajo la blancura de la misma escarcha. Monigotes que en un momento hicieron la apología de la fuerza con una quijada de asno, un alfanje o una ametralladora, como hoy la ilustran con su pluma los partidarios de los gobiernos fuertes. Don Lucas pasa por sobre la historia como un tanque aplanándolo todo.

Ayer, al dirigirme a mi oficina, lo encontré frente a la Intendencia, mirando por sobre los anteojos en forma de casco de naranja, el cuadrilátero de la Moneda.

—Aquí se alzaré pronto el «Barrio Cívico» me dijo.

—No me negará usted que es un progreso urbano.

—En la historia no hay progresos—observó—hay regresiones solamente: Repeticiones, si Ud. quiere usar una palabra más parlamentaria.

—¡Oh!, don Lucas usted parece tener los ojos vueltos hacia atrás: Tan sólo mira el pasado. Piense en el futuro. Imagínese esta plaza e imagínese usted la otra que va a abrirse en la Alameda, tal cual serán en algunos años más. La Moneda, la Intendencia, el Ministerio de Hacienda, la Tesorería, la Caja de Ahorros, el Club Militar, las oficinas públicas,—el Ejecutivo, el Presupuesto, el Ejército, la economía privada, todas las fuerzas del país reconcentradas en un solo bloque. Un comprimido de autoridad y riqueza. El Barrio Cívico, engastado en soberbios edificios será la concreción del progreso del país.

Don Lucas me miró tristemente.

—¡Ya ve usted lo que son las pupilas habituadas a mirar siempre el pretérito! Usted contempla el futuro; se lo imagina vivo y rutilante como una cosa nueva, recién salida de la fábrica. Yo, en cambio, en este mismo instante pensaba en la Edad Media. ¡Me imaginaba el gran castillo, surgiendo como un gigante, por sobre la ciudad chata y humilde de los siervos y de los pecheros que elevaron piedra a piedra el edificio! ¡Cuánto esfuerzo anónimo, cuánto sacrificio en que nadie reparó, representa la ciudadela del Señor!

Sin embargo, acaso al aumentarles el tributo,

los pecheros casi no pusieron mientes en su peso. ¡Con qué orgullo verían esa torre que compendia en un solo palacio todas las mejoras insignificantes que hubieran podido introducir en sus tugurios! ¡Con qué satisfacción las mujeres escuálidas y los niños enclenques saludarían a la robusta mesnada y a los gordos servidores que se paseaban junto a las almenas!

En la aldea vecina, los siervos llevaban vida más holgada, claro está, sus casas eran mejores; pero no tenían castillo; eran unos infelices. Sólo que los que así pensaban, no contaron para nada con la acción del tiempo. Ahora no queda en pie más que la torre. Se yergue altiva y sola como un águila. Las casitas blancas, que de lejos semejaban una bandada de palomas posada al pie del picacho, han desaparecido.

Diríase que el águila se ha ido comiendo, una tras otra, las palomas. Desde la aldea próxima que no tenía castillo, pero que ahora es gran ciudad, los turistas suelen venir a ver las ruinas y hasta sonríen con lástima de los hombres que levantaron esa torre inútil: —«¡Pobres siervos! Deben haber echado el quilo y como no podían protestar...» ¡Profundo error, amigo mío! Los pecheros de entonces estaban encantados con su torre. La humanidad no cambia «Todo es uno y lo mismo».

Abandoné a aquel hombre escéptico con la mirada miope clavada en la Edad Media.

Yo tengo ojos optimistas y, frente a mí, la Plazuela de la Moneda, con sus viejas casas me parecía tan anacrónica y gastada como el chaqué de mi interlocutor. Me la imaginaba, como en el futuro, grande, inmensa, encuadrada en hermosos edificios y repleta de automóviles. Ni siquiera me acordaba de que, además de optimista, soy contribuyente.

Eché atrás los hombros, saqué el pecho, y atravesé la plazuela con paso decidido.

—¡Qué satisfacción sentía al ir transitando por el Barrio Cívico!

LA PIEL A PLAZO

Sudoroso, a pleno sol, echando maldiciones a los parques ingleses y a las ventas a plazo, divisé a mi amigo Elgueta en la Alameda. Al verme estiró el pescuezo como el camello que olfatea en el desierto la humedad alentadora de un oasis y atravesó la calzada.

Sus piernas flacas se alargaban como patas de mosca en el «tanglefoot» de asfalto. Un automóvil estuvo a punto de cogerlo.

Pegado en el alquitrán, Elgueta, con los puños en alto, apostrofaba al vehículo:

—¡Canalla! ¡Asesino! ¡Vendido a plazo!

Por fin logró desprenderse del asfalto y llegar hasta la acera, Me abrazó. Esta manifestación de aprecio que, sólo por equivocación, Elgueta suele tributar a los varones, me hizo comprender que estaba realmente emocionado.

—¡Mira—me dijo—mira como estoy...! ¿Ves esta ropa?

—Sí—le dije—bien cortada; pero tal vez un poco gruesa para la época.

—¡De invierno! De riguroso invierno. Con forro de franela... Es un tormento chino.

—Pero ¿cómo andas con eso?

—¡Sudando!—me respondió—. Y tendré que pasar así todo el verano. No podré comprar un terno más delgado hasta dentro de dos años.

En realidad el pobre Elgueta, vestido con ese paño frisudo, más jorobado que nunca, y acezando, más que un hombre, parecía un camello. Hasta llegué a pensar que la reorganización le hubiera alcanzado.

—¿Estás cesante?

—¡Peor que eso!—suspiró. Soy una víctima del amor y del abrigo. El amor ha terminado, pero subsiste el abrigo. Esta ropa que tú ves no es nada; lo que más me pesa es un paletó de pieles... ¡Ese es el que me agobia!

—Pero no lo llevas puesto...

—¡Ojalá lo llevara!

Y Elgueta me refirió su triste historia. El es un hombre enamorado y generoso: dos desgracias que pocas veces andan juntas. Una amiga muy simpática se entusiasmó en Junio pasado con una capa de topo. Era fácil de comprarla.

Sólo 300 pesos al contado. El resto en 24 letras de a \$ 200.

—¡Bárbaro! ¡Dos años pagando letras!

—Sí... cierto... pero como ella me juraba amor eterno...

—Es mucho plazo.

—Ahora yo también digo lo mismo. Desgraciadamente entonces no raciocinaba así. ¿Qué son dos años para una eternidad?, pensé, y firmé las letras. No alcanzaron a protestarme la segunda y ya la ingrata había huído con la capa...

—Es el caso contrario al de José...

—No te burles... ni menos la compares con José. El no se llevó la capa. Compárala, si tú quieres, con la mujer de Putifar que se quedó con un abrigo ajeno; pero a lo menos el otro no era de topo ni estaba comprado a plazo... El peletero me cobra a mí la piel.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—¿Qué voy a hacer? Pagar las letras. Antes me las dejaba protestar con la esperanza de que «ella» cuando estuviera más enamorada se resignara a devolver la capa; pero ahora ¡échale un galgo!, anda con Pérez.

—¿Y quién es Pérez?

—Un animal más bruto que el topo; un primo

de ella, el que me convenció que debía comprar la piel a plazo.

Elgueta permaneció un momento con los ojos fijos en el suelo; después sacó el pañuelo y se enjugó la frente.

—¡Ah! ¡Tú no conoces el tormento de pagar una piel en verano! En invierno, uno también siente frío y el romanticismo lo mantiene. ¡Pobrecita—pensaba—por ingrata que sea, al ponerse el abrigo se acordará de mí, y en ese instante le será infiel a Pérez siquiera de pensamiento! Mas, hoy que ya no se la pone, hoy que tal vez la capa ha comenzado a apolillarse y es, por lo tanto, para ella un objeto de preocupación y de disgusto, ni aun tengo esa migaja de cariño... Y esto, si es que Pérez no ha empeñado o vendido la funesta prenda. El 30 del mes pasado, vi donde el peletero una capa de topo, ¡hubiera jurado que era la misma! Acaso el infame comerciante ha vuelto a recuperarla a vil precio; y yo sigo pagando cada treinta días... Bien está el remordimiento; pero no un remordimiento con protestas...

De pronto Elgueta miró el reloj de San Francisco.

—¡Caramba! Las doce en punto... y hoy me toca vencimiento. Tengo que irme al Banco de carrera.

Y lo vi deslizarse como una sombra sobre la plancha candente del asfalto.

Hay remordimientos que se diluyen en lágrimas; pero éste del pobre Elgueta se liquidaba en un sudor a chorros.

EL PESIMISTA CONTENTO

Hay el prejuicio de que el pesimismo lleva a la tristeza y de que sus adeptos gozan de menos alegrías que el resto de los individuos.

Profundo error: El pesimista ve, sin duda, todo negro y anuncia calamidades a destajo; pero, al propio tiempo experimenta una íntima satisfacción cuando ellas se realizan. Y como en el mundo las desgracias se presentan con más frecuencia que las dichas, el pesimista tiene un amplio y fecundo campo de felicidad.

Las tristezas, los fracasos, las desilusiones que tanto abaten a los optimistas, son para él accidentes con los cuales contaba de antemano y que le proporcionan el agrado de confirmar sus predicciones. Cada esperanza que se apaga brinda al pesimista el mismo goce intelectual, que el eclipse de un astro al sabio que lo ha anunciado.

En esta actitud de espíritu, sus propias desdichas son causa de alegría.

Todas estas reflexiones, que no sé si son amargas, me asaltaron ayer al encontrarme con mi amigo Aliro Peña—el «Chuncho» Peña, como lo llamamos en la intimidad—riéndose descaradamente frente a la Bolsa de Comercio.

—¿De qué te ríes?—le dije.

—¡No voy a reírme—me contestó—al mirar este cementerio de acciones! ¡Lo que yo venía prediciendo! No hay un negocio que ande regular. La acción de la Bolsa, que antes valía trescientos mil pesos, está ahora a treinta y seis mil, y las demás, por el estilo!

—Tú no tienes corazón.

—Pero tengo cabeza: Hace tiempo, antes de que perdiera aquí hasta el modo de andar, se lo venía pronosticando a los amigos: Las sociedades se van a ir a la ruina: La industria no da para sustos... Esto se tiene que desmoronar. Ya ves tú como está la minería.

—Pero el país no es sólo minero...

—No, es también agrícola... y a propósito, ¿has visto a algún comprador de cereales? Tengo un pequeño fundito: me interesaría que alguien comprara algo. No tanto por interés del dinero, créemelo—estoy arruinado y afortunadamente mis fracasos sólo afectan por el mo-

mento a los acreedores—pero por curiosidad: Tengo el capricho de ver un comprador.

—Estás de un pesimismo insoportable.

—Es que acabo de hallarme con un salitrero. Hay un millón y medio de toneladas que no pueden encontrar colocación. Como se ha puesto ya amarillo de viejo, parece que los compradores lo toman por cebada y no quieren ni mirarlo...

—Hombre, digas lo que quieras, el país progresa: Mira esos edificios, esas calles magníficas, esos caminos de concreto...

—Sí: ya alguien lo ha dicho: El país se va al demonio, pero por muy buenos caminos.

—Cállate. ¡Qué afán de criticarlo todo!

—Si no lo critico; por el contrario, me alegro. Si hemos de quedar en la calle, es preferible que las calles sean buenas. Por lo demás, me pienso meter a empleado público y ya me verás en uno de esos rascacielos. Es la única manera de estar bien alojado y tener una renta razonable. Y, a propósito, ¿me puedes prestar unos cincuenta pesos? Es para el pago de la contribución; como este mes hay que empezar a llenar los formularios... y sería tan feo declarar así de buenas a primeras que ya no tengo renta. Creo que hay que irse poco a poco para no alarmar a la Dirección de Impuestos. Pueden disminuir servi-

cios, y yo necesito emplearme... Tú eres optimista, ¿verdad? Préstame cincuenta pesos. En cuanto mejore la situación te los devuelvo.

—Yo soy optimista, ¡claro está!, pero desgraciadamente no todos los optimistas tenemos cincuenta pesos... Por eso, precisamente, somos optimistas y esperamos días mejores. Si no fuera por esa esperanza, ¿qué sería de nosotros?

—Excusas, simples excusas! Si fueras optimista de verdad, ya me habrías prestado ese dinero. En el fondo tú no crees que pueda devolvértelo... Haces bien: Las cosas van de mal en peor y estamos sólo comenzando. ¡Lo tenía anunciado! Y yo, mi amigo, para profeta... Bueno, es una lástima que en este país no se pague a los profetas... ¿No podría crearse la Superintendencia de Agoreros? Me vendría muy bien que me nombraran superintendente... ¿No lo crees? ¡Ah! ¡Tampoco! ¡Ya no quedan optimistas!

Y se alejó serenamente.

SOCIEDAD CON DEMPSEY

No hay nada más anti-higiénico que leer e debate sobre la «Cosana» antes de entregarse al sueño. El patriotismo, como un plato indigesto, recobra de repente nueva vida y produce pesadillas horribles.

Lo digo por experiencia.

Me quedé dormido leyendo el discurso de los representantes de la Crac, cuando empezaba ya a sentirme, como se dice vulgarmente, bastante «de a caballo» en materia de asuntos salitreros. Me parecía que la «Cosana» era una bestia mansa y en su lomo me encontraba a las mil maravillas. Las observaciones de los señores Carrasco y Muñoz Cornejo me hicieron perder dos o tres veces los estribos; pero, una vez que los recuperé, volví a soltar la rienda, y reanudé el galope interrumpido.

La Cosana alargó el cuello y se lanzó a todo

correr, salvando los obstáculos con más velocidad que un proyecto de gobierno en una comisión parlamentaria.

Me dejaba llevar. Estaba cierto de que la yegua no tropezaría.

De pronto, en un recodo de la carretera ví a un hombre rubio y gigantesco que me hacía señas para que me detuviera. Sus largos brazos de atleta cerraban por completo el camino.

La Cosana dió un resoplido, amusgó las orejas y se paró en seco con tal prontitud que por poco no me saca de la silla.

—¡Alto!—dijo el hombre.—Mi estar norteamericano y proponerle un negocio: Bájese de la caballa.

—¡Pero, señor...!

—Usted no sabe dirigir el animal. Déjeme a mí. Seremos socios, ¿comprende? Usted puede ir a pie.

—¿A pie? ¡Cómo se le ocurre!

El hombre se sonrió y sus dientes blancos y fuertes lucieron al sol. Era una sonrisa ingenua de león joven que se deleita ante la enérgica actitud de un cabrito. Su garra había cogido ya las riendas.

—Bájese—insistió.—Soy Dempsey. He dejado el ring; pero, para no olvidar del todo mi antiguo entrenamiento, mi hace negocios con

los latino-americanos. Déjeme ir en la caballa. Mi, va en este momento sin dinero, pero puede darle a ganar alguna cosa. Bájese pronto. Si no...

Ante la forma un poco enérgica con que pronunció la última frase, me bajé a espeta perros de la silla, y le dije con la más fotogénica de mis sonrisas.

—Señor Dempsey... ¿Sabe usted que comienza a convencerme? El negocio en líneas generales no me resulta mal; pero, ¿que le parece a usted que lo estudiemos un poco en sus detalles?

—Bien.

—Usted habla de una sociedad, según entiendo, yo aportaría el caballo... Y usted ¿qué pone?

—Las espuelas.

Sólo entonces reparé en que el ex campeón lucía unas magníficas rodajas.

—Desgraciadamente—observé—yo no veo la ganancia.

—La tendrá.

Se montó de un salto y, clavándole las costillas del pobre animal, partió al trote, mientras yo, a su lado, hacía varios esfuerzos por seguirle.

Comenzaba a jadear cuando nos detuvimos frente a un almacén de bicicletas. Dempsey silbó y un hombre colorado y rechoncho apareció

en la puerta y cruzó algunas palabras en inglés con mi socio.

—Este compatriota—me dijo Dempsey— es competidor nuestro. El hace bicicletas o, lo que es lo mismo, caballas sintéticas. Sin embargo, está dispuesto a prestar doscientos pesos sobre el nuestro,

A usted le corresponde la mitad. Aquí tiene sus cien pesos.

—Pero...—alcancé a decir. Mas mi terrible socio me dirigió una mirada tan poco tranquilizadora que, para no perderlo todo, opté por recibir el dinero.

—Entienda bien—agregó Dempsey—usted tiene derecho a «veto», pero sólo cuando afecta a un asunto de capital importancia para el negocio mismo.

Y sin esperar mi respuesta comenzó a espolpear a la pobre Cosana en una forma tan salvaje que creí que iba a romperle las costillas. El fabricante de bicicletas se reía. Sin duda alguna aquel hombre, cediendo a bajos propósitos de competencia comercial, le había insinuado que acabara lo más pronto posible con aquel rival de sus vehículos.

—¡Me opongo—grité.—Me opongo! Yo tengo derecho a veto. Usted me va a matar la yegua.

Dempsey me cogió del cuello y me levantó un

momento en el aire para decirme confidencialmente al oído:

—¿Estima usted, que la muerte de la caballa es un asunto de importancia para el negocio mismo?

—No, señor... Suélteme usted... No lo había pensado bien; pero ahora... —¿No me ahorque, por piedad!—creo que no tiene importancia...

—Me alegro, porque si no...!

Y me dejó caer al suelo. Desperté junto a la cama, todo adolorido. Víctima de la horrible pesadilla, me había caído del lecho. Tenía las piernas en alto y la cabeza entre unos diarios con el debate sobre la Cosana. Me sentía «groggy». Menos mal que durante el sueño me mostré condescendiente y Dempsey no alcanzó a aplicarme su knock out.

Si no, a estas horas estaría durmiendo todavía.



INDICE

	<u>Pág.</u>
La vaca.....	5
Impresiones de un recién nacido.....	9
¿Del príncipe de Gales?.....	15
Un visitante curioso.....	21
Una noche de Ministro.....	25
La confidencia del oso.....	33
Al margen del cine parlante.....	37
Agricultura lírica.....	41
Un título de abogado.....	47
Las delicias de la cárcel.....	53
Turismo.....	59
No es para tanto.....	65
Padres de familia.....	69
Un cuadro auténtico.....	73
¿Seré poeta?.....	79
El hombre-periódico.....	85
El divorcio anticipado.....	91

JENARO PRIETO

	Pág.
Una víctima de Proust.....	95
La felicidad en el Zoo.....	105
Humo de pipa.....	109
El paraguas.....	113
Los zapatos con ganusa.....	117
La voz olvidada.....	121
Calladito, el loro.....	125
Un tratamiento con «sablina».....	129
Periodismo literario.....	135
La carrera involuntaria.....	139
Elegancia macabra.....	145
Un diputado mecánico.....	149
Un decreto.....	155
TONTILANDIA.....	159
I.—La llegada.....	159
II.—Hacia el misterio.....	165
III.—Horas de dieta.....	171
IV.—Las tontilandesas.....	177
V.—Un hombre dichoso.....	183
VI.—Un hombre con superávit.....	189
VII.—Horas felices.....	195
Aviación fúnebre.....	201
Expertos ratoneros.....	205
Código ameno.....	209
El «arresto» de un Ministro.....	213
Carta privada.....	219
El mes de las contribuciones.....	225
Arturo Prat, rotario.....	229
Carta a mi compadre.....	233
A escondidas del correo.....	237
Imperialismo filatélico.....	241

CON SORDINA

	Pág.
Un programa	245
Arte democrático.....	249
Congreso ideal.....	253
Epidemia legal.....	257
El prócer rodante.....	261
El primer vuelo.....	265
Caja de fomento matrimonial.....	273
Sin nosotros.....	277
Votación apasionante.....	281
Chinos y trigo.....	285
Recuerdos de un estreno.....	289
¿A quién suprimir?.....	297
Don Lucas y el barrio cívico.....	300
La piel a plazo.....	305
El pesimista contento.....	311
Sociedad con Dempsey.....	315

